

TOREADOR

(Colección: *"Old World of Darkness"* ~
"Viejo Mundo de Tinieblas", Grupo: «Vampiro»)

(Saga: «Clanes», vol.01)

STEWART WIECK

"Clan Novel: Toreador" © 1999

Traducción: Oscar Díaz García

PRIMERA PARTE:

«LEOPOLD»

_____ 1 _____

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1999, 4:29 H

PIEDMONT AVENUE, ATLANTA, GEORGIA

Leopold se sentó con Michelle acurrucada en su regazo. Ambos estaban desnudos, aunque la baja temperatura de su taller en el sótano no afectaba al cuerpo de Leopold de la misma manera que al de ella. Aunque inconsciente, Michelle reaccionaba al frío. Los pezones de sus pequeños senos estaban erectos y ondas de carne de gallina aparecían y desaparecían atravesando sus largas piernas y la región lumbar hasta su esbelto cuello.

Había mordido el interior de su muslo, donde la arteria femoral comienza su descenso a lo largo de su pierna. Al principio ella había fingido su pasión, pero se asustó un poco cuando recibió el mordisco.

A continuación, él tragó varios bocados de sangre muy rápidamente, y su excitación se volvió más auténtica. Al borde del orgasmo, Michelle debió pensar que Leopold era muy hábil y que estaba ansioso por dar placer.

Sin embargo, tras esos primeros tragos de sangre, Leopold sólo estuvo interesado en saciarse. Se alimentaba pocas veces porque se sentía incómodo al atraer a mujeres a su sótano para lo que sabía que ellas asumían que era sexo a pesar de la excusa de posar para él. Siempre se reían de eso, y aunque después se desdecían cuando veían que realmente tenía un taller en el sótano volvían a reírse cuando les pedía que se quitaran la ropa.

Con los hombres era aún más difícil, ya que el hombre que pudiera desear como modelo no necesariamente era gay, así que en raras ocasiones les llevaba a su sótano por voluntad propia. Tenía que convencerles cuidadosamente, con los métodos de la Estirpe.

Como algunas de las chicas –o quizá ya fueran mujeres; Leopold sabía que estaba perdiendo la habilidad de calcular la edad de un humano– Michelle sencillamente se quitó la ropa y fue hacia Leopold. Muchas de ellas sólo querían un lugar donde pasar la noche. Estaban dispuestas a trabajar por tener un techo sobre sus cabezas, pero el único trabajo que conocían era el sexo, y Leopold suponía que preferirían acabar antes que después.

Como hacía con todas las posibles modelos que llevaba a su casa, Leopold había recogido a Michelle a lo largo de Ponce, antes de acercarse a su hogar de la Avenida Piedmont. Siempre se podía impelir un poco a aquellas que parecían poco dispuestas a irse con él. Aparte de éste, Leopold conocía pocos de los poderes asombrosos que poseían algunos Vástagos, pero no le costaba convencer a la mayoría de los mortales de que era inofensivo y simpático.

Michelle vino sin que necesitara esforzarse. Era una chica guapa que evidentemente llevaba el tiempo suficiente en la calle para saber como aprovechar su belleza, pero no lo bastante para entender que su belleza no duraría. Había algo en ese atractivo deslustrado que encajaba con el carácter de Leopold.

Cuando ella buscó inmediatamente su atención sexual, Leopold lamentó la oportunidad perdida de esculpir su visión, pero esa noche

no le interesaba imponer su voluntad sobre la de otro mortal. Aceptó su deseo y también hizo lo posible por satisfacerlo. Al menos esta noche tendría un techo seguro.

Se río un poco de su idea de una casa segura. La mantenía a salvo según su criterio, pero Leopold dudaba que Michelle considerara seguro el lugar en el que un monstruo con colmillos le chupaba un litro de sangre.

Después se calmó y se tragó su risa. ¿Podría ser esto lo que querían decir los Vástagos cuando hablaban de perder su humanidad? Leopold había sentido a la Bestia –esa parte de él que se regocijaba cuando cazaba al acecho y mataba y perdía el control de sí mismo– pero era sencillo mantenerla a raya si dejaba que su conciencia fuera su guía.

Pero ¿adonde le había llevado su conciencia esta noche? ¿A reírse por apurar la sangre vital de un alma agotada como Michelle? Sí, necesitaba ese fluido para vivir, pero ¿desde cuándo se ha vuelto un asunto cómico? ¿Dónde estaba la sensación de violación? ¿Y la tragedia?

Sabía que había muchos Vástagos que lamentaban la pérdida de lo que consideraban que eran las partes humanas de sí mismos. No las pérdidas superficiales, como la respiración, o incluso las psicológicas, como la luz del sol, sino las cualidades esenciales que definían a la humanidad. La capacidad de amar, de soñar, de sentir simpatía.

También había muchos Vástagos que no sentían la pérdida, especialmente los viles miembros del Sabbat, esos vampiros asesinos y nefandos que no se preocupaban por los Vástagos que no eran ellos, y para los que los humanos no eran más que reses. Los Vástagos del Sabbat, y también algunos de la Camarilla, parecían desechar a la ligera una porción vital de ellos mismos. Quizá consideraban que dichos sentimientos, como la piedad o el amor, eran los órganos vestigiales de la existencia mortal, pero Leopold no podía concebir el impacto profundo de dicha pérdida.

Aunque quizá se encontrara en ese mismo camino.

Leopold examinó la herida que había abierto en la cara interior del muslo de Michelle. La herida desigual que señalaba dónde la había

mordido se encontraba a lo largo de la línea marcada en la piel por el elástico de su diminuta ropa interior. Eso le hizo sentirse extrañamente mareado. A pesar de todo, no podía dejar sin hacer su parte, sobre todo cuando podía deshacer parcialmente el daño, así que humedeció su lengua en su boca y la extendió con indecisión hacia la herida. Cuando la lamió, saboreando la sangre de la herida una vez más, la rasgadura en la piel se cerró. Tan bien, de hecho, que las marcas del elástico desaparecieron igualmente.

A continuación Leopold miró a Michelle. Ahora estaba algo más pálida, y más hermosa por ello. Había desaparecido parte de la rubicundez de las tensiones a las que sometía a su cuerpo, por la mala vida y las drogas de baja calidad. Su piel casi luminiscente volvía diáfano su cuerpo hambriento y ocultaba los hematomas de los frecuentes pinchazos.

La suya era una belleza que aún podía capturar y preservar. Muchos Vástagos, especialmente los Toreador, pensarían en cerrar sus manos alrededor de su amante mediante el Abrazo, transformándola en un Vástago. Leopold no quería tener esos pensamientos, y le gustaba que dichas ideas siguieran siendo secundarias con respecto a su primer impulso: inmortalizarla en piedra.

Leopold seguía pensando en ello mientras estaba sentado con las piernas cruzadas sobre el suelo con el cuerpo apoyado en su regazo desnudo. Aunque se sentía tentado, quedaba muy poco para el amanecer e incluso un boceto sería apresurado y no serviría para animar posteriormente a su memoria.

Con uno de sus delgados dedos, Leopold apartó unos cuantos mechones de pelo sucio de su rostro y la miró fijamente. De repente se sintió estúpido por toda la atención que le dedicaba. Sí, era bella, pero nunca le habían gustado las mascotas y hasta cierto punto necesitaba acostumbrarse a la realidad de su relativamente nuevo lugar en la vida: era un Vástago, un ser que podía considerarse superior a los mortales.

Con eso, acarició de nuevo su cabello, pero esta vez como si Michelle fuera más un cachorro dormido que una persona.

Pensó que era divertida la manera de alimentarse de los

Vástagos. Se río ante la dicotomía de su imagen de la Estirpe diferenciada y por encima de la humanidad, aunque eran ellos los que se escondían por la noche y vivían una vida parecida a la de los humanos de épocas pasadas, como los antiguos antepasados de gente como Michelle que sobrevivieron mediante la caza y la recolección.

Se escabulló con cuidado de debajo de Michelle, dejándola como una muñeca de trapo sobre el suelo. Tras recoger su ropa y ponérsela debajo del brazo, Leopold se agachó, la cogió por sus axilas y en parte la arrastró y en parte la llevó a cuestras hacia la escalera, y después arriba a la cocina de la primera planta.

La cocina era grande, como todas las habitaciones de la vieja y anticuada casa. No obstante, a diferencia de muchas cocinas de soltero, esta no tenía una mota de polvo, aunque era por su completo desuso y no por la actitud perfeccionista de Leopold. Para mantener las apariencias ante invitados como Michelle guardaba unas cuantos alimentos, como mantequilla de cacahuete y cereales en la despensa y los armarios, además de un puñado de productos no perecederos, como cerveza barata y pizzas congeladas en el frigorífico y el congelador, respectivamente.

A medida que se acercaba el amanecer Leopold podía sentir temblores fríos en su corazón, algo que pensaba que había sentido cuando su pulso se aceleraba aún siendo mortal. Una mano gélida cerrándose sobre él y apremiándole a buscar refugio.

Llevó deprisa a Michelle a través de la cocina, por el vestíbulo y hacia la puerta que mantenía cerrada. Apoyó el cuerpo desnudo y desplomado contra sus muslos y rodillas, liberando así una mano para coger el tirador. Al abrirse la puerta salió aire frío hacia el vestíbulo. Era la única habitación de la casa en la que Leopold tenía aire acondicionado, y lo puso únicamente para comodidad de sus invitados. El gasto fue moderado y consideró que ayudaba a mantener las apariencias.

La habitación estaba algo desordenada. Una cama con sábanas y mantas revueltas. Muchas prendas de hombre y unas pocas de mujer tiradas por el suelo, pero en su mayoría agrupadas en un montón situado al lado de las puertas de un armario que se abrían a

izquierda y derecha. Una cómoda grande de decente factura con botellas de cerveza vacías y ceniceros llenos aunque no a rebosar.

Las ropas de Michelle cayeron al suelo y después Leopold la puso sobre la cama y la tapó con una sábana y una manta. Ajustó el aire acondicionado empotrado –la casa era demasiado vieja para haber hecho una instalación central– y después abrió el armario. Atornillada al suelo, bajo las sombras de camisas y pantalones en perchas, había una pequeña caja fuerte.

Leopold manejó el dial y abrió rápidamente la caja. Retiró unas cuantas cosas, cerró la caja y las puertas del armario y caminó hacia la cómoda para completar su camuflaje.

Extendió los objetos sobre la superficie de madera de modo más o menos aleatorio. Doce dólares en un billete de cinco y siete de uno. Una papelina de coca y una pajita para aspirarla. Y el *coup de grace*: una pequeña bolsa con varias rayas de coca. La puso debajo de un número atrasado de la revista *Time* para que pareciera olvidada.

Casi con toda seguridad, la mujer desesperada que llevó a su casa cogería el dinero y la coca y se marcharía antes de que el hombre que no recordaba volviera para sorprenderla, o quisiera volver a hacer el amor con ella. Una cantidad tan pequeña de coca no era muy cara, pero era algo de gran valor psicológico que permitía pensar a una mujer que era ella la que había salido ganando de la noche. Además, la coca explicaba el dolor de cabeza y la debilidad que sentiría tras haber perdido una buena cantidad de sangre.

Leopold cerró la puerta a su espalda y echó la llave a la puertas principal y a la trasera de la casa antes de volver a bajar al sótano. Cerró y atrancó la puerta del sótano desde dentro. Sólo un invitado había sido lo bastante valiente o avaricioso como para esforzarse lo suficiente para derribar esa puerta. Se había llevado unas cuantas esculturas pequeñas, pero Leopold las recuperó tres noches después cuando se alimentó algo más de lo habitual. Incluso entonces, la chica no se preocupó en hurgar en la bodega en la que Leopold pasaba sus días.

Faltaba menos de media hora para el alba, y Leopold no quería arriesgarse a la más mínima exposición, así que se retiró a esa bodega. Las viejas puertas eran de roble pesado y prácticamente

irrompible. Cuando se mudó a la casa, Leopold hizo quitar las puertas y darlas la vuelta para que se pudiera atrancar desde dentro. Un Brujah duro de pelar podría abrirse camino a través de ellas, y una Res con una sierra eléctrica también, pero se mantenía alejado de los tipos problemáticos, y las mujeres para las que una pequeña bolsa de coca compensa una noche de olvido no se molestaban tanto.

Por tanto, Leopold estaba a salvo, al menos por el momento y hasta el día siguiente.

_____ 2 _____

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1999, 5:00 AM

CORPORACIÓN FINANCIERA DE BOSTON, BOSTON, MASSACHUSETTS

El hombre de traje oscuro tamborileó los dedos sobre uno de sus teléfonos móviles. Era el último modelo, brillante y finísimo, con sofisticadas opciones de programación que permitían a Benito Giovanni realizar muchas acciones asombrosas de hechicería comunicativa.

Su tamborileo insistente definitivamente fue demasiado para el ligero objeto y se movió de su posición. La frente de Benito se frunció aún más y sus ojos intensos y furiosos taladraron el aparato negro. Lo puso derecho y con unos cuantos movimientos diestros lo volvió a alinear con los otros dos teléfonos móviles que había encima de su enorme escritorio rojo de cerezo.

Benito prefería que las cosas estuvieran estructuradas y fueran seguras, pero sin duda pasaba algo.

Su rostro se relajó un poco cuando observó su ordenada oficina. Los adornos de marfil del escritorio casi era fluorescentes en la oscuridad. Los estantes de armas orientales perfectamente pulidas y meticulosamente ordenadas proyectaban extrañas sombras sobre las mesas a cada lado del enorme sofá de cuero. Cada mesa del extremo contenía un conjunto de katana y wakizashi a juego, y los pomos de

las cuatro armas apuntaban hacia el sofá. Por encima de éste, había colgados dos Chagall originales en marcos concienzudamente alineados a la altura del tercero que estaba colgado detrás de Benito y entre las ventanas absolutamente inmaculadas con vistas a la Bahía de Boston.

Su traje negro tenía rayas azules y, aunque faltaba poco para el amanecer, su corbata no tenía ni una sola arruga, y seguía firmemente anudada alrededor de su cuello. Los gemelos de diamantes estaban colocados para ser el reflejo perfecto el uno del otro, y en cada dedo anular llevaba anillos fabulosos de oro blanco y diamantes.

Benito era claramente de origen italiano y la plenitud de dichos rasgos étnicos, como su piel mediterránea, su pelo moreno y su rostro atractivo, hacían probable que no le separaran muchas generaciones de su tierra natal. Llevaba un pequeño bigote que ayudaba a llenar su estrecha cara, y sus manos estaban apretadas con los dedos índices sobresaliendo y apoyados contra esa línea de pelo que había sobre su labio. Los frotaba lentamente entre sí mientras sus ojos oscuros brillaban con la luz verdosa de la lámpara de banquero del escritorio. Aunque estaba en reposo, parecía un depredador, un hombre que se mostraba atento mientras acechaba pacientemente, pero que podía atacar abiertamente si la situación lo requería.

También era un hombre rico y poderoso, y la oficina hubiera podido ser la de uno de estos hombres que medita acerca de las intrusiones misteriosas y no deseadas. Pero Benito no era un hombre corriente. No sólo porque la sangre de la familia más rica de la Tierra corriera en tiempos por sus venas. No sólo porque hubiera ascendido a la cima de su familia. No sólo porque esta familia fuera prácticamente desconocida para el mundo en general. No sólo porque únicamente trabajara de noche. No sólo porque se regalara con la sangre de cualquier secretaria que no pudiera mantener adecuadamente la disposición de su oficina mientras dormía durante el día.

Y es que más allá de todos estos hechos, y probablemente de otros igual de destacados, Benito Giovanni, como algunos miembros de su familia, su clan si se prefiere, era Vástago. Vampiro. Y pocos jugaban con la poco común mezcla de inteligencia sustancial, buen

aspecto diabólico, riqueza impía, poderío físico y existencia eterna que se daba en Benito. Por supuesto, también había otros Vástagos de otros clanes que poseían muchas de esas ventajas, pero no eran Giovanni, y al menos según el punto de vista de Benito, eso significaba mucho. Benito se permitió una sonrisa sombría, ya que incluso él –un Giovanni– a veces tenía miedo de su familia. Incluso él, un miembro poderoso de la familia, sólo sospechaba de una pequeña parte del alcance del poder e influencia que ejercían los Giovanni.

Pero alguien le insultaba esta noche, y de hecho lo había estado haciendo durante toda la noche. Ahora que se acercaba el alba, Benito seguía esperando pacientemente pero cada vez más enojado para ver si se sabría algo más. Sí, alguien era claramente estúpido o se sentía muy seguro de sí mismo, porque el teléfono volvió a sonar.

Benito se ajustó los guantes de cuero negro que llevaba. Eran rayados como su traje, y se aseguró que las líneas estaban orientadas adecuadamente antes de coger el teléfono tras la cuarta llamada.

–Sí. –No era una pregunta como las tres veces anteriores que había respondido. En lugar de eso, era familiar, pero con un ligera nota de enojo, ya que Benito quería que el llamador creyera que ya sabía su identidad.

En el otro extremo se hizo el silencio. Benito no volvió a hablar, esperando callado para aprovecharse de una posible ventaja, pero también para poder detectar la más leve pista sonora.

La conexión se cortó. Benito sabía que había ganado terreno. Si había otra llamada –tal vez no la hubiera porque el amanecer estaba muy cerca, aunque supuso que habría al menos una más para que el llamador pudiera reafirmar su dominio previo– Benito creía que podría acabar con el imbécil. Al fin y al cabo, Benito había alcanzado su actual puesto en gran medida porque era un experto negociador. No conocía las leyes especialmente bien, aunque ese conocimiento llegaría con el paso de los siglos, y no dominaba las sutilezas de la economía internacional, pero conocía a la gente. No lo que les gustaba, ni lo que pudieran querer, sino lo que no querían. Lo que temían. Y en cuanto Benito sabía eso, les destrozaba, viéndoles capitular a menudo sin tener que elevar la voz o hacer sutiles amenazas indirectas.

Sabía, desde luego, que las llamadas eran adrede. Una persona que se equivocara hubiera podido marcar por descuido los números del teléfono de su izquierda, con su código de zona 212 de la ciudad de Nueva York, o los del teléfono de su derecha con su código de zona 310 de Los Angeles, o incluso su teléfono inalámbrico con el código de zona 617 de Boston. Pero el código de zona **# sólo existía para que lo usara la familia Giovanni, y ese era el prefijo de su móvil del centro. Era su aparato de comunicaciones más importante, ya que le ponía en contacto inmediato con otros miembros de su familia, y sabrían que la llamada era importante si requería el uso de **#.

A pesar de todo, apagó los otros dos móviles. El sonido del teléfono **# tenía un tono singular, con lo que no existía casi ninguna posibilidad de que Benito estuviera confundiendo el timbre con el de otro teléfono, pero la situación estaba empezando a ser preocupante y no quiso arriesgarse.

La cuarta vez lo dejó claro. Era una provocación. La primera vez fue extraña, pero quizá el llamador había retenido la llamada. La segunda podía haber sido esa llamada retenida, aunque despertó las sospechas de Benito. La tercera llamada fue frustrante, pero la ausencia de alguien en la línea preocupó a Benito, al hacerle pensar que un miembro de la familia estaba en un lío y sólo podía emplear un momento de vez en cuando para hacer una llamada. Sin embargo, la cuarta llamada había revelado que era un juego. La tardanza al colgar había sido demasiado larga, y Benito comenzó a contabilizar las posibles partes responsables.

Ningún Giovanni habría tenido una falta de respeto tal hacia su código de zona secreto para jugar con una línea **#, pero Benito no sabía quién más podría conocer el secreto. Por supuesto, podía haber muchísima gente al tanto.

Y, de entre esos sujetos, ¿quién llamaría a Benito? ¿Un mago, quizá un miembro de la Tecnocracia? ¿Un Vástago antiguo? De aquellos que pudieran poseer el secreto, Benito sólo podía imaginarse jugando a esos juegos a un apestoso Nosferatu. Esas asquerosas ratas de alcantarilla reunían más información de la que podían usar provechosamente.

Ninguno de sus enemigos mortales podía haber conseguido

superar las medidas de seguridad que protegían su teléfono y su ancho de banda de comunicaciones de intrusiones no deseadas. Nadie escuchaba accidentalmente una conversación en la línea **#, y Benito conocía el axioma preferido de Madelaine Giovanni, una afamada asesina que la familia llamaba en casos de extrema necesidad: lo que no puede ocurrir por casualidad no ocurrirá a propósito.

Casi con toda seguridad nadie había marcado accidentalmente el código de zona **#. No había códigos de zona de tres dígitos, y el único inicio de dos dígitos que estaba cerca en el teclado era el 77 del 770 de Georgia.

Sin embargo, el teléfono volvía a sonar.

Benito estudió rápidamente su mejor estrategia. Fingir conocimiento había desconcertado a su contrincante antes, y se aferró a esa táctica.

—¿Por qué ahora? —preguntó al interlocutor desconocido. Habló con cierta insistencia pero también con una pizca de preocupación o confusión, para que el llamador pudiera percibir una ventaja y fuera a por ella.

Hubo silencio, pero la conexión permanecía activa.

Algo más, pensó Benito. Necesita alguna prueba más de que he desbaratado su farsa. Quería llevar el juego a la siguiente fase, más allá de la intimidación que parecía gustar tanto a su agresor, pero también podría debilitar demasiado su posición si su palo de ciego revelaba una carencia absoluta de sospechas creíbles.

Por lo tanto, tras un instante, Benito añadió:

—He estado esperando. ¿Por qué ahora?

La voz del otro lado del hilo era sorprendentemente clara, como si la llamada procediera de la habitación de al lado y no de Chicago, aunque era imprudente por parte de Benito imaginar que su enemigo seguía allí y no estaba escondido. Fue esta claridad, no obstante, la que evitó de alguna manera que Benito fuera presa del pánico, o al menos que revelara el miedo en su voz. Si la voz del pasado hubiera sido sorda y hubiera revelado a Benito la identidad del interlocutor durante el transcurso de varios segundos en vez de en un instante, sospechaba que la sorpresa y el miedo habrían sido evidentes.

Primero se oyó una risa entre dientes.

–¿Cómo has sabido que era yo? Si hubieras visto venir las cosas tan bien hace un par de años, Benito.

–Entonces empleaste la sutileza –dijo Benito–. Ahora revelas tu naturaleza tirana sin vergüenza alguna. –Era una respuesta ocurrente, y por fortuna las palabras llegaron fácilmente, ya que si no habría estado perdido.

Sin más chanzas, el Vástago del otro lado de la línea dijo algo más antes de colgar. Benito dejó caer ruidosamente el teléfono de su mano al escritorio. Su sensación de desesperación y indefensión era tal que pasaron varios minutos antes de que lo volviera a colocar en su sitio, junto a los otros que también había movido.

Tras esa primera duda, no obstante, Benito reaccionó tranquila y concienzudamente. En primer lugar llamó a su secretaria actual, la Srta. Windham.

–¿Señor?

–Anule mis planes para Atlanta pero no deje disponible ese tiempo para citas.

–Desde luego, señor.

Después llamó al jefe de seguridad del edificio, su agresivo y obstinado primo, Michael Giovanni.

–Duplica la seguridad del edificio, con atención especial a mi propia suite, hasta que pueda hablar contigo de planes más concretos y pertinentes.

–¿Hay algún peligro inmediato, Benito?

Benito espiró a causa de la impaciencia.

–No, o no habría razón para dejar los detalles para más tarde.

–A continuación colgó.

Benito se reclinó en su sillón de cuero y percibió momentáneamente el gesto inconsciente de llevarse sus dedos índices al bigote. Sería mejor que vigilara todos esos actos habitualmente invisibles para él.

Después giró el sillón y admiró el Chagall que estaba colgado detrás de él.

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1999, 22:55 H

EAST PONCE DE LEÓN AVENUE, ATLANTA, GEORGIA

Con cada paso o zancada incansable, con cada día y noche inmortal, Leopold cada vez dejaba más atrás una vida parecida a la del Ganado que le rodeaba. Y era una pena, ya que se sentía más a gusto entre estas sombras de su vieja vida que en el interior de los salones del Elíseo o limitado por los edictos de la Mascarada, que no eran mas que dos de los adornos de su vida entre los Vástagos de Atlanta.

Sí, cuando estaba entre los mortales y no entre sus hermanos vampiros se sentía más integrado en el mundo, más conectado con su energía, con su corazón. Y eso era estúpido, porque Leopold sabía mejor que cualquier otro que acechaba las sombras de la calle que estos mortales eran totalmente ignorantes y no estaban al corriente de las mayores verdades del mundo, o al menos de las más importantes.

Se estremeció con odio y aversión y resentimiento, ya que sabía que él mismo estaba informado de manera incompleta, aunque comprendía misterios que esa gente ni siquiera alcanzaba a sospechar, y menos a desentrañar. Sí el Ganado contaba con gran poder, ya que, si no, la Camarilla no ordenaría a sus miembros que mantuvieran la Mascarada, para asegurarse que la primera prioridad de la vida nocturna de los Vástagos es seguir escondiéndose de los ojos entrometidos de los mortales. La Inquisición ha enseñado bien a la Estirpe. Pero la esencia de los mortales es su debilidad y vulnerabilidad.

Quizá fuera eso lo que le atraía de ellos. Especialmente esta gente, la gente nocturna de Ponce Este. Se encontraban en los márgenes de la sociedad humana de la misma manera que Leopold estaba en los márgenes de la sociedad vampírica. Eran los artistas, los pobres, los locos, las putas. Y por su parte, Leopold pensaba con

franqueza que ya sabía demasiado, y que la participación en los actos de la sociedad de la Estirpe sólo incrementaría la intranquilidad que sentía entre los de su propia condición. No quería saber que el Príncipe Benison controlaba al departamento de policía y que ningún hombre o mujer o niño estaba a salvo de su mortal parentela si el quería que así fuera, o que Victoria Ash podía ridiculizar con un solo pensamiento la obra de un artista hasta que se le olvidara incluso si está a punto de ser reconocido y quizá inmortalizado.

Estas eran algunas de las verdades básicas y cotidianas de un mundo en el que las criaturas que vivían de noche también controlaban el día.

Leopold se estremeció, pero el verano terriblemente húmedo y bochornoso no le ayudó demasiado. Menos mal que sólo faltaban dos días para el solsticio. Marcaría los días más calurosos del verano, pero también su decadencia.

Dejó de andar y se apoyó en una farola, dando la espalda al rugido de coches demasiado rápidos que entran y salen de esta zona seductora de la ciudad, y sus pies apuntando hacia el centro de la acera.

El corazón de East Ponce, al norte de Little Five Points, extendiéndose hacia el este desde Peachtree Street y el centro de Atlanta, era un área concurrida. Las calles no eran estrechas, aunque de alguna manera conseguían pasar cuatro carriles por la zona. Las calles laterales estaban repletas de pequeñas casas con trozos de hierba que hacían las veces de césped. Y la misma Ponce era un revoltijo de lo cotidiano y lo insólito o incluso único. Conocidos restaurantes de comida rápida estaban pared con pared con cafeterías eclécticas. Al este de Leopold se encontraba la esquina iluminada con neón de Ponce y Highland, donde el viejo Cine Plaza seguía proyectando películas de bajo presupuesto y donde aún había un viejo restaurante abierto las 24 horas.

Leopold pensó que debía encender un cigarrillo, pero lo había abandonado cuando dejó de respirar. Era demasiado esfuerzo hacer circular la respiración, y sin eso se perdía la quemazón reconfortante en los pulmones, con lo que no tenía mucho sentido fumar.

Vio pasar a la gente. Muchos ni le miraban. Otros echaban fuego

por los ojos y las ventanas de sus narices tratando de provocarle. Pero nadie se esforzó especialmente por evitarle, ya que no parecía amenazador.

Salvo por la camiseta limpia y los pantalones caquis de pintor que vestía, Leopold podría haber pasado por un huésped permanente de la calle. Su cabello era una melena morena despeinada que parecía haber tenido la intención de ser corto, pero había crecido durante seis meses o más sin cuidado alguno. Sus manos estaban sucias de arcilla, que se incrustaba bajo sus uñas y también en la base de sus dedos.

Tenía un rostro triste, como un hombre que estuviera buscando algo pero que no esperara encontrarlo jamás. Su boca era pequeña, y sus labios fruncidos. Aunque era bastante delgado y de altura y constitución normal, su cara parecía gruesa, casi fofa. Sus párpados estaban caídos y sus abundantes mejillas parecían contener bolitas de algodón de las usadas para calmar los dolores de muelas.

Sobre todo, estaba cansado. Le había decepcionado descubrir que los vampiros sienten tanta fatiga como los mortales.

Mientras observaba a la gente advirtió que, aunque se sentía a gusto entre ellos, no trataba con ellos salvo cuando tenía que satisfacer sus necesidades escultóricas o alimenticias. Se preguntó por qué. Quizá fuera algo genético, o al menos relacionado con el equivalente de los Vástagos para la genética, los vínculos de sangre, lo que le hacía buscar compañía humana. Era la sangre de un Vástago –no un óvulo o espermatozoide– lo que le daba su nueva huella genética, pero ¿sobreescribía a lo que había sido como hombre?

Leopold era Toreador, lo que significaba, desde luego, que su sire –quienquiera que fuese, o llevara la vida mortal que llevase y sin importar lo diferente que fuera de la suya propia– también era Toreador. Y su sire, y el sire de su sire, y el anterior, remontándose tantas generaciones como fueran necesarias hasta llegar a la tercera, al Antediluviano legendario que fundó la línea de sangre en algún momento de la antigüedad. Este fundador estaba separado únicamente en dos generaciones del hipotético vampiro original, de quién Leopold había leído referencias que le identificaban como "Caín", el hombre al que la mitología occidental injurió con el título de

primer asesino.

Leopold no podía llegar a ninguna conclusión sobre si era la sangre de Vástago la que le impulsaba a actuar de una manera determinada, o si era la predilección del clan por una cierta clase de humanos –como la elección de los artistas por parte de los Toreador, o la tendencia de los Malkavian a Abrazar a los dementes– la que creaba esa afinidad entre los Vástagos de un clan concreto. ¿Le redefinió su sangre de Vástago o encajaba en el molde de los Toreador incluso antes de su Abrazo?

En medio de la ola de entusiasmo de la elucubración de Leopold, cayó un chaparrón nocturno que dejó a los habitantes de la noche de Atlanta cubiertos por una película de agua. Después de la breve tormenta de verano sopló un aire frío que refrescó a Leopold, y por eso no le importó la humedad.

En realidad, los reflejos del alumbrado público en las calles cubiertas de aceite de East Ponce proporcionaban a Leopold un enfoque menos personal para sus pensamientos. Miró fijamente a las ondulantes imágenes fantasmales y decidió que aún llevaba en su interior un programa humano –el ADN y la educación que le habían proporcionado sus padres– que ahora estaba sustentando por su sangre vampírica, que no lo había suplantado.

Después se obligó a sí mismo a abandonar esta línea de pensamiento. Hasta cierto punto, era un asunto discutible para él, o al menos no se podía contemplar como ejemplo de ninguna postura de este debate interno. Quizá si creyera conocerse mejor. Quizá si creyera que el pasado que recordaba era suyo en realidad. Necesitaba su pasado. Entonces, y sólo entonces, sería capaz de decidir su futuro.

Aun así, Leopold se preguntaba si todos los Vástagos perdían el contacto con sus yos pasados y se convertían en un nuevo ser en el Abrazo. Si era así, él seguramente fuera un mortal renacido en el fuego de la sangre. Era un pensamiento que le aterrorizaba, ya que la obra de un artista sólo podía proceder de la experiencia, y sin un pasado tenía poco en lo que inspirarse.

Leopold se había alimentado bien con Michelle la noche anterior, y no necesitaba preocuparse de la comida esta noche. Estaba

contento. Ya era hora de que abordara seriamente el asunto de su pasado incompleto. Ya era hora de hacer una prueba o una especie de experimento.

El paseo de regreso hasta su casa en Piedmont Avenue no era excesivo, pero no quería cubrir una distancia así a pie dos veces en una noche, especialmente ahora que estaba decidido a llevar a cabo sus investigaciones. Una llamada de teléfono le trajo un taxi en poco tiempo, y Leopold miró fijamente las calles calurosas y húmedas de su ciudad desde el asiento trasero.

DOMINGO 20 DE JUNIO DE 1999, 23:38 H
PIEDMONT AVENUE, ATLANTA, GEORGIA

El mármol no parecía cobrar vida bajo sus dedos cuando intentaba esculpir a un Vástago. No podía explicar exactamente por qué. Leopold se preguntó si este bloqueo al esculpir Vástagos tenía algo que ver con su pasado que no podía recordar claramente. Recordaba "un" pasado, pero dudaba que fuera de verdad suyo. Neófito en las complejas tramas de los otros vampiros a los que llamaba Vástagos sólo porque era la manera civilizada de referirse a un semejante vampiro, Leopold ahora sabía que algunos Vástagos podían manipular los recuerdos con la misma facilidad que él manipulaba las emociones, así que no creía en el extraño pasado que pensaba que era suyo.

En primer lugar, era demasiado oportuno, demasiado parecido a un cuento: un artista dispuesto a sacrificar cualquier cosa por su obra, al parecer huyó de sus padres que esperaban que se quedara con el negocio familiar, y en lugar de eso se ganó la vida por los pelos en Nueva York. Apenas encontró tiempo para desarrollar su arte a causa de los problemas por ganar dinero para pagarse la comida y la casa,

alejar a las cucarachas de ambas, y rechazar más oportunidades de venderse de las que podía recordar falsamente.

De repente, la oportunidad con la que sueña todo artista: un benefactor, un Medici moderno. Alguien, cualquiera, muy rico, que ve el fondo de la obra del artista y reconoce su grandeza, y se humilla ante ella. Alguien que advierte lo vacía que ha sido su vida de obtención de riqueza y cree fervientemente que en la obra del artista que ha descubierto se encuentra el propósito que redimirá su vida.

En el caso de Leopold, este benefactor era una hermosa mujer que le ofreció algo más que su riqueza. La suya era una forma voluptuosa y prístina que podría haber inspirado incluso a un escultor mediocre para alcanzar altas cotas de destreza, y algo más a un artista que realmente poseyera algo de talento. Tras seis meses como beneficiario de su riqueza y de sus poses, finalmente Leopold se apercibió de que ella también tenía otras miras en él. Por desgracia, no tenían que ver con el sexo. Suponían su ingreso en las filas de los no muertos.

Una noche –ya que sólo posaba para él de noche, desde luego– tras horas y horas de intenso trabajo, se bajó de su plataforma y se acercó con seguridad a su escultor. Leopold había hecho algunos comentarios benignos sobre cómo merecía su adorable figura ser inmortalizada en mármol, y fue entonces cuando se acercó. Mientras sus colmillos brillaban y atraía a Leopold hacia ella, dijo:

–Mi carne durará más que cualquier mármol.

El siguiente retazo de la memoria de Leopold recordaba su rostro presionado entre sus pechos desnudos, donde bebió con ansia de una franja vertical carmesí que corría por su esternón. Después las aguas de la memoria se enturbiaban, y se acordaba con poca claridad de noches de huida y dolor que acabaron con la muerte de ella y su llegada a Atlanta.

Puede que los vampiros tuvieran enormes poderes, pero son unos narradores que emplean demasiados clichés. O a lo mejor Leopold había llevado en realidad una vida mortal sacada de un libro de cuentos. Por alguna razón, no obstante, lo dudaba, o al menos su subconsciente lo hacía y le producía una extraña sensación cuando pensaba en la historia.

Por tanto Leopold estaba tratando de reconstruir su auténtico pasado, aunque hasta ahora sólo había recopilado tres detalles: primero, el sonido falso de su supuesto pasado; segundo, el hecho de que no pudiera recordar preguntándose por su pasado hasta hace dos años, y finalmente, su incapacidad para esculpir a cualquiera que supiera que era un Vástago. Era este último punto lo que más le preocupaba, y había realizado unos cuantos experimentos para investigar el asunto. Es decir, le había pedido a su amiga Sarah, otra neonato Toreador recién llegada a Atlanta y que posteriormente sucumbió ante la Maldición de la Sangre, que le preparara algunas sesiones a ciegas. No deseaba expresamente que se le dijera si el modelo era Vástago. ¿Y qué había sucedido? Bueno, nada, pero esa era la cuestión. La mitad de los modelos habían sido Vástagos. Cuando no conocía su naturaleza, Leopold no tenía problemas al manifestar su imagen en arcilla. Uno de los modelos fue incapaz de ser discreto acerca de su naturaleza y eso azoró tanto a Leopold que éste le dio las gracias al Vástago pero le pidió que se marchara –un incidente desgraciado, ya que ese Vástago era Trevor, uno de los sargentos callejeros de los Brujah que ahora le guardaba rencor por aquel desaire.

Por supuesto, Leopold podía suponer que su dificultad al esculpir Vástagos se derivaba de su trabajo con la bella Toreador (que había insistido oportunamente en mantener el anonimato, según recordaba con toda claridad) que por último destruyó su existencia Abrazándole y obligándole a salvar la vida devorando su sangre. Leopold estaba seguro de que incluso los psicoterapeutas no Freudianos cederían ante una relación de causa y efecto tan dramática como la de este caso, pero a Leopold no le encajaba.

Al fin y al cabo conocía ese hecho, o pensaba que lo conocía, y su contemplación no le preocupaba. Sí, sus recuerdos de aquella época eran terribles, y cabe presumir que pudiera haber una parte de la saga que escondiera de sus pensamientos conscientes, algo tan atroz como para eliminar de su memoria ese único acontecimiento, que era el que originaba inconscientemente sus problemas.

Sin embargo, se resistía a creerlo. Principalmente era por la poco convincente historia del artista hambriento que obtenía el éxito.

Leopold sabía que encajaba en ese arquetipo. Era descuidado, pasaba largas horas como si fueran un momento fugaz mientras trabajaba, sentía el hambre por la falta de sangre cuando esculpía y no cazaba. Pero no creía que pudiera dejar de lado a una mujer bella que claramente quería que sus manos se dedicaran a placeres más carnales que labrar su imagen en piedra.

Por ejemplo, aunque probablemente creyera que Leopold era inmune a su maravillosa belleza, él no había pasado por alto al primogénito Toreador de Atlanta, Victoria Ash. Si acaso, daba algo de sentido a la historia de su vida, ya que era una prueba ambulante (aunque no viviente) de que existían criaturas tan hermosas. Otra permutación de sus recientes sospechas acerca de su auténtico pasado sugería que Victoria era su sire, y que había confeccionado esta sencilla fachada para ocultarle el hecho.

En cuanto se le ocurrió esta posibilidad, no obstante, Leopold se sintió avergonzado de dicha paranoia estúpida propia de teóricos de las conspiraciones. No es que esos teóricos no tuvieran razón, ya que había conspiraciones de sobra, pero deberían quedarse con sus mejores conjeturas, y no dar rienda suelta a cualquier sospecha disparatada que llame su atención. Había vampiros detrás de muchas de las conspiraciones, pero no alienígenas o yetis o cualquier otra necedad que estuviera de moda. Y de la misma manera, Leopold se aferró a su teoría central de una vida totalmente diferente desconocida para él, y no a un montón de posibilidades que podía inventar para encajar los hechos. La idea de una vida perdida *parecía* correcta.

Además, Leopold creía que toda esa actividad tramposa no tenía que ver con la encantadora primogénito. Victoria parecía más fuerte que eso, de las que no deja cabos sueltos. Reconocía su evidente belleza, pero su don como artista consistía en no quedarse en la superficie, y creía que si Victoria era responsable de su pasado no se lo ocultaría. Sencillamente le mataría si no le fuera de utilidad.

De repente se dio cuenta que parte de esta necedad con Victoria era algún vestigio de lujuria mortal. Era tan jodidamente bella que no se la podía quitar de la cabeza. Francamente, le excitaba imaginar que era su chiquillo, y sospechaba que albergaría este pensamiento disparatado durante algún tiempo.

En realidad, aunque había hablado hace poco con ella por teléfono, Leopold nunca había estado a solas con Victoria Ash, aunque era la líder de su clan en esta ciudad. No tenía por qué. Hacía el trabajo que le parecía importante y evitaba la política. La política hace que le maten a uno. Es mejor cumplir las normas de todos –las del Príncipe, las de los Anarquistas, las de la Camarilla– y así nadie tendría motivos para ser hostil, o para sentirse ofendido. La posibilidad de meter la pata accidentalmente fue la que le convenció para no asistir incluso a actos como el Baile del Solsticio de Verano de la noche siguiente en el Museo de Arte. En una congregación tal de Vástagos seguramente habría alguno que considerara a Leopold el blanco o la víctima perfecta de alguna trama, y cuanto menos supieran de él, mejor.

Eso no le había impedido aceptar un encargo de Victoria para la fiesta cuando le llamó hace una semana. Tenía peticiones muy específicas, pero sugirió que el acabado de la obra beneficiaba al clan, y que se le pedía que aceptara por el orgullo de los Toreador. Lo hizo, y la noche pasada habían llegado unos obreros –ghouls, supuso Leopold, ya que levantaron su escultura como no hubieran podido hacerlo dos mortales– para recoger la obra.

Se sentía realmente orgulloso de la pieza, y se preguntaba si la volvería a ver. Los cincuenta mil dólares que le pagaron los ghouls en billetes de cien dólares de numeración consecutiva tendrían que descartar o al menos aliviar ese pensamiento. Ya era dueño de la casa que le servía de lugar de trabajo y de refugio, pero a la larga necesitaría más dinero para sobrevivir con seguridad como ser inmortal. Procuraba no enfrentarse con nadie, pero un refugio no era suficiente, y hasta ahora era todo lo que se había podido permitir.

Casi deja a un lado su plan para buscar una segunda vivienda en los periódicos recientes, pero por alguna razón el deseo de atender el asunto de su pasado era intenso.

Sin embargo, según todas las probabilidades era una estupidez absoluta ya que, a menos que hubiera motivaciones ocultas más importantes –y Leopold dudaba que pudiera desempeñar un papel importante en cualquier plan grandioso–, su historia fantástica probablemente fuera cierta. Le fastidió ese pensamiento. Como el

pasado ya había quedado atrás, esperaba que en él hubiera algo más importante, algo que pudiera aprovechar para crear obras de arte realmente magníficas, no sólo las buenas piezas que podía crear cuando se concentraba en el mérito técnico, o las estrafalarias obras que hacía cuando se dejaba ir. Al fin y al cabo era un buen escultor, con lo que esa parte de su posible pasado no era una farsa, ya que ese talento no puede inventarse, aunque Leopold sabía que algunos Vástagos eran capaces de cosas sorprendentes. Pero ¿quién fue el último escultor en la historia que se preocupaba por tramas que podían cambiar el mundo o afectar vidas, además de las de los ricos mecenas o las de otros artistas pobres que sueñan con vivir una vida igual de patética que la que sufren la mayoría de artistas diestros pero corrientes? Alguien de hace mucho, decidió Leopold. Tal vez Leonardo o Miguel Ángel. Ni siquiera el gran Rodin dio forma a acontecimientos internacionales, o al menos eso pensaba.

Por tanto, Leopold decidió emprender un experimento que esperaba que le disuadiera de su teoría o la apoyaría con mayor firmeza. Tenía la intención de esculpir el busto de su sire Toreador. Había desaparecido, y sus recuerdos de ella eran limitados, pero aún conservaba una clara imagen en su mente, y Leopold decidió ver si podía esculpirla. Si no podía, la explicación que tendría que aceptar era que las terribles penalidades que le había infligido eran el origen de sus problemas, y que, por consiguiente, debía ser real.

Por otra parte, si podía esculpirla cuando no podía esculpir a ningún otro Vástago, eso demostraría la existencia de una conexión consciente con el conocimiento aún inconsciente de que su adorable benefactora no era real en absoluto. Creía que si podía esculpir al Vástago que probablemente fuera el origen del bloqueo que evitaba tales obras, entonces no debía ser la razón auténtica y eso sería porque su mente inconsciente tal vez supiera mejor que su mente consciente que no existía. No sería distinta a las imágenes de Bela Lugosi como Drácula que esculpía, ya que sabía que Drácula no existía, y por tanto era un vampiro que lograba representar en arcilla.

No lo sabría seguro, pero ese resultado le daría la confianza para proseguir con otros posibles experimentos. Quizá hasta llegar al punto de buscar a otro –tal vez incluso a Victoria– para ver que podía

hacer para ayudarlo a recuperar su conocimiento anterior. Sin embargo, un movimiento tan importante sería peligroso. ¿Qué pasaría si el Vástago al que pide ayuda forma parte de la farsa perpetrada en su contra? ¿Y si era Victoria, y la revelaba sus sospechas?

Leopold se río de sí mismo. En el peor de los casos, suponía, tendría que marcharse a otra ciudad, quizá a otro continente, pero tal vez la historia de su vida fuera mejor. Y puede que el descubrimiento de que su vida recordada era una pantomima arruinara su vida. ¿Debería rechazar un pasado de cuento para averiguar que la verdad podría ser muy diferente? Si su sire era una farsa, una fábula inventada por alguien que le oculta algo, entonces ¿qué posible peligro podría provocar con el regreso de su memoria?

Pero Leopold tenía claro lo que debía hacer. El arte era hermano de la verdad, pensaba. Aunque sus esculturas de Vástagos quizá no se expusieran nunca en público –ya que pudieran considerarse una filtración peligrosa en la Mascarada– Leopold creía que podrían revelar la verdad a unos pocos Vástagos que también la buscaban.

Pero no si no podía esculpir a aquellos que verían su arte, ya que tal ausencia tendría un claro impacto en cómo se transmitía y recibía su mensaje. Los escultores, desde Rodin a Brancusi, hablaban acerca de humanos, con Ganado como centro de gran parte de su obra. Tal vez hubiera un modo de hablar sobre vampiros sin Vástagos en su obra, pero para que su mensaje sea sincero, esa práctica tendría que surgir de manera natural, y no ser un impedimento alrededor del que construía un método.

Por último espiró profundamente y desenrolló la tela que cubría un gran trozo de arcilla que había cortado y cubierto con una toalla húmeda esa misma noche algo más temprano. Estaba deseando ponerse a trabajar de inmediato, y es que, aunque quizá fuera eterno mientras se alimentara con sangre, su paciencia por conocerse a sí mismo no era igualmente infinita.

Pensar en la sangre hizo que su estómago se estrechara, y también su garganta. Pensó en demorar su trabajo para buscar sustento, pero se resistió a la posible dilación y volvió a contemplar el bloque de arcilla que había ante él.

Se puso de pie y apartó el taburete para poder caminar

libremente alrededor del pedestal sobre el que descansaba la arcilla. Puso su mano derecha sobre la arcilla y después anduvo en el sentido de las agujas del reloj a su alrededor. Sus fuertes dedos dejaron cuatro leves surcos en el medio, que alargó tras varias vueltas llevándoles en espiral hacia arriba mientras seguía caminando en el mismo sentido.

Así jugó durante unos momentos: un gato jugando con su presa. Y tan inesperadamente como un gato que se da cuenta que el juego ha traspasado la frontera del tedio, Leopold se giró y atacó a la arcilla. Ahora era un ave de presa, las yemas de sus dedos apretadas como garras de halcón al alcanzar la arcilla y sacar una pequeña porción de barro que tiró al suelo fuera del alcance de sus pasos.

En cuestión de diez frenéticos instantes, el desgarrado montón de arcilla se iba reduciendo a un busto vagamente humano y Leopold estaba cubierto con pedazos del material. Sus dedos estaban cubiertos de gruesas cáscaras de gris, transformándoles completamente de herramientas aparentemente capaces de realizar trabajos de precisión a cachiporras únicamente útiles para cuestiones destructivas. Pero en la escultura había un fuerte componente destructivo, y Leopold creía en la creación mediante la aniquilación, lo que quizá explicara por qué estaba dispuesto a destruir su vida actual si se creaba una nueva durante el proceso.

No obstante, sintió que se dejaba ir, lo que era una buena señal para su trabajo. Esta era una sensación de separación de sí mismo que no podía explicar, y que sólo podría describir como una experiencia extracorpórea en la que imaginaba que a veces se contemplaba a sí mismo mientras trabajaba, aunque en esos casos no tenía control consciente sobre el trabajo que realizaba. Por otra parte, a veces se desvanecía por completo, y sólo cuando se agotaba terriblemente –o, ahora que era vampiro, cuando se acercaba el alba– recuperaba con cansancio el control de sus sentidos y encontraba una escultura que era extraña para él.

No obstante, siempre que se dejaba ir realizaba mejores obras –en las que las cuestiones técnicas no le interferían ni le restringían–. Dejarse ir también era lo que le había convencido en su juventud que era un gran artista y que a la larga se le reconocería como tal. El genio

de la grandeza se manifiesta de maneras extrañas, y suponía que esa era su excentricidad. Sin embargo, ese orgullo era el que en años posteriores, años más recientes, le convenció que nunca alcanzaría dicha grandeza. Esa grandeza se podía alcanzar únicamente cuando el artista no era consciente de su propia locura, de su propia extravagancia. Entonces supo que usaba su pérdida de control como una excusa para merecer la grandeza, en vez de emplearlo como látigo con el que azotarse hasta alcanzarla.

Esta vez, al principio se sintió como si flotara sobre su estudio. Su raciocinio estaba lo bastante intacto como para estar impresionado con su obra a pesar de sus persistentes reservas acerca de su talento. Vio un artista seguro de sí mismo realizando marcas atrevidamente sobre la superficie del modelo de arcilla. Las reflexiones delicadas parecían tener lugar instantáneamente, ya que el trabajo era firme y constante y no había errores; al menos nada le dejaba insatisfecho, ya que no se cancelaba o corregía ningún movimiento.

La forma del rostro de una mujer aparecía lentamente, esculpiendo y alisando su camino hacia la existencia. Sería una mujer bella, comprendió Leopold, siempre que toda ella estuviera a la altura de su espigado y sensual cuello y la traviesa inclinación de la cabeza.

Después Leopold vio cómo el escultor vacilaba. El ritmo del trabajo perdió su mágico cuatro por cuatro y anduvo de forma vacilante hacia una tragedia de improvisación inexperta. El escultor incluso dejó caer su herramienta, y permaneció con la boca abierta y aturdido durante un instante antes de recogerla. Después fue como si un autómatas estuviera trabajando, como si el Leopold que flotaba sobre el escultor fuera el alma del artista y no la Musa del artista. El escultor trabajaba metódicamente, desvirtuando inevitablemente la obra por culpa de su atención hacia ella, y sin añadir nada, porque Leopold vio que el escultor estaba trabajando ahora en un bucle de cortar, alisar y sustituir las mismas tres zonas del busto.

Leopold supo entonces que ese era su bloqueo inconsciente imponiéndose, y que, sin duda, era el ejemplo más desmoralizador, ya que nunca antes había fracasado en este estado de fuga al producir algo que Leopold tuviera en alta estima. Incluso en este estado, la sede de su genio fervientemente anhelado, era incapaz de triunfar. Se

sintió condenado. Y perdido.

Y se sintió desvaneciéndose mucho más, aún más arriba, aunque ahora era una escapatoria, bendita escapatoria.

Era la sensación de perder gradualmente el enfoque sobre sí mismo y la escultura de arcilla. En lugar de eso, comenzó a percibir todo el estudio, y lo abarcó por completo sin poder concentrarse en ningún aspecto del mismo. Vio las pautas de las largas mesas junto a las paredes y las partes de ellas que hacían forma de T hacia el área principal de trabajo. Vio las cajas de bocetos y obras inacabadas encima de las mesas a lo largo de una pared, aunque era incapaz de identificar ninguna pieza en concreto. Y encima de las demás mesas sólo podía sentir los negros y grises y blancos de arcilla, piedra y mármol.

Incluso estos objetos del gran estudio de trabajo se desvanecían, y contempló la periferia de su refugio: los ladrillos mal asegurados con argamasa de las paredes de su sótano, la robusta escalinata de madera, deforme y manchada por la humedad, que subía a la planta baja y por la que se sintió derivar, y la puerta de la fresca y seca bodega en la que Leopold pasaba las horas del día comatoso sobre un colchón firme, varias almohadas y un edredón de plumas.

Desde su elevada posición ventajosa, no obstante, sintió por un momento que había algo más profundo que su bodega. Algo oscuro e informe y peligroso. Al momento desapareció, pero unos apéndices sin forma definida seguían cosquilleando su cerebro mientras flotaba aún más alto.

Finalmente se encontró con el techo, que era el suelo de la planta baja. En su estado actual el techo también era una barrera permeable que separaba a la vigilia del sueño, y los detalles borrosos de todo lo que había sentido se volvieron totalmente blancos en un destello brillante que, de repente, hizo que Leopold recuperara completamente la consciencia.

DOMINGO, 20 DE JUNIO DE 1999, 23:57 H

UNA ACERERÍA ABANDONADA, ATLANTA, GEORGIA

El motorista cruzó como una bala las oscuras calles de Atlanta. Prefirió mantenerse alejado de las principales arterias norte-sur (I-75 y I-85) que parten en dos Atlanta. Lo mejor para esquivar perseguidores era que hubiera muchas calles laterales por las que correr, y a causa de la Caza de Sangre declarada contra cualquiera que se pareciera remotamente a un Anarquista, era imprescindible que los sicarios del Príncipe no siguieran al mensajero hasta su destino.

Zigzagó entre las calles entrecruzadas por las que se conoce a Atlanta y fue abriéndose camino paulatinamente en la dirección adecuada. Satisfecho con que nadie le siguiera, el mensajero pegó un acelerón final en un tramo de terreno abierto junto a un enorme edificio de ladrillo y acero.

Sabía que en ese instante sería más vulnerable, y aceleró aún más. La motocicleta BMW respondió admirablemente, y el diestro motorista rozó con sus ruedas los numerosos baches y las grietas del asfalto.

Mientras se acercaba a la fachada –y eso era todo lo que había, ya que la mayor parte de la acerería se había derrumbado y sólo quedaba este único y orgulloso muro– el mensajero echó un último vistazo sobre su hombro para asegurarse de que estaba solo. Y lo estaba.

Pero a continuación se escucharon disparos. El trueno de la munición de gran calibre rugió desde el muro de ladrillo y cemento que quedaba ante él. El mensajero casi tira la moto sobre el pavimento desigual, cuyos baches y grietas seguramente le habrían hecho trizas como un rallador de queso.

Cuando se recuperó de la sorpresa de ser disparado desde las posiciones de su propio bando, el mensajero advirtió que las armas de gran calibre estaban disparando al cielo por encima de su cabeza. Después de establecer un trayecto sobre la carretera que parecía

estable, el mensajero estiró el cuello y miró a su alrededor y hacia arriba. No podía escuchar nada más que el estruendo de su propio motor, pero ahora podía ver a los tres helicópteros. El que iba al frente parecía ser negro y estaba camuflado, y posiblemente fuera el que le había seguido. Los otros dos se acercaban rápidamente a cierta distancia, y parecían ser helicópteros de la policía.

El mensajero blasfemó y agarró el acelerador para desencadenar toda la potencia de su motocicleta bávara. La moto respondió con un tremendo aceleron, aunque ya iba a más de 200 km/h. No sólo iba a morir a causa de algún mensaje estúpido –por mucho que se le considerara urgente– sino que también había fallado en el punto más básico de su misión: no lleves al enemigo hasta el refugio.

De repente cayeron balas alrededor del mensajero como si fueran los golpecitos de un fuerte aguacero. Una de las balas atravesó su brazo y se alojó en su muslo derecho. Casi pierde el control, pero la fuerza de su brazo izquierdo de ghoull bastó para mantener el control, al menos por el momento. El brazo estaba prácticamente inutilizado. Aún podría reunir suficiente fuerza en la mano para manejar la palanca del gas, pero su codo no tenía fuerza alguna y el mensajero sabía que su capacidad para conducir la motocicleta estaba gravemente mermada.

Volvió a echar un vistazo hacia atrás y vio que había un hueco importante entre el primer helicóptero y los otros dos de la policía. Si podía maniobrar hasta esa curva, viviría.

El mensajero clavó sus frenos. En el mismo instante tumbó la moto sobre su costado derecho y saltó del sillín. Aterrizó con ambos pies firmemente colocados sobre la parte superior del costado izquierdo de la moto e hizo surf sobre la carretera, con su único brazo sano sujetando el manillar.

Volaban chispas y piezas de la motocicleta mientras el mensajero luchaba por mantener su equilibrio cuando la moto se escoró sobre la carretera bacheada. Y entonces el helicóptero giró sobre su cabeza, incapaz de controlar y frenar su velocidad tan rápido como el motorista. El mensajero no pudo permitirse más que un instante para contemplar al helicóptero, pero le vio comenzar a frenar

como si el piloto pensara en darse la vuelta para acabar con él. Después siguió acelerando.

Una vez que el helicóptero había pasado y se dedicaba a ametrallar la posición de los Anarquistas en la acerería derruida, el mensajero levantó la moto con un tirón hercúleo de su brazo izquierdo. Su velocidad había bajado hasta unos 50 kilómetros por hora, pero en cuanto volvió a sentarse en el sillín, el mensajero aceleró rápidamente para superar ese lento ritmo. Se encontraba detrás del helicóptero de cabeza, pero por delante de los otros dos que descendían a toda velocidad.

La moto estaba en mal estado y quería ir a la derecha, pero el mensajero tiró con su brazo izquierdo para mantener la rueda recta.

Vio como el helicóptero negro picaba más allá del muro de ladrillo y acero. Sus armas delanteras demolieron una sección del muro, y el mensajero vio la figura de uno de sus amigos Vástagos caer entre el montón de escombros.

El helicóptero dio la vuelta para dar otra pasada, y en su siguiente ataque probablemente se le unirían los dos vehículos de policía.

Además, el mensajero podía ver la carretera I-75 salir de la arteria del centro de la ciudad a su izquierda, y una larga hilera de coches a toda velocidad con luces azules parpadeantes salpicaban la autopista.

Renegó de nuevo y extrajo la velocidad que pudo de su moto dañada. Dejó que la tendencia hacia la derecha de la moto le llevara y rodeó el muro para buscar refugio detrás de él junto a sus condenados camaradas. Se preguntó brevemente si era diferente enfrentarse a la Muerte Definitiva que a la simple muerte de mortal que tenía ante sí. Tal vez fuera un ghoul con sangre de Vástago en sus venas, pero aún así moriría de manera normal. ¿Cómo se encargaría la policía de sus amigos cuando no cayeran ante una salva de disparos? El mensajero pensaba que el Príncipe estaba a punto de romper descuidadamente la Mascarada al enviar a su policía a por los Anarquistas.

En estos momentos finales pasaron muchas cosas por su mente. La clase de pensamientos que el mensajero jamás había tenido antes, y que nunca más volvería a tener.

Seguro por un momento detrás de los muros y bajo un fragmento de lo que hubiera podido ser el techo de la segunda planta, el mensajero apagó el motor y saltó de la moto. Su brazo derecho herido cayó pesadamente sobre su costado.

Vio a Thelonious y corrió hacia el poderoso Brujah. El hombre parecía imperturbable en su caro traje de ejecutivo. Se acercó un teléfono móvil a su oreja, pero colgó cuando el ghoul se acercó.

Thelonious parecía demasiado pacífico para ser un Brujah, especialmente para que el Príncipe inmiscuyera en la refriega a estas hordas de policías, pero el joven y agradable hombre negro podía ser feroz cuando era necesario. De hecho, era uno de los pocos individuos –Vástagos o Ganado– que se había enfrentado al Príncipe Benison en combate y había sobrevivido. Por supuesto, el Príncipe también sobrevivió; si no, no se estaría librando la guerra entre los antiguos del Príncipe y los Anarquistas de Thelonious. El ghoul dijo:

–Lo siento, amo. Les traje hasta usted. En cuanto les vencamos o huyamos, me someteré a su juicio.

Thelonious pareció no escuchar al principio al ghoul, pero después el Brujah dijo:

–No seas estúpido, Thomas. Este ataque estaba en marcha antes de que llegaras. Nos encontraron por otros medios. Quizá un espía. Uno de nosotros interesado en la sociedad profundamente degradante y arrogante que el Príncipe ha establecido en nuestra ciudad.

–Si es así, mataré al traidor.

–Ya me he ocupado de eso –dijo Thelonious, alzando una mano ensangrentada hacia el mensajero. Después siguió:

–En cuanto a la policía, quizá podamos asustarles, o al menos ganar un poco de tiempo.

En eso, Thelonious alzó su mano. Aunque el ghoul sólo podía echar breves vistazos al helicóptero negro a través de las ventanas rotas y agujeros mientras giraba de nuevo hacia el edificio, podía ver que iba a dar otra pasada.

De nuevo las armas comenzaron a hacer pedazos los ladrillos, y Thomas se encogió. Entonces se escucharon dos sonoros silbidos, y un par de estelas ardientes refulgieron en el aire. Una estela se perdió

de vista aún silbando, pero la otra interceptó al helicóptero y una explosión tremenda hizo temblar el aire y la tierra.

Se escucharon vítores entre los Anarquistas, y Thomas vio que Thelonious también sonreía.

–Veamos si eso les hace pensárselo dos veces –dijo el Brujah.

Efectivamente, los dos helicópteros de la policía, que también estaban listos para hacer una pasada con sus ametralladoras, ganaron rápidamente altura en vez de eso y dispararon muy por encima de la vieja acerería.

–Ahora nos toca a nosotros –dijo el Brujah. Thelonious emitió un silbido ensordecedor y ondeo ambos brazos. La mayor parte de los Anarquistas de las murallas abandonaron inmediatamente sus puestos y treparon o saltaron al suelo. Un par de ellos, no obstante, se quedaron un momento más. Prepararon otro misil, y Thomas observó como uno de los Vástagos, un Brujah duro llamado Trevor, apuntaba el arma hacia los helicópteros en retirada.

–Ven –dijo Thelonious, devolviendo la atención del ghoul hacia su líder.

Cuando el ghoul se giró, vio que el líder Anarquista se estaba quitando la ropa. La piel negra de su cuerpo magníficamente esculpido brillaba a la luz de la luna. Entonces Thelonious extendió su antebrazo hacia el rostro del mensajero.

–Toma un poco de sangre. Sin ella esa herida te matará y nunca sobrevivirás a la fuga que estamos a punto de emprender.

El ghoul estaba asombrado, pero no se demoró. Agarró los brazos del Brujah y lanzó su rostro glotón sobre ellos. Sabía que se había alimentado con la autoridad de su líder, pero nunca había probado la sangre de Thelonious, sólo de sus subalternos. Por lo tanto, el ghoul nunca antes había saboreado una sangre tan sabrosa, tan aromática, tan llena de vida y poder.

Cuando la sangre fluyó hacia su cuerpo, el ghoul la sintió actuar de inmediato. En un instante, recompuso su brazo destrozado e incluso le devolvió algo de flexibilidad y fuerza. La sangre de Vástago era asombrosa, pensó. Especialmente la sangre de un primogénito Brujah. Bueno, un *antiguo* primogénito Brujah. Tras la revuelta Anarquista, el cargo ya no era oficial.

De repente, el delicioso sustento había desaparecido. Unas gotas de sangre se deslizaron por el brazo del Brujah, pero la hemorragia se detuvo en cuanto retiró la boca del ghoul.

A continuación Thelonious empujó al ghoul para que empezara a trotar y después a correr bajo el manto de la noche. Los otros ocho Anarquistas se encontraban tras de ellos. Cinco eran Vástagos, y tres eran ghouls como Thomas. Thelonious había prometido a los ghouls que serían Abrazados y convertidos en vampiros completos si se ganaba esta guerra.

Mientras el heterogéneo grupo corría por los terrenos cubiertos de escombros de la vieja acerería, Thelonious miró a Thomas y le preguntó:

–¿Traes un mensaje o simplemente estabas volviendo a la base?

Thomas no podía hablar y correr con la misma facilidad siguiendo un ritmo tan exigente, pero consiguió decir:

–Te... tengo... un... mensaje.

–Entonces dámelo –ordenó el líder Brujah.

Thomas sacó un sobre sellado de su cintura y lo extendió torpemente hacia Thelonious. El Brujah lo agarró hábilmente y lo abrió mientras corrían. Thomas no sabía cómo Thelonious conseguía leer mientras seguía atento al terreno y mantenía su velocidad, pero le hizo desear convertirse en Vástago más que nunca.

–Es de Benjamin –reveló el Brujah. Thomas se estaba cansando, pero sintió el vigor de las últimas gotas de la sangre de su líder recorriéndole, y recuperó su aliento.

–¿Benjamin? –preguntó.

–El Ventrue –explicó Thelonious. Entonces el Brujah apartó la mirada como si estuviera revelando el contenido del mensaje únicamente a una parte de sí mismo–. Dice que debería asistir a la fiesta mañana por la noche. Benison estará allí... –Sus palabras se desvanecieron, pero sus pies volaron furiosos y se puso por delante de los demás.

Su voz resonó en el grupo.

–Reuníos conmigo en el siguiente refugio en dos noches.

–Después, la superficie aparentemente pulida de su piel se negó a

reflejar más la luz de la luna, y mientras desaparecía en la negrura de la noche, Thelonious se preguntó si el precio de Benjamin era demasiado alto. ¿Por qué querría cambiar el Brujah a un Príncipe por otro?

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 1:50 H
PIEDMONT AVENUE, ATLANTA, GEORGIA

Leopold estaba al instante totalmente alerta y consciente. Este periodo particular de haberse dejado ir no se caracterizó por la confusión y flojedad que a veces le recibía cuando despertaba.

Estaba confundido momentáneamente por los grilletes que imaginaba sujetando sus manos, pero en seguida comprendió que sus dedos y palmas estaban cubiertos de arcilla seca. Cuando tensó sus dedos con un poco de fuerza, la arcilla seca se agrietó y cayó en fragmentos sobre el suelo polvoriento.

Leopold se tendió sobre el suelo sucio de su área de trabajo. Su cuerpo se cubrió con los restos de muchos otros proyectos previos, ya que sólo se sentía motivado a limpiar el espacio cuando los restos se acumulaban en montones con los que pudiera tropezarse, y eso era una vez cada seis meses aproximadamente.

Miró hacia arriba al techo, y por un momento imaginó que se veía a sí mismo flotando ahí. Ahora sería el escultor mirando a la Musa. Todo lo que vio, no obstante, fueron las fuertes vigas de madera que habían soportado la planta baja durante cien años y lo harían durante otra centena más. Parecían indomables e inmunes al paso del tiempo. Si solamente una de sus esculturas – ¡sólo una de ellas! – resistiera tan bien el examen de generaciones de Vástagos y Ganado...

Cuando concentró su vista cerca del suelo, Leopold vio que

estaba echado con su cabeza al lado del pedestal sobre el que había trabajado el busto de arcilla. Todavía le consumía la sensación de fracaso. Y frustración. Y también de necesidad. ¿Cómo se le podía haber ocurrido que su pasado ocultaba extrañas sorpresas? ¿Era esta la demencia de la vida eterna que algunos Vástagos decían que afectaba a las mentes de los antiguos? Leopold ni siquiera había arañado la superficie de los años mortales asignados a algunas Reses, y ya estaba desmoronándose. Se imaginó a sí mismo sirviendo como ejemplo del Toreador de voluntad débil: un escultor farsante que ni siquiera podía resistir cuatro veintenas mas siete años, o lo que prometiera la Biblia.

Aunque su mente estaba clara y sus miembros eran fuertes, Leopold no sintió motivación alguna para moverse. Su posición desde el suelo le proporcionaba tanta perspectiva sobre su busto de arcilla como le permitía su confianza restante: una delicada nariz asomaba sobre los labios detallados y quizás abiertos.

Y allí siguió un buen rato, perdido en pensamientos que le condujeron a poco y no le sirvieron para nada. Finalmente, la gravilla del suelo y el suficiente deseo por obtener algún sustento le impulsaron a ponerse de pie.

Se levantó y caminó lentamente hacia la escalera de madera. Con su mano agarrando la barandilla, subió los escalones con lentitud. Entonces, justo cuando sus ojos iban a desaparecer del sótano sobre el umbral de la puerta de arriba, volvió la vista hacia el busto.

Una mujer increíblemente bella le devolvió la mirada, su cabeza inclinada a un lado y su cuello estirado. No era una pieza a medio hacer. Era una obra terminada, algo bello, y Leopold se golpeó la cabeza con el techo cuando bajó corriendo las escaleras y cruzó su estudio para situarse ante el busto.

Los hombros de la mujer estaban desnudos, y eran esbeltos y suaves, y la imaginó desnuda o con un vestido escotado que podría sentar bien a una mujer de rasgos tan bellos. Los huesos se hacían evidentes bajo la piel de arcilla de la mujer, pero había algo en la disposición de los hombros o en su cuadratura que indicaba fuerza o al menos confianza.

El rostro estaba iluminado por una leve sonrisa, pero eran los

otros rasgos de la mujer los que daban dimensión a esta expresión. Sobre todo los ojos, que parecían tener una ligera inclinación asiática. En ellos había alegría, aunque estaba algo oculta dentro de la sombra de su forma alargada, y por que estaban parcialmente cerrados. Las mejillas eran redondas, pero se afilaban en una barbilla estrecha. Por encima, un solo mechón de cabello caía por su frente. El resto del pelo estaba más controlado, como si fuera corto y algo rizado.

Lo que Leopold no consiguió ver, ya que ni siquiera había pensado en buscarlo, o quizá porque lo veía con tanta frecuencia que no lo consideraba fuera de lo común, fueron los colmillos de la mujer. No eran evidentes, pero la boca ligeramente abierta revelaba las finas puntas de los colmillos superiores.

Eso era extraordinario, y Leopold se apoyó en el pedestal, inclinándose hacia delante con ambas palmas apretadas sobre la superficie que también sostenía al busto, y sus piernas abiertas por detrás como si estuviera a punto de ser cacheado por un policía. Su cabeza cayó entre sus brazos y quedó colgando de su torso como un péndulo inmóvil.

Los dientes no sólo querían decir que había esculpido a un Vástago, sino que ese Vástago concreto era el que le inquietaba y excitaba, aunque no era la belleza del Abrazo que recordaba.

No podía creer lo que había hecho, ni tampoco que no la hubiera reconocido de inmediato.

Levantó su cabeza y miró directamente a los ojos de arcilla oscura pero naturales de la mujer. Era Victoria Ash, primogénito de los Toreador de Atlanta. Su suntuosidad exuberante y pre-Rafaelista era el epítome de la belleza a los ojos de escultor de Leopold, aunque había suficiente esbeltez en su rostro para equilibrarlo y acercarlo a cánones más modernos de belleza. La Venus sin brazos no la superaba como metáfora de la belleza eterna.

La contempló durante un largo rato, preguntándose qué le contaba de sus circunstancias, de su pasado. Quizá no tuviera nada que ver con el pasado, sino que fuera un augurio de su futuro. Tal vez Leopold estuviera condenado a saber más de su futuro que de su pasado. Sin embargo, si Victoria era importante en su futuro, Leopold decidió que podía perdonar un pasado perdido.

Entonces, Leopold se alejó unos pasos y se concedió la ventaja de la distancia para volver a mirar y asegurarse, aunque sólo un instante. El rostro afilado, las formas ligeramente orientales, el esbelto cuello. Era ella, sin duda.

Leopold volvió a acercarse y se inclinó un poco. Metódicamente, mientras el Toreador saboreaba cada instante, apretó sus labios contra la arcilla de su busto y mantuvo el beso mientras su lengua se abría camino diligentemente en la arcilla de la boca abierta y sonriente de Victoria.

7

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 2:02 H
HOTEL SKYLINE, ATLANTA, GEORGIA

Benjamin se encontraba en el último piso de su hotel en el centro de la ciudad admirando el bello perfil nocturno de Atlanta. Una de sus docenas de corporaciones títere o compañías fachada –o alguna combinación de las anteriores que no podía citar exactamente– era propietaria del edificio, y este último piso oficialmente estaba lleno de material de construcción y sólo parcialmente acabado porque los fondos de la compañía menguaron antes de que pudiese finalizarse.

Cierto era que sólo estaba a medio terminar, pero eso era porque Benjamin así lo quería. Se podía permitir grandes lujos, y eso hizo en muchos de sus otros refugios, pero cuando Benjamin quería pensar necesitaba muebles más espartanos. Un ordenador en un escritorio. Una pequeña mesa auxiliar. Una gran mesa de mapas con diez cajones planos para guardar documentos. Una trampilla para huir rápidamente. Benjamin miró fijamente al norte del centro de la ciudad, más allá de las torres de pisos. Ojalá hubiera estado observando cuando se lanzaron los misiles. Su posición le habría proporcionado una buena vista de la batalla aunque se libró a tres kilómetros al norte de su refugio. El Ventrue se ajustó sus gafas. Era un hábito nervioso

de sus días como mortal. Por lo demás, Benjamin parecía relajado en su camisa blanca y negra de cuello plano y sus pantalones negros. Si no fuera por las hebras cruzadas blancas de la camisa, Benjamin, un hombre negro atractivo, podría haber desaparecido en la tenue luz de la habitación. No le importaba desaparecer cuando estaba en medio de sus meditaciones, pero había algo de todo ese negro que no atraía al Ventrue. Demasiado de moda. Demasiado rebelde. Y no era ni Toreador ni Brujah. Le dejaría esas cosas a ellos.

Solo que esta noche tenía que interferir en sus asuntos. A menos en los asuntos de los Brujah y de los otros clanes que pudieran estar representados en el grupo de Anarquistas que lideraba Thelonious. Quizá un Gangrel o dos, pero la información de Benjamin señalaba a un puñado de Brujah y probablemente un par de ghouls. Y Thelonious, por supuesto. Era un ejército lamentable, pero la Maldición de la Sangre había diezmado terriblemente sus filas, y Thelonious parecía contrario a abrazar a otros simplemente para obtener tropas de choque –una táctica favorita del Sabbat, al que importaba poco el futuro de tales tropas.

No, la guerra que libraba Thelonious era legítima, y el Brujah era demasiado escrupuloso para rebajarse a emplear tácticas que, si se utilizaran, arriesgarían una victoria a largo plazo para obtener una a corto. Lo que significaba que el mensaje de los Brujah debía tener algún beneficio a largo plazo que el Ventrue estaba pasando por alto.

En cualquier caso, Benjamin era un poco más pragmático. Pensaría en la posibilidad de las tropas de choque si le garantizaban la victoria que posteriormente le diera la oportunidad de enmendar ese mal.

Por supuesto, el rencor de Benjamin contra la clase dirigente de Atlanta era de naturaleza más personal, mientras que Thelonious libraba una batalla ideológica contra el Príncipe Benison. Benjamin también combatía por una ideología, pero reconocía que la derrota del Príncipe Benison y de su maldita esposa Eleanor –su zorra sire, que ejercería su control sobre él si pensara que nunca más volvería a ella por voluntad propia– influía significativamente en los métodos que pudiera emplear.

¿Entendía Thelonious las astucias de la decisión que Benjamin

estaba a punto de tomar?

El Ventrue se alejó de la ventana y volvió a la mesa de mapas. Toda la información que habían recopilado sus agentes el día anterior estaba extendida sobre la superficie plana. Benjamin la había leído hacía muchas horas y encontró poco de interés.

Su mano derivó hacia un folio de papel, que cogió y volvió a leer. En él estaba escrito "Es el momento de tomar medidas para bloquear a Benison. Conozco tu secreto, Benjamin, y Benison podría saberlo en el acto de mañana por la noche".

Estaba firmado, "Thelonious".

El mensaje lo había traído un mensajero motorista aproximadamente hacía una hora. Estaba metido en el sobre con el membrete de una contrata inexistente, y el mensajero que lo entregó había dicho en recepción que era una orden de trabajo que debía ir al último piso. Esta extraña solicitud había llamado la atención del ghoul de Benjamin, August Riley, una astuta joven que dirigía el hotel y usaba la sangre que la concedía para permanecer en pie las veinticuatro horas del día. Benjamin también solía trabajar incansablemente, pero eso era antes de convertirse en Vástago, ya que ahora no podía permanecer activo durante el día.

Benjamin aceptaba ahora que podría beneficiar a Thelonious revelar el secreto del Ventrue en la fiesta del Solsticio de Verano la próxima noche. Cualquier cosa que pudiera hacer el Brujah para distraer los ataques y la atención del Príncipe podría dar a Thelonious tiempo para reagruparse ante posibles contraataques. Pero eso seguía pareciendo algo a corto plazo. Aun así, la supervivencia a corto plazo era necesaria para obtener la victoria a la larga.

Benjamin podía frenar la persecución del Príncipe hacia los Vástagos rebeldes ya que, aunque Benison controlaba a la fuerza policial de la ciudad, todo el sistema judicial se encontraba bajo el dominio de Benjamin. El Ganado de Benjamin podían emprender varias acciones para acabar con los ataques que Benison estaba efectuando con sus propios títeres. Joder, incluso el rechazo de unos cuantos mandamientos de registro podría hacer ganar a Thelonious varios días.

Pero ¿se atrevería Benjamin a realizar una acción así? Estaba

claro que no le preocupaba la amenaza de Thelonious. Con amenazas o sin ellas, Benjamin tendría que hacer lo que fuera mejor para él.

Lo que se reducía, concluyó Benjamin, a decidir quién era el mejor títere –o aliado, si elegía mirar las cosas de esa manera–: Thelonious o Eleanor. Eligiese lo que eligiese –y tendría que considerar las permutaciones en las horas de oscuridad que quedaban esta noche– Benjamin sabía que no podía tomar medidas contra el Príncipe antes de la fiesta.

Benison sabría inmediatamente que la interferencia de Benjamin era la que frenaba su persecución de los Anarquistas, y el Ventrue pensó que no había razón para crearse problemas cuando otros ya tenían la habilidad de colmarle a uno con ellos.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 3:18 H
PIEDMONT AVENUE, ATLANTA, GEORGIA

Fue el resultado que Leopold más temía: una respuesta. Pero una rebotante de nuevas preguntas.

Su respuesta era que podía esculpir a un Vástago, aunque era necesario que entrara en su estado de fuga, un proceso que nunca había sido capaz de controlar. Más que eso, este ejemplo de dejarse ir parecía diferente a los anteriores. Recordó los detalles de lo que consideraba su proyección astral con poca claridad, pero recordó sentir que su bloqueo mental había vencido incluso a su estado mágico de creación. Después, había flotado aún más alto hasta que había vuelto a la consciencia.

Normalmente su presencia fantasmal se encontraba a un brazo de distancia por encima de su yo trabajador. Quizá, su naturaleza vampírica estuviera potenciando este poder, o quizá el suyo fuera un poder con un alcance mucho más grande del que creía. Quizá fuera lo bastante potente como para poder crearse de nuevo un genio artístico:

un creador con el nivel suficiente de locura y comportamiento extremo para reunir los requisitos.

Fuese lo que fuese lo que había sucedido, y lo que estaba sucediendo, Leopold sabía que necesitaba más respuestas. Su misión sería vencer a la hidra, ya que en lo relacionado con los Vástagos, cada respuesta creaba dos preguntas más, pero quizá se tropezara con una verdad final que le dejara cauterizar los muñones ensangrentados antes de que pudieran brotar nuevos misterios.

El problema era que sus amigos eran tan pocos como sus enemigos. Permanecía alejado de la política para evitar crearse enemigos, pero sin un área de influencia o control que pudiera reclamar como suya, otros Vástagos no tendrían motivo para buscarle como aliado. Había un puñado de mortales a los que podía recurrir si surgía alguna necesidad extrema –Rose Markowitz en particular, puesto que la había rescatado de la calle y la había devuelto a una vida artística que posiblemente encontrara infinitamente más atractiva– pero no eran Vástagos.

A menos que Hannah pudiera ayudarle. Pensó en eso un instante.

Recordó haber pensado en su mansión cuando pasó al lado la noche anterior. Pensó que era suya, aunque suponía que en realidad era de la capilla Tremere de Atlanta, un clan extremadamente jerárquico que Leopold creía vinculado por una línea de sangre común, además de por su sangre común. Leopold había oído que se exigía a todos los neonatos –vampiros recién creados– beber la sangre de todos los antiguos del clan.

La sangre era una fuerza poderosa para los Vástagos, y no sólo por su sustento. Al fin y al cabo, cualquier sustancia que podía transformar a un humano exangüe en un Vástago ocultaba secretos que estaban más allá de la ciencia del Ganado. Un mortal que bebía sangre de Vástago se convertía en ghoul. Un Vástago que bebía sangre de otro Vástago podía convertirse en esclavo suyo. En realidad, Leopold había escuchado historias de las innumerables maneras en las que podía emplearse el poder de la sangre de Vástago, y en el fondo de muchas de esas historias estaban los Tremere, un clan del que se rumoreaba que no descendía de Caín,

sino de un grupo secreto de hechiceros que se habían transformado a sí mismos en la Edad Media.

Leopold sacudió su cabeza frustrado. Había demasiadas historias. Todas probablemente falsas, pero con una base de verdad. Necesitaría la vida eterna para comprenderlo todo.

Pensó en Hannah y en cómo casi se alegró de su incapacidad para esculpir Vástagos –al menos en aquel momento hacía aproximadamente un año–. Nunca se había encontrado con humano o Vástago tan poco llamativo, hosco e inanimado. A Leopold le pareció que Hannah combinaba todas las peores características de una Victoriana gazmoña, una maestra remilgada, y una cuáquera terca. Era flaca hasta la exageración, inexpresiva hasta la estupefacción, y espeluznante como una bruja de Salem que quisiera arder.

No habría sido un modelo imposible de esculpir, pero Leopold no se imaginaba disfrutando con ello. No es que Leopold dudara de la capacidad de Hannah para sentarse durante horas o incluso días –interrumpidos por la luz del día, por supuesto– si la escultura lo requería, sino que dudaba de su capacidad para encontrar algo en ella que animara el alma de su representación en arcilla o piedra o mármol.

Pero lo había intentado aquella noche que llegó súbitamente a su taller. Leopold recordaba que había estado teniendo problemas con una modelo poco cooperativa, cuando la chica frustrantemente nerviosa chilló y señaló a una figura encapuchada y vestida de negro que se encontraba en la base de las escaleras. Leopold también estuvo a punto de chillar, pero Hannah se bajó rápidamente la capucha y Leopold la reconoció de uno de sus pocos compromisos sociales de los Vástagos.

–Tengo entendido que no puedes esculpir el retrato de un vampiro –dijo con una voz tan monótona que Leopold tuvo que recoger las palabras del murmullo mecánico que era el registro de su voz.

La Res asustada volvió a gritar, lanzándose hacia Leopold en busca de protección, pero su voz gorgoteó hasta apagarse y se derrumbó al suelo con tal brusquedad que Leopold pensó que sus huesos debían haberse licuado.

–Sí, es cierto. –Leopold creía en lo que había dicho, mientras se agachaba hacia la mujer caída y la daba la vuelta. Limpió algo de polvo de uno de sus pechos y de su estómago y la sostuvo sentada contra el pedestal.

Leopold debía haber parecido preocupado por el mortal, porque Hannah comentó de pasada que la mujer estaría bien y que jamás podría recordar los diez segundos inmediatamente anteriores a su caída, además de los primeros diez segundos después de despertar.

Le había advertido que, en realidad, eran aproximadamente diez segundos, y después le preguntó que le haría Leopold en ese tiempo. De cualquier otro, la pregunta hubiera podido parecer traviesa o incluso maléfica, pero Hannah no mostró la más leve sonrisa ni el más mínimo guiño. Leopold tuvo la impresión de que todo lo que hacía estaba calculado para obtener una respuesta y que su presencia no podía ser una variable en sus experimentos, con lo que permanecía constantemente apartada y estaba presente únicamente para registrar los resultados.

Leopold no recordaba lo que había respondido, pero si tuviera que volver a hacerlo, y no le faltara el coraje, le gustaría decir algo escandaloso para ver como reaccionaría Hannah. Sacudió su cabeza. Probablemente escucharía cualquier sugerencia, por muy grotesca o iluminada que fuera, con el mismo estoicismo.

La impresión acerca los métodos de Hannah se confirmó, al menos en la mente de Leopold, cuando a continuación le pidió que la esculpiera. Leopold protestó y le replicó con enojo:

–A menos que conozcas magia Tremere que pueda romper mi bloqueo, estás perdiendo el tiempo.

Ella pretendió no escucharle, y Leopold se sintió agradecido, y no resentido, por el hecho, ya que era mucho más poderosa que él. Se tragó su lengua y se censuró para sí por su estúpido arranque.

Hannah se había sentado en la silla en la que antes se había meneado la mujer. Aunque era un modelo imposible, al menos Hannah se quedó quieta, aunque la quietud absoluta era desconcertante. Leopold estaba acostumbrado a la falta de respiración de los Vástagos –aunque el ascenso y descenso del pecho de una Res era un ritmo que marcaba el paso de su obra – pero el

comportamiento gélido de Hannah era espeluznante.

Leopold pasó la mayor parte de la noche en ello, y la Res se revelaba lentamente en su arcilla, pero la imagen de Hannah seguía siendo un perfil tosco que no reflejaba ni una sola característica distintiva.

Hannah dejó que acabara la tortura cuando se puso de pie súbitamente, derribando a la humana de su regazo en un montón de carne rosa y miembros superpuestos. Después caminó hasta la base de las escaleras donde Leopold la había visto por vez primera, y todo esto sin una palabra antes de sugerir:

–No traje magia para romper tu bloqueo, pero eso no quiere decir que la magia Tremere no pueda ayudarte en el futuro.

Leopold trató de disculparse por su fracaso, pero un movimiento seco de la mano de Hannah le detuvo.

–Tienes diez segundos –dijo, señalando detrás de Leopold a la humana.

Leopold echó una ojeada a la mujer, y después volvió la vista hacia Hannah, pero el Vástago había desaparecido. El Toreador no podía recordar que hizo con los ocho segundos que le quedaron después de eso. Se río para sí ahora que comprendía que tal vez lo hubiera olvidado, pero que Hannah probablemente no lo había hecho.

Esa oferta misteriosa –si es que fue eso– de Hannah era todo lo que tenía. No tenía a nadie a quien recurrir que estuviera lo bastante interesado en atender sus apuros. Podía acudir a su primogénito, pero era Victoria y se sentiría violento. No quería revelar ninguno de sus pensamientos acerca de ella. Además, si estaba implicada en algún engaño, sería peligroso.

No es que un trato con Hannah fuera algo distinto a pactar con el diablo, pero por alguna extraña razón, parecía tener un interés personal en Leopold, y si su visita lograra intrigarla por motivos egoístas, se la podría provocar para emprender alguna acción que también pudiera beneficiar potencialmente a Leopold.

Leopold se negó a engañarse pensando que podía hacerse amigo de Hannah. Era de aquellos que no tenía amigos, o al menos sólo ella sabía quienes eran sus amigos, pero los que no eran conscientes de ello eran aquellos que marcaba con dicho favor. Su

actitud era la misma ante amigo o enemigo, y en eso era a la vez perfecta e imperfecta en el mundo de los Vástagos. Nadie sería engañado jamás por Hannah ya que no parecía tratar de hacerlo, y aunque eso eliminaba una amplia gama de opciones y artimañas de su arsenal, también recibía beneficios de esta actitud. No se mostraba tímida a la hora de dejar que otros supieran cuales eran sus deseos u objetivos, como sucedió con Leopold.

El solsticio de verano era mañana, con lo que las noches eran cortas y esta había sido una especialmente agotadora, pero aún había mucho tiempo para tratar de visitar a Hannah antes del alba. Además, cuanto antes supiera que quería verla, antes se dignaría hacerlo.

A Leopold no le entusiasmaaba visitar la capilla Tremere, pero quería ver a Hannah antes de la fiesta que marcaría la noche del solsticio, especialmente ahora que creía que necesitaba asistir a la fiesta. Tendría cuidado y no se alejaría de la obra que había donado, pero le gustara o no –y en este momento estaba muy preocupado por el futuro– Leopold necesitaba alternar con los Vástagos y aprender mejor los hábitos de sus juegos.

Estaba verdaderamente condenado.

* * *

Leopold supuso que la mansión era uno de las primeras casas de la Reconstrucción de Atlanta. Era lo bastante grande para haber sido el hogar de una Res importante que atendía en primer lugar sus propias necesidades. O quizá fue construida por orden de Vástagos que necesitaban un escondite más seguro ante peligros incalculables cuando ardió Atlanta.

La mansión era enorme. Cuatro plantas completas culminadas con aguilones que parecían entrecruzarse en un desorden de ángulos mareantes. Grandes ventanales capaces de iluminar salones de baile enteros con la luz del sol, ahora cubiertos con gruesas cortinas de terciopelo corridas perpetuamente. Leopold supuso que debía haber más de cincuenta habitaciones entre sus muros. Seguramente Hannah estuviera en una de ellas, pero ¿estaría demasiado ocupada en alguna extraña actividad mágica para recibirle esta noche?

El Toreador se sintió tentado de asumir que ese era el caso y probar de nuevo otra noche a una hora más temprana. Pero su necesidad de respuestas le llevó de la acera, por una corta senda, hasta la gran puerta de hierro al pie de un pasillo de ladrillo que acababa en las enormes puertas principales de la mansión. La puerta y las barras poco espaciadas de la valla tenían una vez y media su altura. Estaban montadas en lo alto de las columnas de ladrillo que sujetaban la puerta de hierro. La gran valla de hierro continuaba más allá de cada columna.

Leopold miró directamente a una de las cámaras y agitó la mano dubitativamente. Volvió la vista hacia la calle para ver si pasaba alguien, y cuando vio que todo estaba despejado, habló tranquilamente a una de las cámaras.

—Soy Leopold del clan Toreador, y solícito una audiencia con... ah, Hannah. —Tartamudeó porque le parecía inapropiado referirse al líder de la capilla simplemente como "Hannah", pero no conocía otro nombre o título. Bastaría. O eso esperaba.

Y debía haber servido, ya que la puerta de hierro se abrió rechinando en un instante. Leopold miró las bisagras mientras franqueaba la puerta. No pudo detectar ningún mecanismo que impulsara la apertura, pero no quería atribuir a la magia todo acontecimiento que contemplara en la capilla Tremere.

En cuanto atravesó la puerta, caminó sin parar hacia las puertas principales. El pasillo estaba mal iluminado, y cuando se cerraron las puertas a su espalda sintió un cosquilleo de nerviosismo. Mientras subía el primero de los seis escalones de ladrillo, Leopold detectó una sombra con el rabillo del ojo.

Casi tropieza con el escalón por el susto cuando un examen más minucioso de las sombras reveló a una pareja de mastines negros. Ambos estaban sentados y parecían listos para atacar y desgarrar instantáneamente su garganta. Leopold sabía lo suficiente sobre ataques de perros como para colocar su antebrazo delante de su cuello para protegerse por si alguno saltaba, pero el Toreador dudaba que dichos trucos le sirvieran contra estas bestias musculosas.

Se quedó quieto un instante viéndoles beber su aroma con sus hocicos nerviosos. Entonces se abrieron las puertas principales de la

casa, y Leopold retrocedió hacia el marco redondeado y abierto. Solamente cuando sus pies estuvieron más allá del umbral y su brazo rozó uno de los gigantescos pomos de las puertas, Leopold dio la espalda a los perros y contempló el interior de la casa.

La habitación, aunque tal vez fuera más apropiado el término "cámara" para el impresionante recinto, estaba a oscuras y olía a incienso. Esta puerta también se cerró espontáneamente, y Leopold tuvo la incómoda sensación de adentrarse en la casa encantada de una feria –un lugar destinado a asustar e invitar, para que la inquietud de un invitado pudiera volverse a favor del anfitrión.

Aun así, no había nadie para recibirle, con lo que se detuvo un momento para examinar la decoración. Todo era inquietante. Un esqueleto bidimensional del extinto pájaro dodo en una cripta hueca, bien iluminada y cubierta de cristal en el centro del suelo. Un documento enmarcado en una pared, que tras una cuidadosa inspección revelaba ser la confesión firmada de una mujer que había sido quemada en Salem, Massachusetts. Un mesa pequeña y casi circular con un borde de un centímetro y medio alrededor para evitar que cayeran tres peonzas que giraban constantemente sobre ella. Dos peonzas negras parecían acosar a una blanca pequeña.

Leopold observó un espejo en la pared más allá del documento enmarcado, pero a pesar de su gran curiosidad, se resistió a mirar en él.

La propia habitación era grande y alta. El techo estaba a unos tres pisos de altura, y varios retratos macabros decoraban las partes más altas de las paredes. Una gran escalera en espiral serpenteaba a lo largo de la pared que quedaba a la izquierda de Leopold hasta un rellano que desaparecía en vestíbulos a derecha e izquierda en el segundo piso. Las escaleras no seguían más arriba, pero Leopold observó un balcón en el tercer piso que dominaba esta cámara.

En la sala también había dos pares de grandes puertas dobles, uno situado en la pared que estaba delante de Leopold y otro par a su derecha. Las cuatro puertas estaban cerradas.

El Toreador se quedó quieto un instante, examinando por turnos cada una de las posiciones ventajosas que tenía la sala sobre él, pero viendo que nadie le prestaba atención, se sentó en un gran diván rojo

cerca de la mesa de las peonzas. El ruido y movimiento de las peonzas le ayudaron a pasar un instante o dos, especialmente porque Leopold no quería mirar a los huesos del pájaro, que se podían contemplar magníficamente desde el diván.

Al poco, un anciano de barba blanca entró en la cámara por las puertas que daban a la puerta principal. Se estaba estirando las mangas de su chaqueta de esmoquin.

—Perdóneme señor, pero ante la falta de expectativas de visitantes esta noche me temo que el servicio se ha descuidado un poco.

El hombre era caucasiano y su cabello blanco sólo se erizaba a lo largo de la línea de su mandíbula. Tenía una altura media y un aspecto bastante ojeroso. En cuanto se acercó, Leopold supo que era mortal, o al menos un ghoul. Probablemente lo primero, pero no le importó. No estaba recopilando información para un asalto futuro sobre la mansión; sencillamente esperaba que Hannah pudiera darle algunas respuestas, o incluso una sola respuesta.

—Me gustaría hablar con Hannah, señora de esta capilla.

—Por supuesto, Lady Hannah ya ha sido advertida de su presencia, señor, y ha ordenado que se le lleve ante ella inmediatamente. Haga el favor de seguirme, y por favor, no se desvíe un paso del camino que emprendamos. Si lo hace, está expuesto a sufrir un gran daño, una gran confusión o ambos.

—¿Gran confusión? —preguntó Leopold.

—Sí, señor. Aunque los vestíbulos parecen sencillos de recorrer, un mal paso podría llevarle a otra ala de esta casa, o de otra casa. Por favor, tenga cuidado.

Leopold se quitó el polvo de los pantalones cuando se puso de pie. Quizá la tenue luz de la habitación ocultaba el polvo, pero una fina capa había cubierto su cuerpo mientras esperaba.

El hombre cogió un pequeño candelabro de una estantería baja a pie de las escaleras. También en esa estanterías había varias velas estrechas de sebo. Puso una en el candelabro y chasqueó sus dedos encima de su mecha. Se encendió inmediatamente, ardiendo con una llama amarilla constante.

El hombre, o quizá ghoul, subió a la base de las escaleras y miró

por encima de su hombro hacia Leopold antes de subir el primer peldaño. El Toreador entendió esto como una señal para que le siguiera, e inmediatamente siguió los pasos del criado. Sin embargo, reaccionó con demasiada rapidez, y pisó el talón del criado, haciendo que el anciano tropezara hacia delante.

–Lo siento –dijo Leopold mientras se movía para ayudar a ponerse de pie al hombre.

El criado aceptó la ayuda pero no respondió a la disculpa del Toreador y ni siquiera le miró. Se limitó a sacudirse el polvo y subió el primer peldaño.

Leopold seguía cerca, y escuchó al ghoul susurrar un nombre.

–Hannah.

Aunque no podía ver directamente la llama, Leopold observaba la luz de la vela gracias a las sombras vacilantes y al aura iluminada que rodeaba el cuerpo del ghoul. A la mención del nombre de Hannah, la luz perdió su tono amarillo y adoptó una llama de color violeta.

Y como no podía ver directamente la llama, Leopold no podía estar seguro, pero sospechaba que la llama purpúrea llevaba de alguna manera al criado a la ubicación actual de Hannah. Supuso eso por el modo en que la cabeza del ghoul se inclinaba hacia delante como si estuviera inspeccionando la luz cada vez que la pareja alcanzaba una intersección de posibles caminos.

La senda por la que llevaban a Leopold la llama y/o el ghoul era extremadamente confusa. Franquearon arcos, atravesaron pasillos largos y vacíos, penetraron en vestíbulos y habitaciones a través de puertas que parecían no servir a ningún propósito, y generalmente seguían una ruta con tantos rodeos que Leopold no tenía ni idea de la dirección por la que regresaría.

Además, ponía tanto cuidado en no desviarse del camino definido por el ghoul que apenas tenía tiempo de registrar la ruta. Seguramente dependería de este ghoul o de otro criado para salir de la mansión, luego no había motivo para arriesgarse a dar un mal paso que arrojara a Leopold de esta casa en Atlanta a otro lugar. Esa amenaza era algo fantástica, y Leopold se habría sentido tentado de ignorarla en cualquier otro sitio que no fuera la casa capilla de los Tremere.

El ghoul abrió camino sin hablar, salvo la formalidad de cortesía ocasional: –agáchese aquí, señor, el techo es algo bajo–, o –cuidado con el escalón, señor–. Finalmente se detuvo delante de una puerta vistosa que Leopold no podía ver claramente y se volvió hacia el Toreador.

–Hannah está en esta cámara. No os anunciaré, ya que me pidió que no lo hiciera. Pudiera encontrarse en medio de algún trabajo delicado, y le ruego que entre en silencio y espere que se dirija a usted. Hacer lo contrario será abusar de su generosidad al aceptar verle esta noche, joven Toreador –dijo el criado.

–Entiendo –dijo Leopold–. Pero ¿no debería esperar junto a la puerta hasta que me haga pasar?

El criado sacudió su cabeza y respondió:

–Eso no fue lo que pidió. Por favor, entre. –Después de lo cual el ghoul se apartó a un lado y pasó junto a Leopold andando con prisa a través de un largo vestíbulo que la pareja había atravesado hacía un momento.

Mientras Leopold contemplaba a la figura del ghoul retroceder por el vestíbulo, marcó el punto en el que sospechaba que ya no podría alcanzar al ghoul incluso si esprintaba con todas sus fuerzas. En cuanto el ghoul superó ese punto, a Leopold no le quedaba otra alternativa que entrar como al parecer Hannah había solicitado. La persecución del ghoul parecía una opción razonable, porque Leopold no quería interrumpir a Hannah en medio de algún experimento horrible, y no podía imaginarse un ritual Tremere que no lo fuera.

De nuevo, no obstante, pensó que era una excusa estúpida para abandonar su búsqueda de la verdad, o al menos de algunas respuestas. Por tanto se acercó a la puerta, respiró profundamente en una pantomima de relajación, porque él ya no respiraba, y deslizó sus dedos sobre el pomo de la puerta.

Sólo entonces, cuando se encontraba a treinta centímetros de la puerta, pudo Leopold apreciar la calidad del labrado de la puerta de roble. Era de buena calidad, y la habría envidiado si alguna vez hubiera pensado seriamente trabajar con madera. Prefería el mármol y la arcilla –medios sin vida a partir de los que podía crearla–. Siempre había pensado que la madera estaba demasiado cerca de la vida.

Labrarla era más experimentar, como podría hacer un científico, que esculpir.

La puerta mostraba una escena de la mitología griega, en la que el can Cerbero de tres cabezas estaba fielmente representado junto a las puertas del Hades. Sus hombros estaban agachados cerca del suelo, mientras que sus cuartos traseros se encontraban levantados. Daba la clara impresión que la bestia estaba a punto de arremeter contra un intruso, y a Leopold por desgracia le recordó a los mastines que se había encontrado en el exterior. Quizá pertenecieran a Hannah.

Apretó el picaporte con su pulgar y empujó la puerta. No se movió. Por lógica, probó en la otra dirección, y en efecto, la puerta se abrió hacia fuera. Los instintos domésticos de Leopold quedaron desconcertados por un momento, ya que creía que las puertas siempre se abrían hacia el interior de una habitación. Casi siempre, parecía. El Toreador se preguntó si existía una explicación para el cambio. Sospechó que la había; o eso o era sencillamente otra táctica para hacer sentirse incómodo a un visitante. Si era esto último, el dodo más las peonzas más la vela de llama púrpura más esta puerta lo estaban logrando. Sin embargo, Leopold se creía un blanco fácil para esos juegos.

La habitación del interior estaba llena de un ligero humo rojizo que se movía en nubes difusas. La habitación estaba oscura en su mayor parte, pero la luz de las velas que había en cada rincón iluminaban la zona lo bastante para hacer que pareciera que el humo brillaba. Leopold entró en la habitación y cerró rápidamente la puerta detrás de él. No era momento de ser tímido, pensó. Si esta habitación representaba algún peligro para él, entonces se le había llevado hasta allí con algún propósito claramente siniestro. Incluso si conseguía burlar ese propósito una vez, no escaparía vivo de la mansión si los Tremere no lo deseaban. Por tanto, su movimiento descarado no era hijo de la valentía sino de la resignación.

Antes de que sus ojos se ajustaran a la luz tenue, Leopold escuchó el sonido regular de un pequeño instrumento de percusión. El tono del sonido hizo al Toreador pensar en crótales como los que utilizaban las danzarinas del vientre. Y no era un mero pensamiento:

¡Hannah daba cabriolas y se retorció como una danzarina del vientre!

Cuando la luz fue la suficiente para que viera más, Leopold distinguió una figura en movimiento en el centro de la habitación rectangular. No obstante, el movimiento era muy delicado, y la silueta exageradamente delgada y afilada. Supuso que debía ser Hannah.

El movimiento, como supuso, era el uso de los crótalos, pero Hannah no emulaba los giros salvajes de las bailarinas de Oriente Medio. En lugar de eso, cuando su ritmo lento y constante lo requería, Hannah levantaba su brazo izquierdo y entrechocaba mecánicamente dos dedos. Los instrumentos de metal brillaban brevemente en la débil luz, y Leopold observó que este reflejo siempre estaba sincronizado con el ruido que creaban. Dudó que fuera una coincidencia.

Las paredes del perímetro de la habitación estaban repletas de libros, aunque de una clase de libros que Leopold no reconocía. Los había de diferentes formas y tamaños, y uno que quedaba lo suficientemente cerca para que lo pudiera examinar tenía un título en el lomo expuesto, pero era una galimatías para él. Algún idioma oriental, supuso. Otros que investigó brevemente parecían encuadernados en cuero agrietado, y el Treador se preguntó si esto no era una biblioteca de antiguos volúmenes de magia.

A juzgar por las cinco velas, Leopold calculó que la habitación tenía unos 10 metros de ancho, aunque la presencia de cinco velas le puso sobre aviso súbitamente de su probable forma pentagonal. A medio camino entre las paredes y la posición de Hannah en el centro de la habitación había cinco mesas bajas con sus laterales cortados en un ángulo tal que se podían empujar hasta ponerlas al mismo nivel reflejando la orientación de las paredes. Y a través de las sedosas hebras de humo rojo, Leopold advirtió que Hannah se encontraba en el interior de un pentagrama hecho de metal y taraceado en el suelo.

Esperaba que se diera cuenta de que había entrado, y se arrepintió algo de la prisa con la que había pasado. Creyó prudente no interrumpir a Hannah, pero quizá habría sido más inteligente llamar la atención para asegurarse de que no le ponía en peligro inadvertidamente. Aun así, se recordó a sí mismo, por lo visto ella sabía que iría, y si era capaz de conservar sus sentidos mientras se encontraba en un estado meditativo, seguramente sabría que estaba

presente. Además, ¿qué Vástago cauteloso –y Hannah seguro que era cautelosa– dejaría que una amenaza potencial permaneciera en la misma habitación cuando era vulnerable?

Sin embargo, siguió preocupado.

Paulatinamente, el ritmo del compás se aceleraba, y los crótalos de Hannah sonaban más alto. A pesar del aumento de energía, no obstante, su movimiento parecía tan controlado y preciso como antes.

Entonces Leopold observó que la luz de las velas comenzaba a brillar acompasada con el ritmo. Primero una vela y un instante después una segunda al unísono con la primera que brilló con el ritmo musical. El resplandor no era brillante, pero sí evidente. Mientras Leopold observaba y se asombraba, una tercera vela se unió a las dos primeras.

El ritmo era bastante rápido ahora que Hannah hacía sonar sus crótalos una vez por segundo, y ya no bajaba su brazo después de cada golpe. En vez de eso, lo mantenía levantado y estirado ante ella.

Cuando una cuarta vela se unió al ritmo palpitante, Leopold tuvo la impresión clara que la obra de Hannah estaba a punto de finalizar. Seguramente la adición de la quinta vela completaría su ritual.

Justo entonces, un ligero viento pareció soplar por toda la habitación, y sus ráfagas también se unieron al ritmo de la música y las velas. El humo rojo que había derivado perezosamente por la habitación ahora adoptaba una forma exigida por el flujo de aire, girando cuando era alcanzado por cada ráfaga sincronizada. Lentamente, como si se negara a arrodillarse ante el viento, el humo se fundió en un embudo de aire que rodeaba a Hannah. Se arremolinó a golpes súbitos, y aunque su movimiento nunca cesaba, aceleraba cada vez que soplaban el extraño viento interior.

El ritmo se aceleró aún más, y Leopold se puso aún más nervioso. Sin hacer muchos esfuerzos por permanecer en silencio, aunque trataba de evitar una interrupción estrepitosa, el Toreador arrastró los pies por el perímetro de la habitación hasta que se puso delante de Hannah. Esperaba al menos cruzar su mirada con la de ella, pero fue inútil –la capucha que llevaba ocultaba su rostro, cubriéndolo hasta la punta de su nariz.

El ritmo era tan rápido que los dedos de Hannah repicaban más

de tres veces por segundo. Entonces, la quinta vela refulgió y un resplandor cegador inundó la habitación cuando todas las velas proyectaron una intensa luz blanca. Los ojos de Leopold se libraron de un fuerte trauma al cerrarse de manera refleja. Una parte de él había sabido que la rápida cadencia iba a provocar ese crescendo, aunque no podía explicar por qué o cómo.

Cuando Leopold ordenó a sus ojos que se abrieran, de nuevo encontró la cámara prácticamente a oscuras, aunque las velas aún proporcionaban la luz suficiente para que viera un mortal, y mucho más un Vástago con sentidos agudizados. Hannah permanecía en el centro de la cámara, y su mano aún estaba extendida, aunque no volvió a entrechocar los crótalos.

El humo rojo seguía girando, pero se había concentrado bastante y ahora formaba un embudo de aire de unos 60 centímetros de alto y no tan ancho que salía de la mano alzada de Hannah. El humo se volvió cada vez más denso y el rojo se transformó en rubí y después en el carmesí de la sangre mientras el embudo se constreñía aún más, reduciendo lentamente su tamaño hasta que Leopold apenas podía distinguirlo en la luz que giraba sobre la palma de Hannah.

Mientras tanto, Hannah seguía completamente quieta, probablemente incapaz de ver lo que estaba sucediendo porque su capucha seguía bajada.

Cuando su mano extendida se cerró súbitamente, Leopold saltó, asustado por el movimiento tras el giro hipnótico del humo. Mientras Leopold se tranquilizaba, Hannah se echó hacia atrás la capucha y le miró, sus ojos preparados para mirar fijamente al fondo de los de Leopold.

Leopold le mantuvo la mirada aunque lo hizo nerviosamente. Sin ocultar su preocupación, dijo:

–Creía que los Tremere no compartían sus secretos.

Hannah estaba callada y fue ella la que apartó la mirada para examinar lo que contenía su mano. La breve mirada que pudo echar Leopold sólo reveló que el humo había debido solidificarse en un objeto físico de algún tipo, y que era algo que aún era rojo.

–Es decir, tu magia –continuó–. Creía que los Tremere no

permitían que otros aprendieran su magia.

El rostro descarnado, pálido y carente de emociones de Hannah se volvió hacia el Treador.

–Normalmente eso es cierto –dijo.

–Entonces... –comenzó Leopold.

–¿De qué estaban hechas las velas?

–No lo...

–¿Cuál era el orden de las notas que tocaban mis crócalos?

–No soy...

–¿Hacia dónde estaba orientada?

Esta vez, Leopold permaneció callado, y Hannah hizo lo mismo durante una fracción de segundo. Entonces dijo:

–¿Ves? No te he revelado nada. Al menos, todavía no.

–¿Qué quieres decir?

Hannah se tomó un momento para colocarse la capucha, alisándola para que descansara lisa sobre su espalda.

–Sígueme a la habitación de al lado, Cainita –dijo.

La frase era tan prosaica que estaba entre una petición y una orden. Leopold la siguió. Parte de la delicadeza entre la coacción y la fuerza estaba en el uso del antiguo término "Cainita". Leopold rara vez escuchaba que se usara ese término, ya que "Vástago" era la jerga preferida entre los vampiros más jóvenes que encontraba con más frecuencia. Leopold se preguntó si Hannah era realmente tan vieja para que pronunciara esa palabra con naturalidad, o si era una afectación como la de otros Vástagos que se imaginaban agentes poderosos con gran influencia a pesar de su juventud e ignorancia general. No es que quisiera llamar ignorante a Hannah. Al contrario, había oído que la llamaban Omnisciente, y aunque creía que sólo tenía unos cuantos centenares de años, se rumoreaba que estaba sólo estaba separada de Caín por número de generaciones que se podía contar con los dedos de la mano. Probablemente fuera una exageración, pero Leopold, que no era conocedor de esos asuntos, sospechaba que podía estar a cinco o seis generaciones de la supuesta fuente de la sangre de los Vástagos, o Cainitas.

Hannah caminó hasta una de las paredes, y cuando rozó sus manos contra su superficie, las velas se apagaron repentinamente. Un

instante después, el perfil iluminado de una puerta apareció donde Leopold no había detectado previamente una puerta. La delgada figura de Hannah se silueteó en la luz que fluía a través de la puerta, pero sólo durante un instante mientras la franqueaba.

Leopold entró en una habitación que contrastaba bastante con todo lo demás que había visto en la capilla Tremere. Lucía el mobiliario y el carácter de una oficina corporativa arquetípica. Había un pequeño mueble bar, un gran escritorio de roble de superficie lisa, fotos aéreas de campos de golf colgados de las paredes en sus marcos, dos sillones de felpa que estaban frente a la mesa con una pequeña mesa redonda sujetando un humidificador entre ellos.

Su normalidad desconcertó a Leopold más que cualquiera de los cuadros extraños y arcanos que ya se había encontrado esa noche. Se sintió desorientado al acercarse a duras penas a uno de los dos enormes sillones y se sentó. Hannah se sentó en un sillón de cuero de ejecutivo detrás del gran escritorio.

Puso el objeto de su mano izquierda sobre el escritorio, y Leopold lo reconoció de inmediato como un frasco de sangre. Se relamió inconscientemente, aunque se arrepintió de inmediato de esa manifestación. La sangre era evidentemente espesa, y su color carmesí muy oscuro seguramente indicaba un sabor extraordinario.

Hannah permaneció impassible mientras examinaba al Treador. Leopold esperó que dijera algo, pero pasó un rato y no inició ninguna conversación. Así que, Leopold dijo:

–La noche que me visitaste en mi taller dijiste que tal vez hubiera un modo en el que me podrías ayudar –dijo Leopold.

–En efecto. Sin duda te podría ayudar de muchas formas –respondió Hannah de plano.

Otra vez, Leopold esperó que dijera más, pero en esta ocasión no dejó que la conversación se estancara durante tanto tiempo. Mirando a su regazo, dijo:

–Probablemente tengas razón, aunque estoy seguro de que podrías mencionar más formas que yo. –Levantó su mirada, con una leve sonrisa en su cara, pero el rostro de Hannah seguía sin mostrar emoción alguna.

–Pero esperaba una ayuda concreta –continuó Leopold.

–Por supuesto. Buscas la identidad de tu sire –dijo Hannah.
Leopold se quedó estupefacto.

–Sí, es cierto, ¿Cómo es posible que lo sepas? –Quizá sí fuera omnisciente.

La Tremere se sentó con la espalda recta y rígida en su sillón de cuero y pareció no disfrutar con la sorpresa que había causado a su invitado. De nuevo, no obstante, permaneció en silencio.

La preocupación de Leopold iba en aumento, e inquirió:

–¿Hay otros que saben de mi incertidumbre?

–Es improbable que haya muchos.

Eso no tranquilizó a Leopold.

–Por supuesto, puedo ayudarte –dijo Hannah. Señalando el frasco de deliciosa sangre oscura de su escritorio, dijo: – Al fin y al cabo, esto es para eso.

Leopold se imaginó a sí mismo encogiéndose en su sillón mullido. ¿Era tan transparente? ¿Poseía la bruja Tremere poderes de detección o lectura de mente que la permitían predecir todo eso? ¿Le había revelado algo cuando le visitó en su estudio, algo que no recordaba, de la misma manera que la mujer que estaba con él olvidó una parte de su estancia allí? Estos y otros pensamientos pasaron por la mente de Leopold. Imaginando que pudiera estar leyéndolos, trató de desterrarlos e incluso sustituirlos con pensamientos de confianza.

Ella enarcó una ceja, lo que al Toreador le pareció una muestra de emoción asombrosa en su rostro.

–Pero antes debes decirme algo.

–Si puedo –ofreció Leopold.

–¿Por qué debería ayudarte?

Su voz estaba tan desprovista de compromiso que Leopold imaginó su caso cerrado. No había nada que pudiera ofrecer y ella lo sabía, o debía saberlo si estaba al tanto de tantas cosas. Sintió una ola de desesperanza caer sobre él. Las noches previas de repente parecieron enormemente largas. Su escultura de Victoria casi se desvanecía de su momento. Pero entonces supo qué decir.

–Como de los dos claramente soy el que sabe menos, te propongo que me digas por qué deberías ayudarme.

Los ojos de Hannah se entrecerraron, contrayéndose no como

los de un humano sino más como los de una serpiente. Parecía evaluar al Toreador que estaba ante ella.

–Sí, quizá te ayudaría a cambio de algo. Debes prometer esculpirme...

–Pero sabes que no puedo esculpir Vást... Cainitas –interrumpió Leopold–. Lo dejamos claro cuando visitaste mi ta... ller... esa... no...

–Leopold perdió el hilo mientras el rostro de Hannah registraba más y más indicios de que no se creía la protesta del Toreador. Con su ceja izquierda enarcada, estiró un poco el cuello hacia delante, y finalmente rasgó sus ojos de esa manera serpentina de nuevo, y Leopold se hundió. ¿Podía estar ya enterada de su éxito de esa misma noche?

–Pero ya lo he logrado una vez, y quizá pueda volver a hacerlo. Acepto intentarlo, pero la incapacidad no se puede interpretar como un fracaso.

–De acuerdo, pero en mi precio se incluye algo más.

–¿Oh?

Hannah se levantó y caminó alrededor del escritorio hacia el Toreador.

–La escultura debe ser de tamaño real y exactamente igual que yo. Sin interpretaciones artísticas. También debe ser de cuerpo completo, no basta con un busto o un retrato.

–Puedo aceptar todo eso –dijo Leopold.

–Finalmente –añadió Hannah, casi superponiendo sus palabras sobre las de Leopold como si ignorara que había hablado– debe ser de memoria. No posaré para tu escultura.

Para Leopold, el "no posaré" de la Tremere casi sonaba a "no puedo posar", pero no podía decir de donde sacó esa impresión.

Leopold se recostó sobre el enorme sillón, ya que Hannah estaba prácticamente encima de él. Podía ver que la túnica que llevaba era bastante gruesa, porque parte de ella cubría la rodilla de Leopold.

–Eso es un poco más difícil, y algunos detalles probablemente se pierdan, pero estoy seguro de que puedo realizar la obra con un éxito razonable –dijo él.

Hannah se acercó aún más, haciendo que su pierna izquierda hiciera presión en el asiento del sillón entre las piernas abiertas de

Leopold.

–Entonces posaré ahora, para garantizar un éxito más que "razonable".

Como una serpiente mudando su piel, Hannah balanceó sus hombros y su gruesa túnica resbaló sobre su torso y cayó hasta sus rodillas, de donde colgaba únicamente porque el cojín del sillón no le dejaba llegar hasta el suelo.

Debajo de la rúnica estaba desnuda, y más allá de la sorpresa de este gesto repentino y presumiblemente poco propio de Hannah, Leopold se sorprendió ante los bellos rasgos de su cuerpo. Casi era excesivamente delgada, pero dicha delgadez se consideraba bella según los cánones modernos. Su piel, como la de muchos Vástagos, era perfecta y no tenía marcas, pero más que eso su estrecho talle tenía una forma maravillosa y sus líneas se afilaban hacia arriba hasta un estómago que daba paso a pechos preciosos y similares a joyas, y se anchaba ligeramente hacia abajo en su pelvis antes de inclinarse delicadamente a lo largo de sus piernas.

–Tócame –ordenó Hannah.

Leopold, repentinamente consciente mientras bebía su cuerpo que tenía que volverla a mirarla a la cara, echó un vistazo hacia arriba. Parte de la magia de su belleza se disipó a causa de su rostro poco atractivo y carente de emociones, pero Leopold no necesitó que pronunciara de nuevo la orden. Extendió las yemas de los dedos de ambas manos hacia la Tremere y las hizo recorrer las delgadas curvas de sus costados.

–No –corrigió ella, y Leopold se encogió retirándose rápidamente–. Más. No sólo debes memorizarme con tus ojos, sino también con tus manos. Explórame, joven Toreador, y piensa en la promesa que has hecho. Entrega mi cuerpo a tu memoria.

Sus palabras tenían ese mismo tono con el punto justo de coacción y fuerza sugeridos anteriormente, y Leopold se preguntó si la puritana y rígida Hannah no era algo más de lo que parecía a simple vista. Quizá como mortal había dispuesto de secretos de naturaleza más que taumatúrgica.

Hannah cogió una de sus manos y extendió sus dedos. A continuación apretó esa mano abierta sobre su muslo desnudo.

Leopold hizo lo que se le pedía, también ahuecando con delicadeza la otra mano como hacía cuando alisaba por última vez la arcilla de una obra casi terminada. Cerró sus ojos, acariciando y explorando.

Se sorprendió de que fuera tan suave. Había oído que la piel de muchos antiguos se vuelve dura para proteger a los Vástagos. Y aunque podía sentir los huesos muy cerca de la piel de Hannah, su carne poseía un lustre sensual que era un placer investigar.

Cerró sus ojos y transportó su consciencia a sus manos.

—Basta.

Aunque pronunciada con delicadeza, la palabra devolvió de un salto a Leopold a la oficina en la que se encontraba. Se restregó los ojos y pensó que había estado durmiendo, aunque recordaba claramente los momentos previos cuando vio a Hannah, aún exótica y desnuda, ante él. La Tremere se agachó para recuperar su túnica y la volvió a fijar sobre sus hombros.

Dio la espalda al Toreador mientras caminaba hacia su sillón de cuero en el otro extremo del gran escritorio. Alisó la túnica y se sentó frente a Leopold, su rostro tan inmóvil e inanimado como una piel de ciervo estirada en un colgadero de secado.

Leopold se encontraba algo conmocionado y tardó en recuperarse. El descubrimiento de Hannah había sido tan ajeno a lo que esperaba de ella que no sabía exactamente cómo reaccionar. Tampoco sabía lo que decirle. Profesionalmente, como escultor, estaba sumamente impresionado con su físico. Cuando era mortal, e incluso ahora como Vástago, nunca había tenido la oportunidad de trabajar con un modelo así. Cualquiera que tuviera un cuerpo así estaba trabajando en la pasarela, no permaneciendo quieta durante arduas horas mientras un artista trabajaba arcilla o piedra.

Sin embargo, consideró que era muy inadecuado hacerla un cumplido, con lo que sólo dijo:

—A veces entro en un trance en el que realizo mis mejores esculturas. Creo que he debido de hacer algo parecido para memorizar el contorno de tu cuerpo como me pediste.

—Efectivamente, fuiste muy minucioso —dijo Hannah, sin que su rostro impasible registrara ninguna indirecta ni placer ni repugnancia,

ni nada en absoluto.

–El resultado será mejor por ello –fue todo lo que pudo decir Leopold.

Hannah regresó a su mirada silenciosa, con lo que Leopold de nuevo tomó la iniciativa.

–¿Qué contiene exactamente ese frasco?

Hannah echó un vistazo al tubo de cristal lleno de carmesí y dijo:

–Puedes considerarlo Vitae sintética. No ha sido extraída directamente de Vástagos ni de Ganado, pero alimentaría a los primeros y con ella se podría hacer una transfusión a los segundos sin rechazo.

–Y yo...

Hannah le interrumpió, actuando como si no hubiera dejado de hablar.

–La beberás esta noche.

A Leopold no le gustó como sonaba. En la sangre había mucho poder, y los Tremere eran los supuestos maestros en explotar usos inconcebibles. Alguno de esos usos pudiera beneficiar a Leopold si abordaba la cuestión, pero también sabía que corría riesgos al beber sangre. Por ejemplo, le habían dicho que si un Vástago tomaba sangre de otro Vástago en media docena de ocasiones, éste último obtendría el control del primero con una especie de dominio mental inquebrantable.

Por supuesto, también había oído que eso sucedía tras dos de esas comidas. O cuatro. O que cuantas más veces se hacía, más fuerte era el control. Muchas permutaciones, pero todas coincidían en un punto fundamental: era una imprudencia beber Vitae –sangre– ofrecida por otro Vástago, especialmente por un Tremere, cuya existencia vampírica se apoyaba en una base de sangre compartida.

–¿Y después?

–Debe permanecer en tu sistema durante todo un día, así que no la quemes con demasiada actividad esta noche. Después de ese tiempo, un sencillo ritual que puedo realizar en un momento de la fiesta de mañana por la noche proporcionará algún dato que me pondrá tras la pista de información útil.

–¿Revelará la identidad de mi sire? –preguntó Leopold.

–Quizá. –La falta de ademanes de Hannah y la ausencia consiguiente de lenguaje corporal no ayudaban a adivinar a Leopold si ese "quizá" era una posibilidad probable o remota. En cualquier caso, no tenía muchas más opciones que aceptar, con lo que no insistió más.

–Muy bien, entonces. Será mejor que proceda ya que parece que falta una hora para el alba y debo regresar a mi refugio.

Hannah cogió el frasco con el pulgar y el índice y lo extendió sobre el plano de su escritorio. Leopold se levantó y lo aceptó.

Mientras volvía a su asiento lo sopesó. El frasco pesaba bastante, luego debía estar hecho de cristal con plomo, y el tapón que lo cerraba era un corcho muy denso que se rehizo instantáneamente en cuanto pasó una uña por su borde.

Alzó la mirada hacia Hannah, confiando encontrarla donde estaba antes, esperando pacientemente. En lugar de eso, miraba fijamente al espacio que quedaba a la izquierda de Leopold. Mientras el Toreador observaba, la nariz del Tremere se arrugó como si estuviera buscando un rastro. Entonces sus ojos se rasgaron de modo serpentino y devolvió su atención a Leopold.

–Procede –dijo bruscamente. No existía la posibilidad de confundir esto con otra cosa que no fuera una orden. Parecía que la paciencia de su anfitriona se había acabado.

Así que bebió. Leopold apretó el corcho y lo sacó con cuidado. El corcho salió con el ruido de una botella de champaña. También se derramó una sola gota de la sangre espesa, aterrizando en la muñeca de Leopold. Se sostuvo con una llamativa tensión superficial en vez de correr por su antebrazo, a pesar de ser una gota considerable.

Del frasco salía un agradable olor dulce y terrero, y Leopold se encontró a sí mismo deseando la sangre sin reparar en los futuros beneficios que pudiera aportar. Sin volver a mirar a Hannah, el Toreador libó el líquido viscoso. Abrió su garganta como había aprendido para extraer toda la sangre de la arteria perforada de un mortal.

La sangre se deslizó satisfactoriamente por su garganta y era tan sabrosa como la imaginaba. Leopold sintió una breve ráfaga de hipersensibilidad, como si su vista y su oído fueran repentinamente

más agudos, pero se desvaneció casi al instante.

Mientras devolvió el frasco vacío al escritorio miró a Hannah.

–Entonces, ¿no hay nada que deba hacerse esta noche?

–preguntó.

–Por ahora eso completa nuestro trato, Toreador. Ambos tenemos que realizar más servicios para el otro, pero entiende que debes pagar el precio sin reparar en el éxito o fracaso de mi ritual.

–Sí –dijo Leopold–. Lo entiendo, al igual que seguramente aceptes de la misma manera que tal vez sea incapaz de realizar la escultura de otro Vástago. No obstante, espero poder hacerlo, ya que ansío esculpir tu imagen. Tu imagen *exacta*.

–Mi criado espera al otro lado de la puerta –dijo Hannah–. Te escoltará fuera... un trayecto que encontrarás más sencillo que la entrada.

Leopold asintió, pero cuando se giraba para marcharse, el Toreador se detuvo y miró a los ojos a Hannah.

–Cuando me visitaste esa noche hace un año...

–¿Sí? –preguntó para responder a su pausa.

–¿Qué le hice a la chica una vez que te fuiste?

Hannah sonrió, y eso hizo estremecerse visiblemente a Leopold, ya que no lo había hecho antes, y esperaba que no lo volviera a hacer nunca más, porque era mucho más terrorífico que un millar de horas de su estoicismo.

–No lo recuerdo, pero por algún motivo estoy seguro de que lo sabes –dijo Leopold.

–Efectivamente, poseo ese conocimiento, joven Cainita. –Le miró directamente a los ojos–. Te pusiste a cuatro patas y suplicaste su perdón.

Leopold se quedó quieto un instante, sorprendido de que Hannah se lo dijera tan francamente, o siquiera que se lo dijera. Y estaba en parte sorprendido de que Hannah estuviera enterada de lo que creía que había sido una manifestación privada, y en parte avergonzado por suplicar eso.

Leopold echó un vistazo al suelo y después otro a Hannah.

–¿Y lo obtuve? –preguntó.

La sonrisa de Hannah se fue soltando lentamente de sus labios.

Lanzó una mirada por encima de su hombro y después devolvió su atención al Toreador.

–También te contaré eso mañana por la noche. Ahora márchate.

De nuevo su tono no dejaba margen a la disensión, y Leopold giró rápidamente sobre sus talones y se marchó, cerrando suavemente a su espalda la puerta tallada de roble.

SEGUNDA PARTE:

«VICTORIA»

9

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 21:36 H

MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

Victoria estaba encantada consigo misma. Saboreaba los últimos momentos de su trayecto con chófer hundiéndose aún más en el suave cuerpo de los asientos. Ya era hora de que causara una impresión adecuada a los Vástagos del Sur, y sabía que esa noche sería el momento adecuado.

Había ocupado la vacante de primogénito Toreador ese mismo año después de que la Maldición de la Sangre matara a la sosa y estúpida Marlene –junto con la mayoría de los Vástagos de Atlanta– en 1998, pero necesitaba una fiesta de presentación en sociedad, y esta celebración del solsticio de verano venía que ni pintada. Había sido una propuesta deliciosa, a la que se había adherido con mucho gusto, y estaba demostrando su agradecimiento invitando a esta fiesta al puñado de Nosferatu de Atlanta. Los horribles Vástagos no solían ser bienvenidos en los actos de los Toreador por su repugnante

aspecto.

Fue difícil preparar la celebración con tan poca antelación, pero agradecía que, con una organización tan espontánea, el acto pareciera cada vez más un acontecimiento propio de los Toreador. Su placer por este hecho no era por el orgullo del clan –aunque defendería los méritos de su clan ante cualquier otro, y esperaba que esa noche se viera obligada a hacerlo– sino porque se alegraba de aprovecharse del estereotipo Toreador. Victoria prefería "arquetipo", pero el resultado era el mismo: aprovechando astutamente las expectativas de otros ante el comportamiento de los Toreador era capaz de tranquilizarles y no llamar su atención sobre el modo en que se alejaba sutilmente de esa convención. Si el foco de los Toreador permitía que las conjuras a la luz de las velas de Victoria Ash parpadearan desapercibidas, las asambleas de los Toreador podían ser muy valiosas.

Al fin y al cabo, ¿quién se imaginaría que un Toreador que disfruta de la suntuosidad de la noche tiene alguna intención oculta con respecto al Príncipe y al enviado de Jarislav Pascek, el Justicar Brujah, que también asistiría? Victoria no era tan tonta como para no darse cuenta que habría algunos que sospecharían de una maniobra tan turbia, pero había una gran diferencia entre sospecha y prueba. Victoria disfrutaba dando pie a muchas de las primeras, pero no daba ninguna oportunidad a otros para que encontraran las segundas.

Estiró un brazo esbelto hacia el panel de control central; su delgada extremidad estaba cubierta desde la mitad de su brazo hasta la punta de sus dedos con un guante de seda que acentuaba la elegancia y porte de esta hermosa mujer. Pulsando el botón del micrófono del enorme apoyabrazos central, ordenó lentamente:

–Entra por la primera de frente. Lentamente.

Victoria mantuvo oscuro el interior del coche mientras observaba el Museo de Arte en su última pasada. La blanca estructura tenía cuatro plantas de altura sobre un pequeño promontorio en el centro de Atlanta. Todo el edificio parecía estar a oscuras y vacío durante la noche, pero su fiesta ya se estaba celebrando en la cuarta planta.

Los cristales especiales de espía que parecían anteojos de ópera corrientes permitían a Victoria penetrar en el cristal

aparentemente opaco de las ventanas del último piso del Museo. Ese cristal especial escondía la fiesta a los ojos mortales, pero no a los suyos, aunque sólo cuando usaba las lentes especiales para atravesarlo. Había algo técnico acerca de las longitudes de onda de la luz y las interferencias que no entendía del todo, pero lo que comprendía completamente era que el cristal era opaco para sus ojos desnudos incluso cuando empleaba sus capacidades sensoriales aguzadas.

Sin duda, otros poseían capacidades aún mayores, pero confiaba en que su método de espionaje fuera a prueba de imprudentes. Había tomado la decisión de usar el cristal lanzando una moneda al aire, un método bastante más tosco del que utilizaba normalmente. No todo podía probarse de manera elaborada o elegante. Como las jugadas que pudiera hacer esta noche.

Los cristales revelaban la presencia de aproximadamente una docena de Vástagos, lo que agradó a Victoria. La cantidad no era excesiva, pero teniendo en cuenta los estragos que había causado la Maldición de la Sangre en las filas de los Vástagos de la zona –por suerte, tanto de la Camarilla como del Sabbat– se sentía satisfecha. En realidad, si no fuera por algunos invitados forasteros, a pesar de la retirada de algunos de los más interesantes (como Benito Giovanni), esta docena pudiera ser todo lo que podía esperar. Patético, aunque eso es lo que hacía que Atlanta fuera perfecta para ella.

Era la anfitriona de la fiesta, pero no iba a llegar temprano para *conocer* a todo Vástago de poca monta que quisiera tener una experiencia cultural. No, llegaría para que los Vástagos la vieran de acuerdo con su plan. Entonces, podría buscar a aquellos que merecieran o que al menos necesitaran su atención especial y personal, aunque aún no había decidido quién se había ganado su atención "especial" para esta noche. Quizá fuese uno de los visitantes de fuera. O quizá no hubiese lugar para esos juegos esa noche, si sus planes se llevaban a cabo y especialmente si daban frutos.

Mientras escondía los anteojos en un compartimento discreto, Victoria se preguntó si este pequeño truco era contrario técnicamente a la ley de los Vástagos. El Museo se consideraba Elíseo, y eso quería decir que no se permitía violencia alguna dentro del edificio, pero la

Toreador no tenía claro si esta norma también prohibía su artimaña. Sospechaba que probablemente estuviera forzando un poco la situación ya que, aunque no estuviera incumpliendo la letra de la ley, sí estaba quebrantando su propósito.

Sin embargo, dudaba que nadie se enterara, y eso equivalía a ser aceptable. Además, los Vástagos habían salido adelante en este mundo gracias a su astucia. La fuerza bruta que poseían muchos Vástagos era demasiado peligrosa, y las más veces causaba daños duraderos y posiblemente la muerte a su usuario y a su adversario.

Se daban por supuestos el ingenio, el engaño y la astucia, y siempre que un Vástago pudiera actuar sin llamar excesivamente la atención, podría continuar con sus planes.

Por supuesto, esa era la parte difícil. Tendría que tener cuidado, por ejemplo, cuando usara sus aparentes anteojos de ópera, pero con ellos podría mirar a través de los paneles de cristal que proporcionarían a otros una ilusión de intimidad.

Volvió a apretar el botón.

—Ahora al ascensor.

El coche giró a la izquierda en el siguiente cruce y al poco volvió a girar en una calle aún menor que discurría por detrás del museo.

Mientras el coche frenaba para superar las chinchetas de seguridad de la entrada del garaje subterráneo, Victoria se miró en el espejo por última vez. Su pelo rizado estaba perfecto. Y su rostro también, pero esa parte de ella nunca cambiaba. Era agradablemente redonda, con una barbilla estrecha e interesante. El suyo no era un rostro noble, sino la cara de la hermosa criada cuya belleza eclipsa a la de su arrogante señora de sangre real.

Pestañeó con sus ojos verdes y pasó por alto el aspecto algo asiático que en tiempos le preocupaba. En este mundo más cosmopolita al borde del siglo veintiuno, un matiz sutil como el suyo realzaba su belleza. Entonces dirigió un poco de sangre para que fluyera hacia la carne de sus mejillas. Prefería el color de las mujeres mortales. El rojo que todos los Vástagos sabían que era sangre hacía que los mortales parecieran vivaces, y eso era especialmente provocativo para los Vástagos varones.

Finalmente, enrolló su dedo en un rizo de brillante cabello

castaño. Su propia criada (que no era tan bella como su altanera señora) había logrado reproducir el peinado de una de las estatuas exhibidas en la fiesta. Una estatua de Helena, si la Toreador recordaba correctamente. Victoria sonrió diabólicamente. Su cabello parecía ingrátido en su suspensión rizada, ya que colgaba por encima de sus hombros pero descendía hasta besar la seda de su traje griego de imitación aunque elegante cuando se movía. Si Helena con su cabello había hecho zarpar a mil barcos, la presumida Toreador calculaba que haría falta la armada de una nación moderna para rendirla homenaje.

Apartó su mirada del espejo, aunque se observó el tiempo suficiente para disfrutar de lo recatada que había sido. Durante el resto de la noche, los ojos de otros la hablarían de su belleza, porque estaba tan bella como siempre tras más de trescientos años sobre la Tierra. Por supuesto, la mayor parte de esos años –349 para ser exactos– los había pasado en esta forma peculiar de no vida que caracterizaba a los Vástagos, en la que ya no envejecía como el Ganado, pero la suya era una belleza inmortal que le hacía acreedora de tantas miradas y tanta lujuria lasciva como las que despertaba hacia siglos.

Como mortal, la espléndida belleza de Victoria la había conseguido todo lo que necesitaba. Era mucho más difícil usar el sexo para controlar a un Vástago, ya que los flácidos varones vampiros sólo podían conseguir la erección mediante disciplinas mágicas especiales. Conocía esos métodos, por supuesto, y podía aplicarlos, pero algo en la naturaleza del instinto de supervivencia de la Estirpe superaba la insufrible compulsión de los mortales por copular y procrear. Los Vástagos estaban programados para cuidar únicamente de sí mismos, e incluso un chiquillo creado mediante el Abrazo no parecía ocupar un lugar especial en el corazón del vampiro a menos que éste conservara una gran parte de su naturaleza humana, o a menos que el chiquillo hiciera acordarse al vampiro, más bestial, de un tiempo pasado y mejor.

Pero la lujuria seguía siendo una buena baza. La mayoría de los Vástagos eran muy jóvenes –menos de cien años– y estos solían contar con mentes mortales. Su fisiología no reaccionaría como

deseaba Victoria, ni cooperaría como a menudo deseaban los vampiros (o creían que deseaban), pero sus débiles cerebros estaban aún programados para la cópula importante para el Ganado. Por eso, a menudo eran víctimas fáciles.

Era un juego similar al que había jugado durante su juventud mortal. Todos sus maridos habían sido hombres mayores. Sus agujones no podían pincharla, pero ¡cómo se debían haber imaginado lo que podría haber sido cuando por la noche abrazaba su cuerpo esbelto aunque apropiadamente redondeado contra sus esqueletos huesudos y rotos!

Habrían pagado cualquier precio. Al final, lo pagaban todo.

Cuanto más ascendía por la jerarquía de la Camarilla, más difícil se volvía llevar a cabo sus planes. Los hombres que controlaban la organización eran ambiciosos y el tiempo había enturbiado su recuerdo de los placeres que Victoria podría proporcionarles. Y sobre todo eran hombres, ya que los cambios que tenían lugar en el mundo mortal gracias a la sucesión de generaciones no afectaban con la misma rapidez al mundo de los Vástagos que al del Ganado. Por otra parte, seguían siendo hombres, y sus cerebros seguían programados para vanagloriarse como pavos reales.

Y ese era el origen de actos como el de esta noche. Desde luego, necesitaba mantener los ejercicios habituales de descubrir aliados y desentrañar enemigos. Independientemente de su plan mayor, Victoria necesitaba convertirse en el centro de la sociedad de la Estirpe en Atlanta. Dentro de poco los Vástagos llegarían a depender de sus fiestas –y no de las asambleas insípidas, estúpidas, o las dos cosas a la vez, que convocaba el Príncipe Benison para estudiar la Biblia– como excusa para reunirse y discutir estrategias o debatir actividades. En cuanto controlara el foro, sería cuestión de tiempo que se hiciera también con el control del contenido. Y era el momento de hacerlo. Parecía como si la población vampírica de esta ciudad sureña se estuviera recuperando lo suficiente como para convertirla en un punto de partida que mereciera la pena. Se estaba llevando a cabo una especie de Reconstrucción tras la Maldición de la Sangre, y ahora Victoria tenía la oportunidad de dar forma a los protocolos y tradiciones que mantendrían su vigencia cuando la

población de Vástagos se duplicara, triplicara o creciera más allá de ese punto de nuevo.

Victoria se borró la sonrisa de su rostro.

–¿Por qué no me has dicho que habíamos llegado? –reclamó.

Por supuesto, no hubo respuesta. El chófer haría una tontería si no se limitara a aceptar la culpa.

Victoria observó que su coche estaba aparcado frente a las puertas del ascensor en el garaje subterráneo del Museo. No sabía cuanto tiempo llevaba ahí parado. Y aunque estaba irritada al principio, decidió aplazar el castigo porque el tiempo perdido probablemente le viniera bien. No podía ir mal aclarar en su mente algunas de las muchas tramas que se tejían durante esta noche. Sin duda, no las conocía todas, pero esperaba poder apretar algo más las hebras de las tramas que controlaba antes de que acabara la noche. Quizá incluso anudándolas.

Un segundo después, la puerta más cercana a Victoria se abrió silenciosamente. La Toreador sacó su pie enfundado en una sandalia por la abertura y también alargó lentamente su mano, que se encontró de inmediato con un firme apretón de uno de los porteros que la ayudaba a salir del coche. Como su conductor, eran ghouls a su servicio. Como aún eran medio mortales, por suerte aún no sufrían ninguno de los trastornos sexuales de los Vástagos, lo que hacía que Victoria no siempre tuviera que esforzarse tanto. Sin embargo, les pagaba tanto con sangre como con dinero.

Sin su sangre, envejecerían y sufrirían todas las debilidades del cuerpo mortal. Como no eran lo bastante fuertes para quitarla su sangre, tenía un control absoluto sobre ellos. Hacía que el sexo fuera aburrido, pero no dejaba que tuvieran más que una pizca de libre albedrío porque su proximidad e intimidad hacía que un poco más fuera demasiado peligroso. En este asunto aprendió la lección de los Vástagos antiguos que la rodeaban. Rara vez había vampiros igualitarios entre los que sobrevivían más tiempo.

Mientras su coche se alejaba, Victoria examinó el aparcamiento. La increíblemente amplia variedad de vehículos aparcados en el garaje subterráneo manifestaba en una instantánea la diversidad de estratos sociales de sus invitados. Su Rolls con chófer retrocedió

silenciosamente hasta un sitio ubicado entre dos vehículos igualmente ostentosos –una gran limosina con conductor esperando pacientemente en su interior, y un provocativo Dodge Viper de un Vástago de naturaleza más aventurera o solitaria. Sólo se veían dos de los vehículos todoterrenos o deportivos preferidos por los Brujah y Gangrel. Era improbable que los Gangrel, que sí utilizaban la capacidad todoterreno de los vehículos, contaran con más de uno o dos representantes. A Victoria no le importaba si no acudía ninguno. Del mismo modo, Victoria dudaba que alguno de esos vehículos perteneciera a un Brujah, a menos que uno o más miembros de ese clan hubieran decidido usar el Elíseo para protegerse de la venganza del Príncipe Benison, a quien los Brujah habían atacado brutalmente en los últimos días de la Maldición de la Sangre el año anterior. Se rumoreaba que los pocos Brujah que habían sobrevivido a la Maldición estaban exilados entre los Anarquistas de la ciudad, que estaban sufriendo las campañas del Príncipe.

Finalmente, acurrucados dispersos por el garaje se encontraban los vehículos patéticos de los neonatos. Estos Vástagos habían sido Abrazados tan recientemente que aún conservaban los automóviles de sus años mortales. O eso, o los empleados del museo habían abandonado esos viejos *cacharros*.

–Llévame a la fiesta –dijo, girando con gracia sobre su talón para encararse con sus ghouls y el ascensor que manejaban.

–Desde luego, mi señora –dijo el que la había ayudado a salir del coche. Era Gerald, un hombre atractivo, musculoso e infantil de Canadá, que mantenía una puerta del ascensor abierta.

–¿Ha llegado ya Benison? –preguntó ella.

–No, mi señora.

–¿Julius?

–No, mi señora.

Victoria asintió alegremente. No había previsto que ninguno de estos personajes importantes llegara tan temprano. Habría causado problemas si uno hubiera llegado antes que ella, y quizá habría sido ruinoso si ambos lo hubieran hecho. Era un riesgo que había corrido.

–¿Qué hay de Benjamin? –preguntó ella.

–Está aquí, mi señora.

–¿Y Thelonious?

–Sí, él también, mi señora.

Le sorprendió que ambos ya estuvieran allí. También eran importantes, aunque no tanto como los otros dos. El quinto poder que estaría en la galería esta noche era Eleanor, la esposa del Príncipe. Era el eje de los planes de Victoria, pero el Príncipe y ella llegarían simultáneamente, con lo que no fueron necesarias más preguntas.

Victoria entró y el otro ghoul, Samuel, un bostoniano ágil y de tez oscura, pasó detrás de ella. Mientras Victoria se apoyaba contra el espejo del fondo del pequeño recinto, Samuel apretó rápidamente el botón del "4". Las puertas del ascensor se cerraron y tanto Vástago como ghoul comenzaron a subir.

Victoria suspiró cuando volvió a pensar en los ridículos automóviles de los neonatos. Todavía eran demasiado humanos. Tan jóvenes y ya jugando a juegos tan peligrosos. Los Vástagos jóvenes eran como los niños mortales. Tan indisciplinados. Tan seguros de sí mismos. Tan imprudentes. Creían que tenían el universo en sus manos porque ahora formaban parte de algo que desconocían previamente. Un mundo desconocido incluso para presidentes y actores famosos y hombres que habían caminado sobre la luna. Pero poco podían hacer para influir gravemente en las conjuras de sus mayores. A pesar de sus débiles tentativas por obtener poder o ejercer influencia, los neonatos se encontraban inevitablemente superados en pensamiento y obra por los de la clase de Victoria –Vástagos que pasaban menos tiempo saboreando su posición que aprovechándose de ella.

Aún así sabía que también era una estúpida. Probablemente muchos antiguos se reían de los insignificantes juegos a los que jugaban ella y sus contemporáneos. Compitiendo para controlar una ciudad como si eso significara algo. Ciudades, naciones, culturas enteras no eran más que chucherías fascinantes para los Vástagos más antiguos, los llamados Matusalenes y para sus antiguos, los Antediluvianos. Estos últimos eran los insondables y probablemente míticos vampiros de tercera generación –los nietos de Caín.

Desde su punto de vista, la generación de Victoria e incluso aquellos mayores que ella no eran mas que juguetes que tirar cuando

dejaran de ser útiles. Al menos, esas eran las historias que le habían contado los mayores cuando Victoria no era mas que un neonato. Tenía pocos motivos para desconfiar de esos rumores, y es que si en la vida mortal siempre estás por debajo de alguien independientemente de tu área de excelencia, en la vida de los Vástagos también había siempre alguien que sabía más o poseía mayores poderes. Fuera o no cierta esta teoría, era un espejo en el que Victoria solía mirarse. Cuando tenía que pensarse algo dos veces. Jugaba juegos deliciosos con aquellos que eran más débiles que ella, y ¿por qué no podía formar parte de una partida de mayor nivel de poder?

Desgraciadamente, siempre pensó que sí podía, y eso es lo que la impulsó. Quizá esta misma fiesta era un acontecimiento mucho más importante que el que ella había puesto en marcha. Le parecía natural porque encajaba con sus fines, pero ¿eran sus fines los medios para otros objetivos? ¿Pudiera tener algún motivo un Matusalén o incluso un improbable Antediluviano para que Victoria se hiciese con más poder en Atlanta o en la Camarilla? Victoria sólo podía esperar que así fuese, pero al mismo tiempo temblaba al pensar que sus elaboradas tramas, sus traiciones engañosas, sus juegos despiadados pudieran no ser suyos.

Y por eso era bueno ser Toreador. Podía ser inconstante y traviesa sin que nadie mirara más allá de la sangre que corría por sus venas. Ser Toreador era la excusa para ser impredecible, y también trataba de mantenerse a ella misma conjeturando. Bueno, quizá no del todo impredecible, ya que ese era el papel de los Malkavian, los locos entre los Vástagos. Como Toreador, Victoria tenía asignada una cierta libertad de acción que servía para que se racionalizaran los cambios de opinión. Siempre que un cambio de dirección mostrara los signos de un descuido aparentemente caprichoso, permitía que Victoria pudiera llevar a cabo sus planes con menos vigilancia.

En realidad, esta noche estaba a punto de tomar una importante decisión acerca de su futuro. Se separó de la pared del ascensor. La puerta estaba empezando a abrirse, pero Victoria ya sabía lo que vería. Habría dos puertas, y cada una llevaría a un futuro diferente.

Cuando las puertas comenzaron a abrirse, Victoria dudó en el

borde del ascensor. Se acercaba su gran momento y de repente se sentía aprensiva.

–¿Olvidó algo, mi señora? –preguntó Samuel con delicadeza.

–No, no –respondió Victoria con una voz carente del tono imperativo acostumbrado. A pesar del refugio del ascensor, este breve intercambio de palabras fue arrollado por la música que venía de más allá del ascensor. Victoria recuperó su confianza por lo que escuchó. Era el *Bolero* de Ravel, una pieza interpretada por vez primera en 1929 o así... no podía recordar el año exacto. Eran años en los que había sido más fácil mantener la Mascarada porque en París se vivía deprisa y despreocupadamente, como en los 60 en los Estados Unidos. Se envalentonó mientras recordaba sus éxitos en aquellas noches lejanas.

Con la barbilla alta de nuevo, Victoria salió del ascensor y se volvió rápidamente hacia Samuel. Su voz se escuchaba más segura, y dijo:

–Ahora baja rápidamente y recoge a los siguientes invitados. Pero recuerda, es el momento de crear un pretexto para esperar a que dos personas estén listas para subir hasta este piso. Como hemos hablado antes, es admisible que suban más de dos, pero un solo invitado sería desastroso. Samuel se mostró convenientemente confuso por esta orden, como se habían quedado Gerald y él cuando Victoria les había explicado el procedimiento la noche anterior. Sin embargo, estaba segura de que realizaría su labor incluso sin explicaciones satisfactorias. Todo formaba parte de las medidas de protección de Victoria, y las explicaciones sólo harían que los demás creyeran que estaba más loca que un sombrerero Malkavian. Por tanto, se guardó para sí los fundamentos de su extraño comportamiento y metió prisa a Samuel.

–Desastroso –le insistió agitando un dedo mientras las puertas del ascensor comenzaban a cerrarse tras apretar Samuel el botón de la primera planta. Se hizo el vacío ruidosamente en el tubo del ascensor mientras Victoria se giraba para examinar su obra.

Efectivamente, dos pares de enormes puertas estaban frente a ella. Estaban apoyadas formando parte de una pared provisional que dividía un recibidor no muy profundo del resto de la galería que

quedaba más allá. Todas las puertas estaban cerradas, y aunque podía verse el techo de la galería por encima de ellas, cumplían su función de puntos de entrada.

Las puertas de la izquierda eran las más grandes con mucho, y con más de diez metros de altura ponían a prueba la altura del techo del Museo. Estas puertas monstruosas eran de bronce hermosamente esculpido, y mostraban diez escenas individuales en ocho paneles separados dispuestos en dos columnas de cuatro cada una, sobre las que se extendía un dintel dividido por una figura barbada central flanqueada por dos escenas más.

El que esta figura central contara con la barba bíblica, estuviera envuelto en una túnica, y sujetara una tabla de piedra labrada hacía que incluso los espectadores occidentales más torpes lo identificaran con Moisés.

Victoria sabía, por supuesto, que se trataba de *Los Diez Mandamientos* de Henri de Triqueti, pero no sabía cuál de las diez escenas representaba a cada uno de los mandatos divinos. Una excepción notable era el segundo panel del lado izquierdo empezando por arriba, ya que este era el panel que permitía a estas puertas gemelas presentar otro tema subyacente en las exposiciones que había en la galería más allá de las puertas.

"No matarás", dijo Dios, pero sólo existía un puñado de humanos cuando Caín se tomó la justicia por su mano. Para los Vástagos, la leyenda nombraba a Caín el primero de los Vástagos, y por eso recibían el nombre de Cainitas, porque si la sangre de Caín pasó a su progenie, y ellos pasaron su sangre que contenía parte de la de Caín a su progenie, y así sucesivamente, entonces Victoria Ash, que estaba a seis generaciones de su ancestro bíblico, llevaba con ella parte de la sangre del Primero. A pesar de lo diluida que debía estar en su interior, era el origen de sus asombrosos poderes, y de las maldiciones relacionadas de las que se quejaban algunos Vástagos, pero que Victoria había decidido aceptar hacía años como parte de su incomparable existencia.

Todo esto trino en la mente de Victoria por dos razones. En primera lugar, la escena de las puertas gigantescas que ilustraba el Sexto Mandamiento era la de la muerte de Abel. En ella, los ángeles

descendían para transportar a Abel al Paraíso mientras Caín era repudiado. En segundo, porque Victoria temía firmemente que sus acciones a menudo no fueran suyas. Si la sangre que llevaba dentro de ella era tan potente, ¿de qué otra manera pudiera estar esclavizándola esa sangre? Si no al servicio de Caín, ¿quizá al de uno de su imponente progenie de quinta o sexta generación cuya sangre también llevaba?

Y este miedo es el que volvía tan importante a su juego de esta noche. Por eso era tan importante la puerta que estaba frente a *Los Diez Mandamientos*.

Victoria se volvió un poco a la derecha y volvió a admirar una de las obras más increíbles jamás creada por la mano del hombre. Como también se trataba de una escultura, el hombre que realizó la obra no podía ser otro mas que Auguste Rodin. Aunque era más baja que los 11 metros de *Los Diez Mandamientos*, *Las Puertas del Infierno* de Rodin no parecían más pequeñas a pesar de sus ocho metros de altura.

Esto se debía al genio de la obra, ya que era una verdadera obra maestra. El tipo de creación que buscaba Victoria pero que dudaba que jamás alcanzaría en las obras que creaba.

Esta gran puerta también contaba con un dintel dividido por una figura central. En una versión anterior, pero casi acabada, del magnífico *Pensador* de Rodin, la figura estaba sentada e inclinada hacia delante, su mentón sujeto sobre los nudillos doblados hacia dentro de su brazo derecho, y su codo soportado por su muslo izquierdo. Era Dante, e imaginaba las escenas de su *Infierno* en la puerta adyacente.

De pie en lo alto del marco de la puerta se encontraban tres figuras, esencialmente tres vistas del mismo hombre en ángulos diferentes. Sus cabezas estaban inclinadas las unas sobre las otras y sus manos se unían en una reconstrucción letárgica y sombría de los Tres Mosqueteros.

Más allá de estos adornos distintos, el resto de la puerta parecía haber salido del Infierno. Manantiales y canales de figuras y escenas apenas discernibles cubrían cada una de las puertas, además del marco. Dentro de la turbulencia estaba la pasión de la creación

además del dolor.

Contra las paredes y el techo de color blanco de la galería del Museo, el bronce oscurecido de los dos conjuntos de puertas parecían aún más amenazadores. Su enormidad servía sólo para aumentar la impresión de que se presentaba una decisión de grave índole al que se acercara. Y la pareja creaba un gran contraste: el diseño simétrico de paneles de *Los Diez Mandamientos* y sus líneas claramente esculpidas contra las *Puertas* difusas y difíciles de comprender.

Y Dante, en la pose del *Pensador*, encima de las puertas hacía que su contemplación pareciera natural.

El plan de Victoria era tontamente supersticioso, pero para creer que estaba libre de los grilletes invisibles de un poder superior al suyo –un Vástago superior a ella que pudiera considerar a la hermosa Toreador una pieza de ajedrez en su campo de juego– aplicaba rigurosamente un factor aleatorio a mucho de lo que hacía.

El tamborileo del *Bolero* estaba subiendo saludablemente de ritmo cuando escuchó el retumbo del ascensor y se alejó de las puertas. ¿Qué puerta usaría su siguiente invitado para entrar en la galería? ¿Pasaría por el Cielo o por el Infierno? La próxima respuesta determinaría en gran medida lo que Victoria haría esa noche; especialmente, si presentaría su candidatura para convertirse en Príncipe de Atlanta sustituyendo a un expulsado Benison. El Príncipe aún no estaba allí, pero su llegada era segura. El plan de Victoria para suplantarle, o al menos para acercarse a la cima, era arriesgado, y sólo se sentiría segura de su realización si podía saber a ciencia cierta que la idea era suya, que no la había sembrado otro en su mente subconsciente.

Quizá no hubiera manera de estar segura, pero Victoria siempre se sentía mejor si sus planes sobrevivían a la prueba del azar, como los experimentos que iba a realizar en esta misma fiesta. Como la idea de esta fiesta, muchos planes pasaron la prueba de Victoria, pero otros no. Numerosas ideas y oportunidades aparentemente buenas se habían perdido o se habían quedado sin llevar a cabo, pero el Toreador no se arrepentía. La ejecución de aquellos planes habría llevado al desastre. Puede que los hubieran puesto en marcha otros que la usaban únicamente como títere. Además, siempre se podía

tener otra buena idea. Cuando la aleatoriedad exigía que no se emprendiera alguna acción, siempre se presentaba otra opción, a veces mejor. Y tenía una vida eterna para explorarlas todas.

Todo el asunto era escandalosamente supersticioso, y lo sabía, pero también había cierta elegancia en los juegos de Victoria que la agradaban y encajaban con sus sensibilidades artísticas. Quizá estuviera a punto de convertirse en una gran artista después de todo, ya que había algo bello en el caos de sus acciones. Tras encontrar una pauta propia cómoda en décadas de aleatoriedad, Victoria se alegró de descubrir que el Ganado estaba descubriendo que el caos también podía estructurarse. Con el tiempo la mayoría de las ciencias se convirtieron en artes, así que quizá esta teoría del caos esperaba que una mente inmortal que pudiera asistir a ciclos que ninguna Res podría aspirar a presenciar la interpretase en una forma hermosa.

O quizá era sencillamente ridículo. Victoria sabía de Vástagos que eran más poderosos que ella, pero su número no eran incontable ni su poder inconmensurable. Quizá no hubiera Vástagos más poderosos que esos. Quizá las teorías fomentadas por el Sabbat –que los Antediluvianos eran auténticos y que debían ser destruidos para que Vástagos y Ganado dispusieran de libre albedrío– eran infundadas y el ascenso al poder de Victoria iba despacio únicamente por sus juegos inocentes.

Y había noches en las que pensaba lo improbable que era gobernar sobre un cierto número de Vástagos. ¿Cómo podía aspirar a gobernar cuando sus conjuras se tramaban bajo los auspicios de sucesos aleatorios no más creíbles que las señales que un oráculo griego veía en los intestinos de aves u ovejas?

Finalmente, se abrieron las puertas del ascensor, y Victoria se giró para ver quién decidiría el destino de sus últimos planes. Sus métodos eran toscos en cierto sentido, pero la Toreador siempre prefería juzgarlos a la luz de lo que pudiera resultar. Lo más probable era que, de la misma manera que ella ocultaba secretos a los neonatos, alguien le escondiera secretos a ellas, así que burlaría sus planes actuando sólo cuando su astucia se alineara con el destino.

Y Victoria se rió para sí cuando vio lo que le deparaba el destino.

La primera en salir del ascensor fue Cindy, la Toreador que

había heredado los adjetivos "sosa" y "estúpida" por el fallecimiento de Marlene poco antes de la llegada de Victoria a Atlanta. Victoria pensaba que los títulos recayeron sobre la zorra baja y atlética porque Marlene era la sire de Cindy, y los inadaptados engendran inadaptados, aunque los apelativos eran lo bastante exactos sin tener en cuenta el linaje de la bailarina exótica.

Cindy, que al parecer había estado hablando de modo amistoso a su compañero de ascensor, se calló hoscamente cuando vio a Victoria. Después apartó su mirada, pero no retomó su conversación.

La Toreador era baja de estatura y de cuerpo flexible. Su figura era ágil y poseía algo de elegancia a pesar de lo que cualquier observador entendido identificaría como una falta absoluta de conocimientos de danza. Su rostro era atractivo, si acaso algo redondeado y liso como las chicas de instituto con un poco de sobrepeso –realmente era algo grande para llamar la atención de un hombre, pero parecía fresca y joven y eso captaría la imaginación de un hombre. Y como era de la Estirpe, siempre parecería así de joven.

No obstante, fuese cual fuese el potencial que tenía, lo echaba a perder con su intención enojada de ser ordinaria, como cuando se agarró su entrepierna al pasar al lado de Victoria sin decir palabra.

Victoria dejó que su risa de desaprobación fuera levemente audible. Y pensar que esta advenediza Abrazada por Marlene alguna noche descuidada en los clubes de strip tease y tiendas de lencería que formaban su territorio en Cheshire Bridge Road se creía de verdad que debería haber sido nombrada primogénito de los Toreador de Atlanta.

Victoria volvió a reirse entre dientes, aunque esta vez agriamente y en silencio. Se había convertido en Vástago, y había dejado Londres, un puñado de años antes de que la Peste Negra diezmará aquella ciudad, y había estado en los Estados Unidos en el profundo y oscuro sueño de reposo y recuperación conocido como Letargo durante los años de terrible gripe de principios de siglo, pero comprendió la aleatoriedad con la que atacaban las plagas. ¿Cómo había podido sobrevivir esta Vástago desvergonzada –apenas merecía el título– a la Maldición de la Sangre cuando otros Vástagos eminentemente más capaces y dignos habían caído ante ella? No es

que Victoria lamentara la pérdida de esos otros. En realidad, rió entre dientes de nuevo –y con este bufido se ganó una mirada siniestra y un escupitajo enérgico de Cindy– porque dicha aleatoriedad había beneficiado claramente a Victoria en esta ocasión.

El segundo ocupante del ascensor, que salió mientras Cindy pasaba ruidosamente junto a Victoria, era igual de interesante. También era un tipo de poca monta en Atlanta, pero al menos era un individuo de cierto mérito o talento.

Victoria miró con regocijo mientras Leopold salía lentamente del ascensor. Este Toreador era de los apolíticos, pero incluso él seguramente entendía que había mala sangre entre Cindy y su primogénito. Se mantuvo a cubierto hasta que pasó el enfrentamiento potencial.

Victoria dio la espalda a Leopold un instante para ver a Cindy elegir entre las puertas ciclópeas. Victoria advirtió con disgusto que la bobalicona apenas se detuvo para absorber la maravilla de las puertas que tenía ante sí. Entonces Cindy volvió la vista, al parecer confundida, pero cuando vio a Victoria estudiándola, se enojó y pateó el suelo como si estas extrañas puertas hubieran sido colocadas únicamente para atormentarla. Victoria dejó que una leve sonrisa brillara apagada en sus labios, y Cindy casi se arrojó a través de las *Puertas del Infierno* de Rodin, que tenían un aspecto más manejable, tras tirar de una de las grandes puertas.

Así que entra en el Infierno, anotó Victoria mientras se volvía hacia Leopold, que había dado un paso más únicamente porque las puertas del ascensor amenazaban con cerrarse sobre él. Cuando se cerraron, el joven Toreador palideció y pareció encogerse en busca de un lugar donde esconderse. Hábil en sus juicios de los hombres –Leopold era un Vástago tan joven que para ella seguía siendo Ganado– Victoria reconoció parte del malestar de Leopold como atracción hacia su primogénito. También había percibido eso mismo en una ocasión pasada, pero antes su deseo evidente había sido más directo –un impulso sencillo de las zonas de su cerebro que conservaban parte de sus necesidades físicas, quizá.

Mientras pensaba en el asunto, Victoria giró su cabeza levemente a un lado y enarcó sus cejas un poco –lenguaje corporal

para invitar al tímido Toreador a salir de su agujero—. Decidió que había algo claramente diferente en la atracción de Leopold, pero no podía identificarlo. Lo haría con el tiempo, no obstante, ya que era muy buena estudiando a la gente, un talento que había poseído como mortal pero aún más ahora cuando sus sentidos agudizados detectaban tanto que analizar.

Leopold intentó una sonrisa amistosa pero no demasiado personal mientras se acercaba a Victoria. El oído agudo de ella detectó miedo en el nerviosismo sorprendente del corazón de Leopold, y no se trataba del miedo escénico que solía desarmar a un introvertido así. Victoria decidió que había algo más profundo en este miedo. También resolvió que no era miedo hacia ella misma.

—¿Estás bien, Leopold? —preguntó.

La sonrisa de Leopold permaneció en su rostro un instante de más. Dándose cuenta, la borró y dijo:

—Sí, Sra. Ash. Estoy... ah... nervioso por la, ah... presentación de mi obra esta noche. —La sonrisa volvió cuando Leopold trató inconscientemente de reforzar su mentira.

—Claro, claro —aceptó amablemente Victoria. Y entonces se acercó para abrazarle, lo que, como había anticipado, sorprendió a Leopold. Su cuerpo se quedó rígido, pero consiguió relajarlo mientras Victoria le besaba ligeramente en cada mejilla.

Aún abrazándole, con su rostro cerca del suyo, con el Bolero avanzando hacia sus notas culminantes, dijo:

—Y es un éxito notable, teniendo en cuenta el corto plazo que te di. Me disculpo por ello.

Leopold no respondió, pero devolvió el abrazo. A Victoria le divirtió sumamente la ineptitud de su alumno mientras trataba de usar la torpeza como excusa por haberla acercado demasiado y haber colocado sus manos muy abajo en su espalda.

Entonces ella se soltó, lo que sorprendió aún más a Leopold. A Victoria le habría encantado jugar más con el cachorro, y su escultura era bastante buena, pero necesitaba atender el asunto de las puertas antes de emprender alguna actividad esta noche. Incluso si se trataba de algo tan sencillo como aturdir o seducir o poner en un aprieto a un joven Toreador.

–Pero, por favor. No dejes que te demore. Tal vez ya haya Vástagos admirando tu escultura. Espero tener la oportunidad de hablar contigo más tarde –dijo ella.

–¿No entra? –preguntó Leopold.

–No, no, Leopold. Soy la anfitriona y estoy recibiendo a mis invitados. Adelante. Oigo volver al ascensor con más invitados.

Leopold escuchó pero no pudo oír nada más que el Bolero, que estaba alcanzando la cumbre de su entusiasmo. Se quedó quieto el tiempo suficiente para parpadear dos veces antes de asentir y dirigirse hacia las puertas.

Se paró de inmediato. Estaba boquiabierto cuando se volvió para mirar a Victoria con incredulidad. Clavó sus dedos índices apuntando a cada conjunto de puertas y en silencio intentó obtener una explicación de su antiguo.

Victoria se limitó a sonreír y asentir antes de abrir su propia boca levemente y señalársela para ayudar a Leopold a corregir su expresión poco atractiva. Después hizo una señal con el dorso de los dedos de su mano izquierda para alejarle. Leopold echó un nuevo vistazo a las dos puertas, pero después se acercó a ellas sin más estímulos.

Victoria le observó atentamente, ya que el peso de sus planes descansaba sobre sus hombros. Cindy había limitado la capacidad de Leopold para establecer cómo actuaría Victoria esta noche, pero la decisión final era del joven Toreador, ya que era el segundo en escoger una entrada.

Victoria ejecutó las permutaciones de sus reglas excéntricas en su mente. El que los dos individuos que llegaron en el ascensor fueran de sexo opuesto y del mismo clan eliminaba necesariamente un buen surtido de posibilidades que Victoria ignoró, concentrándose en las que implicaban a un hombre y una mujer, ambos Toreador, y además, las que tenían que ver con un hombre que entraba después de una mujer.

Las reglas eran sumamente complicadas, pero estaban codificadas tan minuciosamente en la mente de Victoria que a ella la complejidad no le parecía tal, de la misma manera que las oscuras reglas del cricket no aturdían a un aficionado a ese deporte peculiar. Y Victoria no creía que estuviera obsesionada con las medidas que

tomaba para protegerse a sí misma de una cooperación incauta en los planes de otro.

Se impacientó algo con Leopold mientras perdía el tiempo examinando las escenas representadas en las puertas del cielo. Parecía especialmente atraído por uno de los paneles –el inferior de la puerta derecha– pero su cuerpo lo tapaba y Victoria no podía ver lo bastante bien la pieza para recordar el Mandamiento representado en ese lugar. Quería meter prisa a Leopold, pero no se atrevía a hacerlo. Meterle prisa sólo era una opción cuando no estaba ante una de las puertas, y si ahora lo hacía hubiera podido ahorrarse este intrincado juego, ya que Leopold probablemente entraría por la puerta más cercana. En este caso, el Cielo indicaría que debía anular sus planes, ya que era la puerta más alta y por ella entraría el más alto de los dos, que era varón, lo que quería decir que Victoria debía entrar a través del Infierno y anular sus planes.

Sin embargo, si Leopold entraba a través del Infierno, Victoria no podía seguirle, y su acceso a través del Cielo haría que su juego siguiera adelante. Le parecía probable que ese fuera el caso ya que Leopold examinó el Cielo en primer lugar y probablemente entraría a través del Infierno después de estudiarlo.

Satisfecho con su apreciación del Cielo, al menos por el momento, efectivamente Leopold se movió hasta *Las Puertas del Infierno*. Victoria se puso un poco nerviosa y se emocionó ante el instante que se acercaba. A veces se preguntaba si preparaba estos juegos intrincados no por el miedo a ser dirigida por otros, sino porque temía dirigirse a sí misma. Siempre rechazaba la idea, no obstante, porque no era una persona tímida. Sólo cautelosa.

En realidad Victoria no había escuchado el ascensor antes, especialmente en medio de las notas finales de la obra maestra de dieciocho minutos de Ravel, pero ahora Victoria registraba el *cling* de sus puertas en la planta baja ante la casi total ausencia de más música. Sonaba como si estuviera empezando algo que a la Toreador le recordaba vagamente a Beethoven, pero la primera parte de la pieza era muy débil.

Leopold parecía igual de curioso ante las masas casi sin forma que se arremolinaban por la superficie de las puertas de la obra

maestra de Rodin de lo que lo había estado ante las imágenes más austeras de Triqueti. Incluso volvió la vista hacia Victoria otra vez para sacudir su cabeza admirado y asombrado.

Empezó a preguntar:

–¿Cómo adquirirís...? –pero se calló cuando Victoria se giró acercándose hacia el ascensor como si no le hubiera oído.

Cuando devolvió la mirada, Victoria murmuró un rápido:

–¿Qué? ¿Dijiste algo, Leopold?

El Treador más joven desechó la pregunta como si se diera cuenta que estaba molestándola.

–Nada. Siento apartarla de sus otros invitados.

Entonces situó sus manos sobre las puertas y las movió lentamente sobre su superficie como si se imaginara que se estaba formando de repente bajo las yemas de sus dedos. *O quizá piensa en qué habría hecho diferente*, Victoria meditó, ya que esa reacción a menudo era la de un gran, o incluso buen, artista ante la obra de un maestro. No veían demasiado de la obra, sino cómo se diferenciaba de la suya propia y, por tanto, como la definía.

Tras haber logrado desviar la pregunta de Leopold, Victoria se giró hacia el ascensor que se acercaba. Se sentía frustrada por tener que recibir a sus invitados. Era una formalidad más adecuada para las recepciones, no para una pequeña reunión de Vástagos. Además, si llegaban nuevos invitados, se convertirían en complicaciones para su juego, aunque las permutaciones que presentaban ya estaban predeterminadas, por supuesto. Sin embargo, preferiría que la decisión fuera un asunto menos complejo. Era como leer los augurios de las entrañas de una oveja donde demasiada sangre –demasiadas señales– podía oscurecer los hechos importantes evidentes en los intestinos. Cuantos menos invitados, mejor.

Victoria sonrió cuando escuchó abrirse las puertas del ascensor en el tercer piso. Samuel estaba jugando el juego del retraso tal y como se le había ordenado, ya que no había pasado el tiempo suficiente. Victoria sabía que algunos invitados estaban más allá de la capacidad de los ghouls para demorarlos en el garaje, con lo que eran necesarias algunas tácticas como esta.

Victoria volvió a girarse para observar a Leopold con

detenimiento. Por supuesto, no le había quitado la vista de encima, pero su mirada había sido discreta durante unos instantes. Quiso estrangular al joven Treador cuando regresó a las puertas más grandes del supuesto Paraíso de Victoria. De nuevo miró atentamente al panel inferior derecho, y lo rozó como lo había hecho con la obra de Rodin, pero dio un rápido paso atrás para admirar los dos conjuntos de puertas.

Victoria no sabía si espantarse o no ante una contemplación tan manifiesta. Parecía estar escogiendo que puerta usar como entrada, como si le importara.

A Victoria le llamó la atención su elección final del Infierno, pero en efecto regresó a la obra de Rodin y salió del vestíbulo tras un breve forcejeo con la pesada puerta. Tendría que preguntarle más tarde, ya que ahora que su elección estaba hecha, podría hablar libremente de las puertas con él, aunque no de sus auténticas razones para utilizar las puertas.

Cuando Victoria se acercó a Los *Diez Mandamientos*, miró con interés el panel que había llamado la atención de Leopold. No le gustó lo que vio. El panel mostraba a Nabod. Estaba muerto –lapidado hasta morir porque Ahab y Jezabel codiciaron su viñedo.

El Mandamiento le vino a la mente porque lo conocía muy bien. Era uno que había preocupado a Victoria durante sus años mortales.

No desearás la mujer de tu prójimo, ni desearás su casa, ni su campo, ni su siervo, ni su sierva, ni su buey, ni su asno, ni nada en cuanto a tu prójimo pertenece.

Victoria tragó fuerte. Todo lo que hacía era codiciar las cosas de su prójimo.

Victoria intentó en vano hacerse sentir mejor, en vez de leer esto como una señal de que estaba sacando conclusiones erróneas. Y es que era Nabod, y no el codicioso Ahab o Jezabel el que estaba muerto en la representación del panel. Y esta era una de las escenas ejecutadas con más fuerza de la puerta, así que quizá Leopold la examinara sencillamente por su mérito técnico, no porque se sentía sintonizado con algo mayor que los débiles poderes que pudiera poseer un Vástago joven como él.

Al final, Victoria se encogió de hombros. Estaba comprometida

con su elección y con sus métodos. Si temía supersticiosamente todas las señales que veía, es que en realidad era una persona tímida que debía depender de demasiados juegos para tomar decisiones por ella.

Victoria Ash entró en un Paraíso en el que sólo encontró demonios.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 22:10 H

CORPORACIÓN FINANCIERA DE BOSTON, BOSTON, MASSACHUSETTS

El atractivo hombre italiano se reclinó tras su enorme escritorio de madera de cerezo. Los teléfonos de Benito estaban colocados como siempre, y aunque hacía dos noches se había sentido irritado por estar recibiendo llamadas telefónicas, ahora estaba igualmente molesto por su ausencia.

Lorenzo Giovanni normalmente era de fiar. En realidad, Benito ya había hablado a favor del ghoul. Lorenzo deseaba el Abrazo, por supuesto, como prácticamente todos los Giovanni que averiguaban que había algo más en su amplísima familia que la riqueza inimaginable. Sin embargo, si Lorenzo no llamaba pronto o al menos tenía una excusa muy válida para su tardanza, Benito tendría que anular esa recomendación.

Benito no pudo extraer mucho tiempo de sus responsabilidades familiares en las últimas cuarenta y ocho horas para dedicarlo a un asunto que era, al fin y al cabo, un tema personal; pero tras una larga charla acerca de cuestiones de seguridad con su primo, Michael, Benito se había puesto en contacto con Lorenzo en Atlanta.

El ghoul estaba llevando a cabo una misión secreta para la familia que Benito no comprendía –tampoco quería hacerlo si la familia consideraba que no debía saberlo– pero como uno de los pocos Giovanni permanentes en ese único bastión de civilización en el

sur, el ghoul todavía tenía tiempo para satisfacer las peticiones especiales de otros miembros de la familia. Sólo era un ghoul, pero uno formidable, con lo que Benito no sintió escrúpulo alguno al enviarle a espiar la fiesta del Museo.

El espionaje era necesario, ya que no había manera de conseguir que se invitara a Lorenzo, o que se aceptara la invitación de Benito en su lugar. El acto era sólo para Vástagos, y aunque Benito podía haber armado un escándalo si la zorra Toreador responsable, Victoria Ash, denegaba el permiso a Lorenzo, también se dio cuenta que esto contaría con la desaprobación de su familia por haber llevado el asunto demasiado lejos.

Y ahora Lorenzo tardaba –mucho– en informar a Benito. Quería información reciente, no algo tan pasado como los datos de la noche anterior, ya que pudiera ser demasiado tarde para emprender acciones si el maldito neonato que tenía la vida de Benito en sus manos se dejaba ver en el lugar.

Tamborileó su dedo con impaciencia sobre el teléfono que había sonado tanto dos noches antes. Aún nada. Benito cerró sus dedos y dio un puñetazo al escritorio. También estuvo a punto de gritar de rabia, pero contuvo sus emociones. Estaba sufriendo una tensión tremenda, y no era momento para dar una salida a la Bestia.

Lentamente devolvió su atención a los documentos financieros de su escritorio. Al principio, los números se arremolinaban y no tenían ningún sentido lógico, pero mediante la concentración, Benito devoró la información que contenían.

Alzó rápidamente la cabeza y miró a la derecha, hacia la puerta de su oficina. Algo, tal vez nada más que una sombra fugaz, había pasado. Sin dudar, Benito situó su dedo un milímetro por encima de un botón de alarma situado bajo su escritorio. Mientras tanto, observó con atención cualquier otro signo de movimiento.

Aunque no lo hubo, permaneció sereno.

Benito habló hacia los espacios vacíos de la habitación.

–¿Randall?

Y otra vez.

–¿Randall?

El susurro inhumano que respondió apenas era audible, sino un

eco fracturado y casi demoniaco, que repetía una palabra.

–Sí –dijo la voz secundaria.

–¿Eras tú el que se estaba moviendo? –exigió Benito.

–Sí –respondió el mismo eco oscuro.

–¿Para qué? No estoy en la disposición de tolerar dicha actividad.

–Las sombras me estaban hablando. Y conversé con ellas.

Benito seguía irritado, pero el wraith estaba atado para proporcionar protección, así que era mejor tenerlo en cuenta en tiempos como ese.

–Y ¿qué te dicen las sombras? –dijo Benito con una pizca de sarcasmo.

–No demasiado... –dijo el wraith sin forma. Después añadió –... todavía.

Benito suspiró, y después dijo:

–Bueno, presta atención a las señales, pero hazlo sin molestarme. Soy cauto, pero aún tengo trabajo que terminar.

No hubo respuesta, y Benito no la esperaba. Volvió a su trabajo de inmediato tras pronunciar la orden.

Pasó más tiempo, y Benito de repente interrumpió su trabajo para tirar el teléfono móvil central, el conectado a la red Giovanni, al suelo.

–¡Llama, maldita sea! –gritó al teléfono que estaba boca abajo donde había aterrizado en la alfombra de felpa que cubría parte del suelo de madera.

Benito miró fijamente al teléfono durante un instante, y se levantó para recogerlo. Llegó hasta él en dos zancadas, y mientras se agachaba para cogerlo, el susurro inaudible de Randall dio pie a una profunda amplificación que anunciaba una advertencia.

–¡Las sombras están hablando!

Sorprendido tanto por la voz de Randall como por el tono de alarma que tenía, Benito se puso en cuclillas, equilibrándose y preparándose ante lo que pudiera venir a continuación.

–¿Qué dicen las sombras? –exigió.

–Dicen que es demasiado tarde. Ya están aquí –dijo Randall.

Los ojos de Benito refulgieron de miedo, pero cubrió

rápidamente la distancia que le separaba del escritorio con el botón de alarma y del estante más cercano de espadas samurai. El estante más cercano contenía las espadas que supuestamente esgrimió el llamado Guerrero Tigre, un samurai que había cazado y exterminado ninjas hacía más de medio siglo. *Qué apropiado*, pensó para sí, cuando vio a cuatro siluetas similares a ninjas salir de las sombras de la habitación.

El más cercano pareció desprenderse de la pared que quedaba detrás del escritorio de Benito y permanecía agachado entre el Giovanni y el botón de alarma. Otros dos brotaron como sangre negra rezumando de verdugones supuratorios. Uno estaba en el sofá, y otro junto a la puerta de la oficina. El última parecía salir de una alfombra cerca del centro de la oficina como una enredadera vista en una película a cámara rápida.

—Increíble —fue todo lo que pudo articular Benito en un primer momento. Entonces, emprendió la ofensiva, ya que seguramente fueran asesinos mortales, y si así era, su falta de respuesta sería la única manera con la que podían vencerle.

—¡Randall! —gritó—. ¡Duelo!

Benito vio a la figura que estaba cerca de la puerta, la que tenía la mejor posición, mirar rápidamente por la habitación. Cuando la katana del Guerrero Tigre saltó del estante al extremo más cercano del sofá, la figura de la puerta gritó una advertencia a sus camaradas, o al menos eso es lo que Benito imaginó que hizo. No se pudieron escuchar palabras; en lugar de ellas, de la boca de la figura salió una negrura que formó un siniestro remedo de un bocadillo de diálogo de un cómic, aunque estaba relleno con el palpito casi invisible de la oscuridad.

Aunque esa oscuridad transmitiera información, no lo hacía a tiempo. Pareciendo flotar en medio del aire, pero en realidad blandida por un espíritu invisible de los muertos traído por Benito de vuelta a la Tierra de una existencia infernal, la katana del Guerrero Tigre silbó por el aire. La hoja del arma tenía un filo perfecto, y los muchos pliegues de su metal realizados por su creador la reforzaban. Lo bastante fuerte y afilada para separar el brazo de un asesino de su torso, aunque el wraith llamado por Randall apenas podía reunir fuerza suficiente para manipular la espada, y ni mucho menos para atravesar a un enemigo.

El objetivo del ataque fue el asesino de la parte más cercana del sofá de cuero. Sin embargo, los asesinos estaban evidentemente bien adiestrados, ya que el aparente líder de la puerta fue el único en reaccionar al ataque. Extendió un brazo a la maraña de oscuridad que se desplegaba como una vieja telaraña desde las sombras de la puerta para cubrir y ocultar gran parte de su cuerpo. La mirada de Benito se mantuvo el tiempo suficiente para vislumbrar una mano de largas uñas cuando surgió y se movió hábilmente en dirección de la katana del Guerrero Tigre. Un destello de metal salió en esa dirección –posiblemente un cuchillo o shuriken– ya que el líder debía imaginar que el arma la esgrimía un oponente corpóreo aunque invisible.

Esa fracción de segundo fue todo lo que pudo permitirse Benito, porque los otros dos asesinos ignoraron los apuros de su camarada y dirigieron su ataque directamente contra Benito. Eso quería decir que pudiera ser una misión suicida, o que el enemigo del centro de la habitación se habría vuelto a asistir a su aliado más cercano, ahora manco.

El Giovanni concentró su atención en el asesino más cercano, el que estaba detrás del escritorio, que suponía una amenaza más inmediata y también bloqueaba la ruta hasta la alarma. Michael y otros miembros del personal de seguridad tal vez estuvieran ya muertos y destruidos, pero no estaba sonando ninguna alarma, con lo que Benito pensó que sus esperanzas pasaban por activarla cuanto antes.

Cuando Benito se giró, cruzó la mirada con la de su enemigo durante una fracción de segundo. El asesino abandonó su ataque para girar la cabeza y evitar el potente control mental que podía ejercer Benito.

–Así que sabéis que soy un Vástago –gritó enfadado Benito. Su conocimiento no importaba. Bastaba ese milisegundo que sus ojos se habían encontrado–. ¡Retírate! –ordenó sucintamente Benito. El asesino abandonó su postura defensiva cuando dio un salto mortal antes de rodar hacia atrás sin pausa. Dudó un instante cerca del sillón de Benito, pero el asesino parecía incapaz de resistir la orden del Giovanni, y su huida le alejó del botón de alarma, que Benito trató de alcanzar de inmediato.

Mientras tanto, el asesino atacado por Randall era demasiado

lento reaccionando ante la amenaza, ya que suponía que se enfrentaba a un oponente que no podía ver, no a uno que tampoco podía tocar. Con el brazo que le quedaba lanzó puñetazos en todas direcciones alrededor del arma flotante, tratando de golpear a su atacante. Los esfuerzos, por supuesto, fueron infructuosos, y el asombro del asesino le hizo vulnerable a otro barrido de la espada endurecida y afilada. Esta vez, el arco de la katana atravesó el cuello de su víctima. Los ligamentos, huesos y músculos cedieron con la misma facilidad que los del brazo de la víctima.

Benito vio de refilón la decapitación sin derramamiento de sangre mientras corría hacia su escritorio. La falta de sangre era una mala noticia, ya que significaba que los asesinos probablemente fueran Vástagos, y Benito no era lo bastante viejo o poderoso para encargarse de cuatro Vástagos incluso con la ayuda de un fantasma intangible. Aun así, eran dos contra dos si se mantenía la eficacia de la orden de "retirada" de Benito.

Como si comprendiera la situación, el otro asesino que había atacado a Benito le agarró por detrás mientras el Giovanni se escabullía hacia su escritorio. En vez de resistirse, como Benito suponía que esperaba su oponente, se giró rápidamente hacia su atacante. Se dio la vuelta y se dejó caer, esperando que su rápido movimiento le diera la oportunidad de mirar fijamente a los ojos de este enemigo.

Sin embargo, la maniobra sólo tuvo un éxito parcial. El asesino reaccionó bien, con lo que no tropezó con el cuerpo postrado de Benito, pero no pudo apartar su mirada a tiempo, y Benito abrió aún más sus ojos como si eso provocara que su compulsión hipnótica hiciera su trabajo con más facilidad.

Pero Benito quedó desorientado al mirar al rostro de su enemigo. No había nada familiar a lo que agarrarse, ningún rasgo normal de contorno fácil para guiar su intención de mirarle a los ojos. El rostro del asesino estaba envuelto en una oscuridad antinatural, y aunque trató desesperadamente de mirar a través de esta neblina desde menos de un metro de distancia, Benito fue incapaz de penetrar en ella. Esta perplejidad le costó lo que le había costado al asesino que devolvió el ataque a Randall –dejó al Giovanni vulnerable ante un ataque del que

no pudo defenderse a tiempo.

El puño cerrado del asesino alcanzó a Benito en la punta del mentón, y el Giovanni se tambaleó hacia atrás tan desmañadamente que no pudo hacer nada por no caer. Su gran sillón hizo ese trabajo por él, y su grueso brazo propinó un fuerte golpe en la espalda a Benito. Entonces, Benito cayó boca abajo al suelo, y justo cuando trataba de darse la vuelta, el gran peso del asesino cayó sobre su espalda, empujándole de nuevo sobre la superficie de la alfombra.

Entonces el atacante agarró los brazos de Benito, tratando de sujetarle por la muñeca o el antebrazo para poder inmovilizarlos detrás de su espalda. Cogió rápidamente el puño, y Benito se sacudió como una serpiente para liberar su brazo derecho.

Desde su posición en el suelo, Benito vio la cabeza decapitada del otro asesino tirada frente al escritorio. Entonces hubo un destello de metal y la espada del Guerrero Tigre cayó al suelo junto a la cabeza. O Randall había abandonado el arma o se la habían quitado. Benito levantó la cabeza para gritar una nueva orden al wraith, pero le agarraron por el pelo de la nuca, y un brazo fuerte aplastó su cara contra el suelo. La alfombra suavizó algo el golpe, pero como el asesino mantenía la presión, Benito estaba cegado.

El brazo derecho de Benito seguía libre porque su captura se había abandonado a cambio de su cabeza, así que el Giovanni la estiró hacia su escritorio, buscando a tientas la alarma. Sus primeros manoteos alcanzaron el borde de la mesa, y de inmediato se dio cuenta que estaba demasiado lejos para alcanzar el botón.

Su única esperanza era la fuerza de la sangre que guardaba en su interior. Con la concentración más breve, Benito inició la conversión de parte de sus reservas de sangre en una fuerza física tremenda. Su visión se nubló de rojo y sintió un cosquilleo en todas sus extremidades. Entonces Benito se encabritó como un caballo salvaje.

A pesar de la presa que tenía sobre Benito, el asesino salió por los aires como un vaquero incapaz. Benito no se paró ni siquiera un instante para contemplar los destrozos de su oficina. En lugar de eso, apretó inmediatamente el botón de alarma silenciosa. Sólo entonces, con su fuerza aumentada recorriendo aún su cuerpo, examinó la escena de la batalla mientras retrocedía para poner tierra de por

medio entre él y el asesino del que se había librado.

El líder ya no estaba cerca de la puerta. En vez de eso, se encontraba en el centro de la oficina, con sus piernas a horcajadas sobre el cadáver decapitado. Sus manos estaban empapadas de sangre porque estaba usando su fuerza prodigiosa para doblar la wakizashi que era la compañera de la katana del Guerrero Tigre. Ni siquiera con toda la sangre que podía contener su cuerpo Benito podría generar la fuerza necesaria para doblar un objeto tan admirable –una espada forjada por un maestro armero. Sólo la otra wakizashi se encontraba en su vitrina, con lo que probablemente su compañera katana ya estuviera inutilizada. No obstante, esa espada pareció animarse cuando Randall agarró la única arma que quedaba.

El Vástago al que Benito había ordenado que se retirara no estaba a la vista. Debía de ser un estúpido de mente débil para estar tan afectado. Quizá estos asesinos fueran poderosos físicamente pero vulnerables a los ataques mentales.

El asesino del que se había zafado Benito hacía unos instantes mantenía las distancias, encarado con Benito a 5 metros. El Giovanni se dio cuenta de que estaba esperando a que su líder se librara de la amenaza invisible para ir a por él. Pero Benito esperaba que Randall pudiera contenerle hasta que llegara Michael Giovanni.

El arma del wraith dibujó un arco hacia el líder, que aun parecía gotear oscuridad como si fuera algo físico. De hecho, cuando dio un paso lateral para evitar el golpe, la espada dejó al charco de oscuridad trazando una trayectoria de tinta como el que dejaría un pulpo en su camino. Y antes de que el débil Randall pudiera prepararse para otro golpe, el líder golpeó y batió sus manos sobre ambos lados del plano de la espada. Con un giro rápido y poderoso de sus caderas, el asesino arrebató el arma a su portador invisible, cogiendo prontamente cada extremo y doblándola.

Benito se recordó irónicamente a sí mismo exhibir armas mucho más ligeras en el futuro –tal vez floretes– para que Randall pudiera atacar con mayor eficacia.

El líder inspeccionó brevemente la habitación y habló en otro soplo de negrura. El segundo asesino asintió levemente con la cabeza mientras vigilaba sin parpadear a Benito.

–¿Qué queréis? Mi muerte sólo garantizará el aullido interminable de sabuesos tras vuestros pasos. La familia Giovanni no perdonará mi asesinato –dijo Benito.

El Giovanni esperaba ganar algo más de tiempo, pero el esfuerzo era en vano. Los dos asesinos, posiblemente asesinos Vástagos, avanzaron. Benito blasfemó. ¿Dónde estaba Michael? ¿Tenía que ver este ataque con Lorenzo, o Atlanta, o Chicago? ¿Habían alcanzado y matado a Lorenzo otros asesinos?

Entonces el líder apoyó su oreja en la puerta, y Benito respiró aliviado. Imaginó que el asesino debía escuchar la llegada de la ayuda.

Cuando la puerta se hundió por el impacto de una patada atronadora, Benito reaccionó de inmediato. Pensó en aprovechar la distracción para superar al líder y conseguir la seguridad de Michael y los guardias. Pero el sorprendido fue él, ya que, aunque reaccionó primero y pareció sacar ventaja por ello, en medio de su movimiento se dio cuenta de que el líder había decidido no prestar atención al puerta derribada ni a las legiones de guardias que había tras de ella. En vez de eso, esperó astutamente y golpeó a Benito mientras el Giovanni trataba de pasar.

El líder de los asesinos agarró a Benito por la muñeca y el cuello, y apretó ambas presas tanto que el Giovanni pensó con preocupación que podría morir antes de que Michael le librara de su aprisionamiento. Sin embargo, la presa no era más fuerte de lo necesario para presionar la traquea de Benito y tener un control absoluto de su diafragma. Teniendo en cuenta la fuerza del líder, no había ninguna posibilidad de que Benito pudiera escaparse.

El asesino enmascarado restante se situó súbitamente al lado de su líder, y una vez que se giraron para encararse con las figuras que entraban por la puerta a la oficina, se quedaron perfectamente quietos. Los guardias de seguridad se alinearon eficientemente en la pared del fondo de la oficina y apuntaron con sus armas a cada centímetro de la zona. Además de los fusiles y pistolas que blandían, estaban equipados con chalecos antibalas, cascos con visores y máscaras de gas. Benito sabía que otro miembro de la fuerza de seguridad esperaba en la entrada, listo para arrojar granadas de gas si era

necesario.

Benito no podía imaginar lo que planeaban los asesinos. Tenían una clara inferioridad en número y armas. Incluso un Vástago tan poderoso como el que sujetaba a Benito podía caer con un número suficiente de balas. Si no de manera permanente, si durante el tiempo suficiente para preparar otros métodos de eliminación permanente. Matar a Benito –lo que el Giovanni suponía que su captor podía hacer al instante– aseguraría su muerte. Quizá le usarían como rehén.

Mientras los recuerdos de Benito giraban y giraban, se dio cuenta que pasaba el tiempo y que no pasaba nada. Ni diálogos, ni combates, ni reconocimiento. Con incredulidad sorprendida, Benito contempló a la fila de agentes de seguridad armados.

Miraban en todas direcciones en la oficina. Algunos de ellos incluso parecían haber cruzado su mirada con la de Benito, pero miraban a través suyo. Con una creciente aprensión y después terror, Benito se dio cuenta que ninguno de los guardias veía a las tres figuras que había ante ellos. De alguna manera, los asesinos debían de haberse escondido a sí mismos, y esa era una magia poderosa. Seguramente así habían logrado burlar las medidas de seguridad.

Benito dio coces con sus piernas y aleteo sus brazos y trató de gritar a pesar de la presa sobre su garganta. Sólo consiguió emitir un susurro balbuceante, y ni eso ni sus movimientos atrajeron una sola mirada.

Benito observó cómo los guardias miraron de repente al escritorio y apuntaron sus armas hacia allí.

–¿Sr. Giovanni? –preguntó uno de ellos.

El Giovanni dejó de zafarse, ya que sabía que era en vano. Gracias a métodos desconocidos para él, los asesinos estaban camuflándose y también le ocultaban a él. Pero los guardias de seguridad podían ver que la oficina estaba destrozada. Que se tenía que haber producido una lucha. Pero si así era, ¿por qué no alertaban a los demás?

Fue entonces cuando Michael entró en la oficina. El primo de Benito tenía un aspecto menos Giovanni que él, pero el parecido era innegable. Michael era demasiado ancho de espaldas, demasiado robusto, demasiado musculoso. En pocas palabras, era demasiado

americano, y eso era porque la abuela de Michael se había casado con alguien que no era de la familia, un error que el padre de Michael había expiado durante toda su vida para que su hijo pudiera volver a ser aceptado en la familia, y disfrutara de los mejores dones que podía otorgarle. El padre de Michael fue castigado a conocer lo que nunca podría conseguir, pero había sido un hombre de voluntad férrea –más Giovanni que su madre traidora– y usaba ese conocimiento para no maldecir a su propia desgracia y espolearse hacia la redención.

Michael era Vástago, al pagarse la deuda de su familia, pero aún estaba en una posición baja de la jerarquía, con lo que se limitaba a dirigir la fuerza de seguridad. Sin embargo, al igual que su padre, hacía lo que le pedían, y normalmente lo hacía bien. Era evidente que contaba con la lealtad y el respeto de los hombres que estaban a su servicio, porque cuando entró en la habitación permanecieron relajados y en posición. Ni uno adoptó una postura más eficaz o se comportó con más profesionalidad. Todos daban lo que tenían sin preocuparse por las apariencias.

–¿Cuál es la situación? –preguntó Michael.

–La oficina del Sr. Giovanni esta asegurada, señor, con la posible excepción de la zona de debajo del escritorio. Le llamamos, pero no hubo respuesta –respondió uno de los hombres.

Michael se volvió para mirar el escritorio. Entornó los ojos un instante y pareció concentrar sus sentidos, mirando con tal fuerza que parecía esperar escudriñar a través de la construcción de madera maciza.

Benito sabía que su primo poseía sentidos extraordinarios, incluso una especie de sexto sentido, y si alguien podía atravesar el velo que ocultaba a estos asesinos, ese era él. Si fracasaba, estaba acabado. Y probablemente muerto, además.

El líder asesino pareció llegar a la misma conclusión, ya que se movió del centro de la habitación hacia la pared del fondo donde se encontraba el sofá. El otro asesino le siguió con cuidado, poniendo sus pies por donde el líder había pasado antes.

Los instintos de autoconservación de la mente de Benito exigían que hiciera un último esfuerzo para llamar la atención sobre sí mismo, sin reparar en las pocas probabilidades que tenía, pero el Giovanni los

ignoró; estaba demasiado fascinado con las poderosas fuerzas que estaban en liza: los sentidos aguzados de Michael Giovanni contra el velo de ocultación tendido sobre la zona por los asesinos.

Los asesinos ganaron fácilmente; aunque el primo de Benito parecía inquieto, sus poderes eran muy débiles.

La intensa mirada de Michael Giovanni se paseó por el escritorio un instante más, y dijo:

–Aquí no hay nadie.

Benito vio como los guardias relajaron sus armas. Pero antes de que la tensión desapareciera de sus cuerpos, volvieron a alertarse, ya que Michael –con sus ojos como hendiduras ardientes para iluminar las sombras más oscuras– seguía con una lenta inspección de la habitación.

–Hay algo... –murmuró.

Cuando la cautelosa mirada de Michael pasó sobre Benito, el Giovanni cautivo cedió ante sus instintos de autoconservación y luchó por zafarse dando coces y retorciéndose con tanta energía como antes. Pero el asesino le ahogó y le sujetó con más fuerza, y en ese instante, Benito comprendió que estaba perdido. Ante tanto poder, casi cualquier Vástago lo estaría, y Benito decidió que no merecía la pena tratar de evitar una muerte a manos de alguien tan poderoso como el Vástago que le retenía. Sería como una gacela recién nacida esperando vivir a pesar del ataque decidido de un leopardo sano.

Finalmente, Michael se detuvo y dijo:

–La maldita alarma me está distrayendo.

El Giovanni hizo un movimiento fulminante ante su garganta mientras miraba en el vestíbulo que había fuera de la puerta de la oficina. Unos pocos segundos después, Michael se relajó. Benito se dio cuenta que, aunque la alarma era silenciosa para la mayoría, lo era sólo para aquellos que poseían sentidos tan ordinarios como los suyos, mientras que Michael debía escucharla desde su habitación. Benito se preguntó si los asesinos la escuchaban, y supuso que debían hacerlo.

Entonces Michael volvió a dirigir un cabeza hacia el techo.

–Dije que la apagaras –gritó enojado a través de la puerta abierta de la oficina–. No juegues conmigo ahora, Daniel.

Una voz llegó del vestíbulo.

–No la volví a activar, señor. El diagrama indica que la alarma fue activada de nuevo desde la oficina del Sr. Giovanni.

Al instante, los guardias de seguridad se prepararon una vez más. Benito incluso creyó que los asesinos parecían preocupados por las noticias. Benito estaba confundido.

Sólo Michael parecía imperturbable, y habló hacia el escritorio.

–Espíritu, deja de molestar. Benito nunca me ha confirmado tu existencia, pero siempre he sabido que debes de estar aquí. Deja de jugar, o tu amo, que será informado de tu descaro, no tendrá motivos para tener piedad de ti.

Una pausa, después los ojos de Michael miraron hacia el techo y otra vez al escritorio.

–Bien –dijo. Y después les dijo a sus hombres–: Encontrad a D. Benito. Incluso una falsa alarma como esta debe ser investigada minuciosamente.

Benito tembló furioso, indefenso y desesperado. Randall veía una oportunidad clara para librarse del servicio de Benito. No estaba haciendo nada contrario a las órdenes de Benito, y como a Benito le sujetaban la garganta, no podía pronunciar nuevas órdenes. Randall estaba protegido de las medidas que había preparado Benito para castigar al wraith. Si el Giovanni escapara de este apuro, Randall pagaría por esto; pero la traición en un momento crucial era el precio a pagar por obligar a que te ayuden espíritus de los muertos.

Cuando los guardias se dispersaron para investigar todos los rincones de la oficina y las demás habitaciones de la planta, los asesinos se deslizaron de la oficina al vestíbulo. Recorrieron el vestíbulo y pasaron junto a un trío de hombres inclinados sobre ordenadores y otros instrumentos. Después se dirigieron a las escaleras, a la primera planta, y finalmente fuera del edificio.

Flotando invisible entre tanta actividad, Benito se sintió como una sombra pasando de la vida a la muerte. Quizá Benito sólo pudiera vengarse de Randall como espíritu.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 22:22 H
MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

Victoria sonrió mientras cerraba la puerta del Paraíso detrás de ella. El presagio siniestro del Décimo Mandamiento pasó al olvido al ver su fiesta. Era gloriosa.

Desde su posición ligeramente elevada sobre los pocos escalones que había en el lado de la galería de las puertas del Paraíso y del Infierno, Victoria admiró las vistas de su fiesta. Estatuas y esculturas tan grotescas que su conjunto hacía que la galería pareciera la guarida de un rey loco y decadente. Vampiros vestidos con harapos. Vampiros vestidos con gusto y atuendos caros. Siervos portando bandejas de copas finas llenas hasta el borde con deliciosa sangre rubí.

Todo esto se encontraba en medio de un auténtico laberinto construido con paneles del mismo cristal opaco y a prueba de golpes empleado en las ventanas exteriores del Museo. Las secciones de cristal de 2,5 m de alto y 3 de largo dividían la galería como serpientes tortuosas. Había largos tramos interrumpidos únicamente por una estrecha puerta. Había numerosas secciones quebradas que creaban un laberinto capaz de ocultar a una persona, independientemente desde dónde se le intentara ver. Salvo que alguien tuviera lentes como las de los anteojos de Victoria.

Todo esto aparecía ante Victoria, y por un instante la escena pareció una danza coreografiada. Con la llegada de Victoria, no obstante, se acababa el ensayo, y estas criaturas oscuras y peligrosas en medio del decorado gótico y terrible comenzarían a jugar en serio. O al menos deberían hacerlo, ya que Victoria no jugaba de otra manera, especialmente esta noche, en la que los auspicios eran adecuados y planeaba una osada maniobra para catapultarse al Principado de Atlanta. La ambición secundaria de convertirse en un personaje importante en esta ciudad –convirtiéndose en parte

integrante de la nueva estructura – quedaba en un segundo plano ahora que había hecho su entrada a través del Paraíso. Era un ángel aceptando su caída para poder gobernar a esta chusma.

La población de Vástagos en Atlanta seguía muy mermada con respecto a los niveles previos a la Maldición de la Sangre, pero la docena aproximada que esperaba Victoria parecía una cantidad apropiada. Incluso la única Caitiff que Victoria veía iba bien vestida, aunque como muchos otros Vástagos, Victoria albergaba temores inciertos acerca de estos vampiros sin clan. A menudo esta nueva raza de Caitiff no carecía de un clan por la razón habitual (un sire desaparecido o muerto que en otras circunstancias pudiera haber reclamado al chiquillo), sino porque estaban alejados demasiadas generaciones de la fuente de su poder vampírico y su sangre estaba demasiado diluida para soportar el tipo de diferenciación y poder que proporcionaba una identidad de un clan.

El Tiempo de la Sangre Diluida era un nombre que había escuchado Victoria para definir a la reciente proliferación de Caitiff. Pero esta –Victoria creía que se llamaba Stella– demostraba algo de clase. Era una pequeña elegante y hacía poco por ostentar sus atributos femeninos, lo que para Victoria quería decir que Stella carecía de voluptuosidad, pero la Caitiff llevaba puesto un esmoquin que otorgaba a su pequeño cuerpo y a su pelo corto un cierto encanto y atractivo sexual. Victoria decidió vigilarla.

Así eran los Vástagos que poblaban la cuarta planta del Museo de Arte. De repente, la sala parecía más grande ahora que la gente la ocupaba, ya que contrastaban con los techos abovedados y con las a veces enormes esculturas diseminadas por la sala.

La sala era lo bastante grande para justificar el uso de los anteojos de ópera que Victoria llevaba en un bolsillo cosido a su atuendo pseudo-heleno. Todavía no utilizaba las lentes especiales de esos anteojos, pero sabía que habría más Vástagos presentes de los que podía ver en ese momento, y que alguno se escondería en las celdas de cristal.

Estas celdas permitirían a los Vástagos tener cierta sensación de intimidad, ya que se imaginarían a salvo de las miradas para intercambiar unas palabras con amigos o enemigos. Y así estarían

protegidos de todo el mundo menos de Victoria, que leía los labios maravillosamente.

También colocadas en algunos de estos nichos se encontraban las esculturas que eran la atracción artística de la noche. Ninguna fiesta Toreador era posible sin tales presunciones, y Victoria era lo bastante mundana como para comprender que parte de ella era mera afectación. Pero ya fuera por la diversidad de su sangre de Vástago o por un reconocimiento construido a lo largo de siglos de contemplar cambios que la hacían sentirse de esa manera, Victoria sentía un auténtico respeto por esta forma artística. Cada pieza fundida en bronce o tallada en mármol o granito era tan eterna y duradera como los Vástagos, aunque los gestos breves y los instantes fugaces capturados en las obras eran arquetípicamente mortales.

Para los invitados que no podían apreciar la obra, al menos las esculturas proporcionaban algo parecido a una excusa para entablar una conversación sobre otros asuntos totalmente diferentes.

Cuando Victoria miró a través de la sala, una figura encapuchada alzó su copa de champaña en un brindis solitario en honor a ella. La Toreador supo que debía de ser Rolph, un miembro desgraciado aunque de corazón noble del terriblemente desfigurado clan Nosferatu, que evidentemente había aceptado la invitación de Victoria. Victoria se arrepintió de la invitación durante un instante, porque como la mayoría de los Toreador prefería la belleza, y el horrible Nosferatu no pasaba la prueba. Pero quería a los Nosferatu en su bloque de poder, y en lo que a aliados políticos se refiere, los Nosferatu, los recopiladores de información estaban entre los mejores amigos posibles.

La túnica que llevaba Rolph estaba lejos de ser suntuosa, pero Victoria esperaba que, como mínimo, no oliera a las alcantarillas y subterráneos que frecuentaban los Nosferatu. Eso era bastante consuelo para Victoria; no podía esperar más.

Le devolvió un gesto con la cabeza aceptando su agradecimiento. No podía ver su rostro dentro de los oscuros pliegues de la capucha de Rolph, pero se le imaginó sonriendo antes de libar un pequeño sorbo de la sangre fresca que empapaba espesamente la copa de cristal.

—¿Mi señora?

Victoria cogió una copa distraídamente de una bandeja que ofrecía un criado. Se volvió para devolver el brindis a Rolph, pero había desaparecido. A los Nosferatu se les daba bien eso. Eran maestros en moverse de manera invisible. Su horrible fealdad lo exigía, ya que, si no, su mera presencia destrozaría la Mascarada.

Victoria hizo otro rápido barrido por la sala. Vio a Cyndy tratando de insinuarle cerca de Javic, un Gangrel nuevo en Atlanta que había solicitado y recibido permiso del Príncipe Benison para morar en la ciudad. Javic era esclavo, y Victoria sabía que su historia incluía algunos de los acontecimientos recientes en Bosnia, pero no sabía si este Vástago había estado en el bando ganador o perdedor, o si era mortal o inmortal en aquella época.

Se movía con la suficiente seguridad en sí mismo, luego quizá fuera un antiguo. Eso y su aspecto robusto y moreno era lo que había puesto a Cyndy tras su pista, supuso Victoria. Eso y el misterio que le rodeaba, ya que prácticamente era un extraño. Como muchos Gangrel, o eso creía Victoria, Javic parecía preferir su propia compañía a la de casi todos los demás, y no se esforzaba por entretener a Cyndy. Victoria ni siquiera sabía con seguridad donde vivía, aunque Atlanta tenía suficientes parques para albergar a una manada de Gangrel dentro o fuera de la ciudad.

Cyndy se dio cuenta que Victoria la observaba y que también miraba a Javic. Hizo un gesto de rechazo hacia Victoria y trató de situarse entre el esclavo y su anfitriona. Todo lo que consiguió, sin embargo, es atraer la atención de Javic hacia Victoria.

El Toreador permitió que una sonrisa tímida pero prolongada moviera sus labios. La expresión de Javic no cambió, pero el que hubiera mantenido la mirada durante más tiempo del imprescindible era tan bueno como una sonrisa de respuesta. Además, puso furiosa a Cyndy, que trató de tomar a Javic del brazo y llevarsele a otra parte. Pero eso fue demasiado para el Gangrel, que se la sacudió de encima con tanta rapidez y habilidad que casi la tira. En realidad, lo habría hecho, pero Javic se recuperó antes que ella y la salvó de una vergonzosa caída. Sin embargo, su ayuda fue mecánica y no tenía nada de la intimidad que Cyndy pudiera pasar toda una larga noche

tratando de engendrar.

Victoria advirtió que Leopold se introducía en los confines ocultos de un nicho cercano que contenía una ampliación en bronce del *Satán* de Jean-Jacques Feuchere, que Victoria había conseguido que le prestara un museo de Los Angeles. Pensó en no devolverla, pero no tenía claro cuales podían ser las repercusiones. Posiblemente había alguna manera de que la gente adecuada del oeste olvidara que había sido prestada, o al menos a quién había sido prestada. Victoria observó con regocijo que Stella también caminaba en esa dirección. Estarían ocultos, pero Victoria sospechaba que no pasaría nada entre ellos que requiriera el uso de sus anteojos de ópera.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 22:31 H
MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

Leopold buscó el primer escondrijo que pudo encontrar, una decisión por la que se reprendió con arrepentimiento a sí mismo cuando se dio cuenta que debería haberse adentrado más en la sala y haberse alejado del grupo de Vástagos que estaban cerca de la entrada.

Pero estaba aturdido. Aguantar los lloriqueos y la actitud de Cyndy en el trayecto de ascensor desde el aparcamiento le había dejado así. Había llegado primero, y aunque Cyndy estaba a cierta distancia, el rudo ghoul que manejaba el ascensor se negó a llevar a Leopold para después volver a por Cyndy.

Si había un Treador que daba mala reputación al clan, esa era Cyndy. Una presumida, y lo que era peor, una farsante. Ella y sus detestables locales de striptease. No era de extrañar que Victoria ignorara a la chica.

Para hacer mayor su incomodidad, se vio empujado ante la presencia de Victoria Ash en cuanto salió del ascensor, de nuevo por orden del grosero ghoul. Cuando Leopold observó las reacciones de Cyndy, supo que Victoria debía haber estado ahí esperando a recibir a sus invitados. No estaba seguro porqué había pensado que estaba allí por otro motivo. Parecía que Victoria estaba por encima de la mayoría de sus invitados, así que ¿por qué no esperarlos más allá de la entrada?

El ghoul había insistido, sin embargo, y Leopold se vio obligado a encontrarse con ella con escasa preparación. Se sorprendió de haberse tranquilizado tan bien, pero aun así quería haberle dicho que la había esculpido. Que ella era la clave de las incógnitas que le acosaban. Pero habría sido ridículo, porque con toda probabilidad estaba ridículamente equivocado.

Leopold rezó por que Hannah tuviera algo que decirle. Temblaba al pensar en el extraño comportamiento de la Tremere la noche anterior, pero aún podía sentir su carne de alabastro bajo las yemas de sus dedos. Sospechaba que nunca podría volver a mirarla sin imaginar ese intercambio, pero quizá así fuera como ella lo quería. Las maquinaciones de los Vástagos le superaban, y le sucedía lo mismo con las de los Tremere, o al menos con las de esta Tremere.

Por suerte, no fue Cyndy la que le acorraló en un nicho del extraño cristal que creaba fronteras y muros por toda la cámara. Se trataba de Stella, una sin clan, una Caitiff, a quién Leopold habría dado la bienvenida si no hubiera preferido mantener su intimidad.

El Toreador había coincidido con Stella en tres ocasiones anteriores –una cifra alta para su cuota normal de relaciones con otros Vástagos. Leopold prefería pensar sólo en la última de las tres ocasiones, ya que las dos primeras habían sido horribles. A pesar de todo, cuando vio a la bella joven acercarse a él, sus pensamientos volvieron brevemente a todas las ocasiones anteriores.

La primera fue poco después del Abrazo, cuando un Anarquista cuyo sistema estaba hasta arriba de drogas y alcohol debía de haber olvidado que era Vástago, ya que había tratado de violar a Stella antes de Abrazarla por pura frustración.

El segundo encuentro había sido similar, aunque esta vez fue un

mortal el que había intentado tratarla mal. Por miedo había vuelto a comportarse como una mortal, y olvidó que ahora ella era la cazadora y el matón la presa. Sólo cuando Leopold se tropezó con el ataque durante uno de sus paseos por las estrechas calles perpendiculares a Ponce ella desató parte de su poder sobre el matón. El grito de Leopold la sacó del trance, y Stella dejó al tipo sin una gota de sangre. Después Leopold la ayudó a destruir el cuerpo, y por suerte resultó que nadie quiso encontrarlo.

La tercera vez había sido hacía solamente unos meses cuando los dos Vástagos descubrieron que ambos estaban asistiendo a un pase del clásico en blanco y negro "Metrópolis" en el cine Fabulous Fox, que estaba a unas pocas manzanas bajando por Peachtree desde el Museo. Leopold fue tanto para observar el interior del Fox como para ver la vieja película de ciencia-ficción. Las estrellas que parecían parpadear en el techo del teatro habrían sido más interesantes si Leopold no se hubiera pasado toda la vida bajo el cielo nocturno, pero los vistosos adornos del lugar –especialmente la sala de baile egipcia con su techo grabado con jeroglíficos– despertaron la imaginación de Leopold.

Leopold había visto antes a Stella, y se sentó lejos de ella durante la proyección –y casi se marcha– por que no quería ser un recordatorio de los encuentros previos. Sin embargo, después de la película, la Caitiff se había acercado a Leopold como si fuera un buen amigo, no sólo un salvador oportuno. Así que tras ver quién podía fingir mejor beber un expreso en una cafetería cercana, regresaron a la casa de Leopold y charlaron durante la mayor parte de la noche.

Leopold había tratado de esculpir la imagen de Stella, pero ella fue uno de sus muchos fracasos. Había sido comprensiva; pero más que eso, habría sido una modelo excelente, y es que Leopold sabía lo suficiente de la tragedia de su vida para añadir profundidad a cualquier obra para la que posase.

Stella era una mujer pequeña, quizá de 1,40 m de estatura. Con su pelo corto y bien peinado, era lo bastante mayor para parecer madura y para tener pequeñas arrugas alrededor de sus ojos, pero lo bastante joven para pasar por alguien que quizá no tuviera edad para beber. Como mortal no parecían pasar los años por ella, y ahora como

Vástago ya no pasaban.

A menos que los Caitiff no fueran como los demás Vástagos. Se decía que la sangre ahora estaba más diluida, pero un Vástago como Stella ya solía ser el nivel más bajo de vampiro. La sangre que su sire la había dado era demasiado débil como para transferir otra cosa que no fueran los adornos del vampirismo –la necesidad de sangre, la vulnerabilidad al sol, y poco más–. Sin embargo, no recibió ningún rasgo de su clan, y por lo tanto no tenía clan a menos que un primogénito la reclamara.

Leopold había pensado en presentar su caso ante Victoria, pero evitó hacerlo porque no quería que sus tratos con Victoria se centraran en otra mujer. Era una gilipollez. Lo sabía, pero eso no cambiaba su manera de actuar.

Pensó que Stella se merecía ser un Toreador porque veía el mundo a través de ojos de artista. Como mortal se había ganado a duras penas la vida como fotógrafa, y era un trabajo que mantenía, aunque ahora estaba especializada en fotografías nocturnas por razones ineludibles.

–Esperemos que esto equilibre las cosas –dijo Stella mientras se acercaba a Leopold.

–¿Qué quieres decir?

Stella hizo una mueca, los recuerdos también la herían, pero dijo:

–Dos malos encuentros y después uno bueno. Este será el segundo encuentro bueno, y todo quedará a la par.

–No esperes que el karma forme parte de la vida de un Vástago, Stella –rió el Toreador.

Estaba cerca, y Leopold la abrazó. Cuando devolvió afectuosamente su gesto de amistad, Leopold se reprendió por pensar tan mal de su falta de clan. Se admitió a sí mismo que era la clase de chica que le convendría si ambos estuvieran aún entre el Ganado y nunca hubieran estado expuestos a más cosas del mundo de las que deseaban saber.

La mueca de Stella permanecía intacta.

–No espero nada de la vida de los Vástagos, Leo. –Era la única persona que le llamaba así. La única que le había llamado así y que

no había sido corregida de inmediato. Era el nombre que había gritado esa noche en cuanto bebió hasta la última gota roja del hombre que la había atacado, y Leopold no quiso llamar su atención entonces. Por alguna razón, lo dejaba correr.

–Esperemos que se nos dé mejor que a este tipo, al menos

–dijo Leopold, señalando con su mano a la escultura de bronce de 75 cm del centro del nicho.

–Me imagino que se trata del diablo –dijo Stella–. Parece que esta noche todas las esculturas son bastante demoniacas.

–Como los invitados –sugirió Leopold–. Pero tienes razón. Esta obra se llama *Satán* y fue esculpida por un hombre llamado Feuchere. Mírale. –Leopold señaló al centro de la obra–. *Satán*, eso es –añadió.

Las alas de aspecto coriáceo de la estatua estaban parcialmente desplegadas y ocultaban el rostro de *Satán*. En esta región de sombras, el conjurador con garras y cuernos se sentaba con su mentón en una mano y su cabeza ladeada. Y aunque la representación era la de una bestia, las cualidades humanas de la figura eran patentes, y Stella sintió una marejada de compasión mientras miraba a ese rostro a petición de Leopold.

–Es la clase de obra que mi condición me permitiría realizar

–dijo melancólicamente Leopold.

Stella le miró con tristeza.

–¿Sigue impidiendo tu bloqueo que esculpas *Vástagos*? Lo siento, Leo.

Leopold se sintió tentado de contar a Stella su reciente éxito ya que el impulso por compartir la noticia con alguien cercano era grande. En cambio, permaneció tristemente en silencio, y dejó que ese silencio contara la mentira en su lugar.

Permanecieron callados durante un buen rato, y Stella aprovechó la oportunidad para examinar a *Satán* con más detenimiento.

–Puedes hacer obras al menos igual de buenas que esta –dijo finalmente.

Leopold asintió, aceptando amablemente su elogio. Entonces dijo:

–¿Has visto mi nueva escultura que se expone aquí esta noche?

Stella se animó, encantada de hacer avanzar la conversación y alejarla de pensamientos opresivos.

–No, no la he visto. Me sentiría honrada si me la mostraras.

Leopold tomó el brazo de Stella y se movió para salir del nicho. Entonces se detuvo y preguntó de repente:

–No has visto a Hannah esta noche, ¿verdad?

–¿La Tremere? –dijo Stella–. No. De hecho, y ahora que lo pienso, creo que no ha llegado ningún Tremere.

–¿Eso es raro?

–Oh, mucho –dijo ella–. Los Tremere son muy políticos, y no puedo imaginarme una reunión como esta en la que no envíen a alguien temprano para espiar a todos los demás. Los llamo tábanos, y eso es lo que debe ser Rolph para los Nosferatu.

Leopold no sabía esas cosas, pero confiaba en el conocimiento de Stella. Estaba trabajando duro para aprender los trucos de la sociedad de la Estirpe. Nada más la estaba beneficiando, y su buena disposición para enfrentarse a dichas situaciones sugerían a Leopold que encontraría una manera de superar su posición de sin clan, incluso si los supuestos amigos como él mismo seguían siendo unos gilipollas.

–¿Tienes que verla por alguna razón? –preguntó Stella–. Si es así, yo me andaré con ojo. Hace tratos duros y peligrosos. Al menos eso es lo que he oído.

Y entonces ambos escucharon algo más. Un alboroto en el exterior de la celda estaba atrayendo la atención de todos los Vástagos cercanos, y Leopold y Stella salieron a tiempo para contemplar una entrada real.

Stella quedó boquiabierta cuando miró a las figuras que entraban. Leopold, sin embargo, tenía otras cosas en su cabeza, y aún necesitaba un momento a solas.

–Te veré en mi escultura más tarde –susurró al oído de Stella–. Ella asintió levemente, luego al menos le había oído, aunque no estaba seguro de que le hubiera escuchado.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 22:33 H

MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

De pronto la atención de muchos de los invitados se vio atraída hacia el centro de la sala. Victoria agradeció que sucediera algo que centrara su atención, para no tener que quedarse más tiempo en la entrada o escoger su primera conversación. Si escogía mal, habría cambios de favoritismos. El destino había intervenido, y cualquier expectativa de sutileza social pasaría al olvido.

Se acercó al jaleo. Bebiendo un sorbo de su copa, Victoria sonrió a Clarice, una joven Ventrue que se encontraba al lado. La sangre empapó los labios de Victoria y se relamió cuidadosamente antes de decir:

–Algo interesante, espero.

Clarice fue cortés:

–Esta noche hay muchas cosas interesantes, Sra. Ash.

–Llámame Victoria –corrigió la Toreador–. Como Ventrue deberías aprender que la mayoría de los Vástagos prefieren títulos que se correspondan con su edad aparente, no con su edad real.

–Qué raro –admitió Clarice. Era una mujer alta y de fuerte constitución. Aunque no era ni mucho menos obesa, tenía una figura rotunda, aunque conservaba un grado de elegancia física que Victoria apreciaba porque esta mujer poco atractiva necesitaba algo para compensar sus deficiencias. El atuendo gris y conservador de Clarice no servía para aliviar su necesidad.

Victoria discrepó.

–En realidad no es tan extraño, si tienes en cuenta el instinto de la Mascarada que muchos Vástagos han acumulado durante varios siglos. Parece algo insignificante tal vez evitar una situación en la que un hombre mayor llama a uno más joven "Señor" cuando parecen ser de la misma posición social, pero supongo que te sería menos extraño si vivieras en un ambiente en el que la existencia de nuestra raza no estuviera tan olvidada o se pasara por alto como en estos días.

Clarice no tuvo manera de responder ante una afirmación que transmitía tanta autoridad. Ni al parecer estaba preparada para la extensión de la réplica. Sólo pudo salvar su orgullo Ventrue con una ocurrencia:

–En tu caso entiendo la salvedad, Victoria.

Y entonces llegaron al *Conde Ugolino y sus Hijos* de Jean-Baptiste Carpeaux. Además de Victoria y Clarice se había reunido un pequeño grupo de media docena de Vástagos. Entre ellos estaba un hombre alto y delgado, y Victoria supuso que era el Setita al que había invitado tras haber sido convencida para ello. Javic, aún sin librarse de Cyndy, se mantenía a distancia del resto del grupo, pero también le había atraído la curiosidad. Los otros tres Vástagos eran el Ventrue afroamericano Benjamin, que era íntimo amigo de Eleanor, la esposa del Príncipe, el único Brujah, Thelonious, y el centro de atención, el Vástago conocido únicamente como el General.

Era la segunda vez que Victoria veía a este último Vástago. Todo lo que sabía era de dominio público: era Malkavian, se despertó recientemente del Letargo, que naturalmente había pasado dentro de la Montaña de Piedra, un enorme pedazo de granito al este de Atlanta, y el Gangrel llamado Dusty le había visto salir de la montaña.

Hace años, o eso le habían contado a Victoria, Benison se había mostrado relativamente remiso a aceptar nuevos Vástagos en Atlanta. La destrucción provocada por la Maldición de la Sangre cambió eso, y de hecho la mayoría de los Vástagos asistentes hasta ese momento de la noche eran nuevos en la ciudad, incluyendo a la propia Victoria, o incluso estaban recién Abrazados. El General también formaba parte de ese grupo, pero Benison indudablemente le habría concedido permiso para quedarse a pesar de todo, ya que el Príncipe también era Malkavian.

Aquellos Vástagos siempre estaban locos de alguna manera, aunque como muchos dementes podían parecer cuerdos. Algunos, como el profeta de la Gehena llamado Anatole, no ocultaban su locura tras ninguna fachada, y él y otros Malkavian afirmaban que su locura procedía de contemplar la verdad pasada por alto por otros Vástagos que aún vivían en el mundo del Ganado. En lo esencial, los Malkavian como Anatole insistían que había una Mascarada por encima de la

que los Vástagos mantenían sobre el Ganado. Con su miedo saludable hacia los poderes invisibles, Victoria aceptaba esta locura de los Malkavian como sabiduría. La mayoría de los demás no lo hacían.

Como los Malkavian la intrigaban tanto, Victoria se había asegurado de que el General recibiera una invitación para esta fiesta. Estaba encantada de que hubiera asistido. Auténticamente encantada. A diferencia de algunos Vástagos que despiertan del Letargo –el sueño profundo en el que cae un Vástago y que puede durar un siglo– y especialmente los que se despiertan ahora, dado que los últimos cien o cincuenta o incluso veinte años habían traído muchos cambios al mundo, el General parecía cómodo con el nuevo mundo y tardó poco tiempo en adaptarse. O eso, o era lo bastante poderoso para superar un déficit de conocimiento.

Victoria y los otros reunidos observaron al Malkavian con interés. Con su ropa tirada por el suelo y ya desnudo, el General trepó al podio que sujetaba la gran obra de Carpeaux. Su cuerpo desnudo y musculoso era atractivo, y aunque contaba con un gran físico, Victoria no vio nada que la deslumbrara especialmente. Sus encantos funcionaban mejor cuando los hombres eran más impresionantes que este.

El General se agachó a los pies del Conde Ugolino, donde realizó unas cuantas *tetes d'expression* grotescamente inadecuadas junto a los cuatro hijos desnudos del Conde que se agachaban, reclinaban o se desmayaban a sus pies. Su expresión de felicidad cómica hizo estremecerse a Victoria, ya que el hijo que estaba más cerca de su posición tenía el rostro de escayola marcado por el miedo o incluso por el terror. Completando las *tetes d'expression*, los otros hijos mostraban otras emociones, ninguna de ellas alegre, ya que el Conde estaba a punto de devorarlos. El propio Conde se sentaba sobre sus hijos, pero su fuerte cuerpo estaba jorobado y su rostro deformado por la locura, y se arañaba el rostro con dedos arqueados como garras.

El General tenía el pelo igual de revuelto que cuando se había presentado por vez primera ante el Príncipe y el consejo de primogénitos, aunque ya no llevaba el uniforme de soldado

confederado que afirmaba haber robado de las estanterías de una tienda de recuerdos del Parque de la Montaña de Piedra, pero que el Príncipe entendió como un signo de que el General había luchado en su bando y quizá a su lado en la Guerra de la Agresión del Norte. En aquel tiempo, el recién llegado se presentó a sí mismo únicamente como el General, lo que hizo que todo el mundo se preguntara si había sido uno, aunque Benison no le reconoció. Se negó a responder la mayoría de las preguntas que se le plantearon, y cuando el primogénito Brujah Thelonious exigió mejores respuestas, el General se arrancó con indiferencia la lengua de su propia boca y la puso sobre la mesa ante los perplejos miembros del consejo.

Benison se rió y concedió al General permiso para quedarse. Si Benison necesitaba alguna razón, bastaba *con* el insulto hacia su enemigo eterno Brujah.

Con su lengua supuestamente en su sitio tras volverle a crecer, el General ahora trepaba para sentarse junto al Conde, con los carrillos de su culo apretados sobre el rostro del hijo temeroso del que se había burlado un instante antes. El Malkavian se encontraba en mucho mejor estado que meses atrás. De hecho, su esqueleto anteriormente desgastado se estremecía con músculos que le hacían parecer un gemelo del Conde de escayola. Y mientras observaba los espectadores Vástagos, el General se hizo uno literalmente con el Conde Ugolino. De la misma manera que algunos Vástagos tenían la capacidad de hundirse en la tierra –y era evidente que el General poseía esa habilidad, si había dormido en el interior de la Montaña de Piedra durante los más de ciento treinta años que habían pasado desde la Guerra Civil– el General se volvió incorpóreo o se armonizó de alguna manera con la estructura de la escayola, y se deslizó dentro del Conde. Mientras tenía lugar esta transición, la expresión de locura del Conde cambió lentamente hasta la radiante alegría preferida por el General.

Victoria trató de extraer algún significado de ese gesto potencialmente profundo, caprichoso y ridículo del General. Miró a su alrededor y los demás también parecieron perdidos. Todos salvo Javic, que se alejó de la escena moviendo la Cabeza. Podía haber estado rechazando el acto como ridículo, pero algo en su rechazo

formal indicó a Victoria que sabía algo más. El enfado de Javic hacia Cyndy volvió a vencerle, y soltó a la Toreador de su brazo con un rápido tirón que mandó a Cyndy al suelo. Esta vez no la cogió. Victoria se habría reído en voz alta y habría aprovechado su ventana sobre la joven Toreador, pero no quería transformar a Cyndy de una enemiga pasiva a otra decidida. Un Príncipe necesitaba amigos, que era exactamente lo que le faltaba a Benison.

El único Brujah presente, y probablemente uno de los sólo dos que asistirían esa noche, era Thelonious. Parecía algo irritado por la actuación del General, aunque quizá sólo se oponía al propio General. Victoria encontró eso divertido, ya que los Brujah habitualmente estaban a favor de cualquier clase de trastorno, especialmente si pudiera ofender a otros. Pero Thelonious era un Brujah atípico, lo que quizá explicaba por qué en tiempos había sido el único Brujah al que el Príncipe Benison reconocía como miembro oficial de los Vástagos de Atlanta. Eso, o que habría parecido indecoroso no tener al menos un Primogénito Brujah. Los Brujah simbolizaban el movimiento Anarquista entre los Vástagos de la Camarilla. Eran los rebeldes que querían acabar con el control conservador, habitualmente Ventrue, de la organización, y se vestían como los rebeldes –con atuendos que les permiten diferenciarse de aquellos a los que se oponen.

Una de las razones por las que Thelonious era tan atípico era por su vestimenta conservadora. Le gustaban los trajes modernos y las pequeñas gafas redondas. Era un hombre negro joven, con una imagen blanda para ser un guerrero Brujah, pero Victoria había oído historias acerca de cómo este hombre había luchado con Benison, y sabía que no debían engañarle los enormes ojos de cierva que parecían hacer patente un corazón compasivo y sumiso.

Esta noche, sin embargo, Thelonious iba arreglado con un atuendo tradicional africano. La túnica suelta era naranja brillante con vivas franjas de rosa, amarillo y verde arremolinadas a su alrededor. Llevaba un pequeño sombrero redondo en su cabeza, y esta noche desdeñó el uso de sus habituales gafas. Volviendo a esa circunstancia, Victoria se dio cuenta que era lo primero que había advertido, porque sin las gafas magnificando la expresión dulce de sus ojos, Thelonious parecía de repente capaz de mirar ferozmente. Era

una de esas miradas de desaprobación intensa la que ahora dedicaba al General.

Benjamin parecía muy confuso y angustiado por la exhibición del General. Victoria pensó que Benjamin era un hombre muy atractivo. De hecho, podía haber sido la imagen perfecta del afroamericano de éxito, y por eso a Victoria le sorprendía que Benison le hubiera aceptado en Atlanta, aun siendo supuestamente un viejo conocido de la esposa del Príncipe, Eleanor. ¿A quién podía odiar el Príncipe más que a un hombre (o vampiro) negro de éxito? Lo cierto es que Benjamin era el chiquillo de Eleanor, y Benison no lo sabía. Al menos, todavía no. La entrada de Victoria en el Paraíso exigía que el Príncipe estuviera al tanto de la verdad. Había que dar gracias al Cielo, por decirlo de alguna manera, por la asombrosa habilidad de Hannah a la hora de deducir, o averiguar de algún modo, el sire de un Vástago determinado.

Como Javic, los dos hombres negros también se apartaron, pero lo hicieron juntos. Victoria sonrió. Era especialmente importante que estos dos hablaran entre sí. Su plan exigía una alianza afroamericana, e iría mejor si estos dos empezaban antes de que Julius llegara para proporcionar el último impulso.

La escena pasó a toda velocidad por su imaginación. Benison matando a Eleanor, Eleanor matando a Benjamin, Julius matando a Benison. Si Benison pudiera llevarse consigo a Thelonious, tanto mejor. Sonrió ante esos pensamientos.

Detrás de ella, Clarice se estremeció y dijo:

–Es horrible. Esos niños parecen tan desgraciados y ahora... esa sonrisa.

Victoria volvió a echar un vistazo a la escultura. Parecía como si el General fuese a quedarse dentro del Conde. Si así era, tenía que recordar que estaba ahí, porque no sería bueno que revelara accidentalmente alguna de sus conjuras ante la presencia de algún Vástago. La sonrisa demoniaca hacia los niños de escayola era desconcertante, pero más lo era esta noche, lo que era perfecto para Victoria. Un poco de tensión nerviosa ayudaría a llevar a ebullición su olla posteriormente. Además, Victoria creyó que esta fiesta era una oportunidad para revelar a todo el mundo que no tenía miedo de nada.

¿Esperaban cuadros impresionistas o desnudos clásicos? Todas las obras expuestas aludían a una historia terrible, ya fuera la caída de Satán, el festín de niños del cruel Conde o el asesinato de Abel a manos de Caín.

–Quizá el General sólo está exhibiendo su propio arte para nuestro entretenimiento –respondió Victoria a Clarice– su propia interpretación de la situación difícil del Conde.

–¿Del Conde?

–Vamos, Clarice. Seguramente conozcas la obra de Dante.

–¿Ese libro acerca del Infierno? –sonrió la Ventrue.

–Sí –suspiró Victoria–. El Conde Ugolino y sus hijos fueron encarcelados en una torre para morir de hambre, y, para salvarse, el Conde devoró a sus hijos.

Clarice se estremeció, y Victoria supo que esta gran mujer le gustaba muy poco. Las obras expuestas separaban el trigo de la cizaña, y Clarice se había quedado en el cedazo.

El Setita era trigo, porque cuando Victoria le miró vio una fina sonrisa dividir su rostro. Él también advirtió el estremecimiento de Clarice, y eso fue lo que al parecer le divirtió. Después, sus ojos se clavaron en los de Victoria, y ambos se miraron un instante. Victoria se alegró de repente de que Rolph le hubiera dicho que el Setita estaría visitando la ciudad. Sonrió con coquetería al hombre alto, erguido y delgado. A eso, la sonrisa del hombre creció imposiblemente, como si su rostro se pudiera dividir como el de una serpiente.

Entonces Clarice volvió a hablar con Victoria, y el intercambio de miradas acabó.

–¿De verdad se comió a sus hijos? –preguntó nerviosa.

A Victoria le molestaba este parloteo incesante.

–Sí –respondió con firmeza–. Igual que los Vástagos nos comemos a los niños mortales. ¿No son estimulantes y atractivos los paralelismos entre el arte y la realidad? –Dicho esto Victoria se alejó con resolución.

Barrió la sala con su mirada para volver a encontrar al Setita, pero estaba oculto en algún lugar. Victoria se ajustó el broche del hombro derecho que era todo lo que sujetaba la toga griega sobre su cuerpo. Y después buscó en el bolsillo de su atuendo sus anteojos de

ópera. No sólo era el momento de buscar al Setita, sino de ver qué se estaba perdiendo. Especialmente la conversación entre Thelonious y Benjamin Brown.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 22:51 H
MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

Victoria fue la última en alejarse del *Conde Ugolino y Sus Hijos*. Era de suponer que el General seguía dentro de la estatua, porque se mantenía la nueva expresión de placer. Volvió a mirar ese rostro y buscó una vez más un significado en él. ¿Era otro mensaje relacionado con su misión de esta noche? Al final, lo aceptó simplemente como el medio por el que se reunieron dos integrantes de su esperado trío, no como indicio de que alguno de esos hombres fuera a ser capaz de ocultar sus intenciones.

Le complacía descubrir a los dos hombres negros –un Brujah, del clan de los rebeldes, y un Ventrue, perteneciente al clan de los aristócratas, normalmente una mezcla volátil aunque provocada por el desprecio mutuo hacia el Príncipe Benison – meditando acerca de las implicaciones de la loca exhibición del General.

Vio a los dos hombres gracias a sus anteojos de ópera desde un lugar resguardado. El alejamiento del General y el trastorno que la exhibición del Malkavian había causado le concedió el tiempo y la cobertura suficiente a Victoria para deslizarse en un cubículo especial que había preparado durante en montaje de todo. Era una área pequeña de metro y medio por metro y medio, y quizá dos metros y medio de altura, que estaba rodeada por el cristal opaco empleado por toda la cámara mayor. Se entraba de manera rápida y fácil a través de uno de los paneles de cristal que hacía también de puerta corredera.

El detalle más importante en potencia era la trampilla en el suelo.

Esperaba usar el interior del cubículo para observar con seguridad a los que estaban fuera de él, pero si temía ser descubierta, Victoria podía deslizarse a través del suelo y cerrar la trampilla desde debajo.

Ya dentro del área pequeña pero amplia, Victoria podía usar con entera libertad sus anteojos especiales para atravesar el cristal y ver a cualquiera que asistiera a la fiesta y que no hubiera tomado precauciones para permanecer invisible. En ese aspecto, Victoria estaba especialmente atenta a Rolph, ya que Rolph era considerado un maestro de su arte incluso entre los Nosferatu. Victoria intentó vigilar a Rolph, pero sin esperar ver nada interesante, sino para deducir sus acciones por medio de su omisión física. O sea, cuando desapareciera, era posible que siguiera en la fiesta, pero atendiendo a sus objetivos o a los de su clan de manera más disimulada.

Por el momento, no obstante, a Victoria sólo le preocupaban Thelonious y Benjamin. Estos dos hombres, junto con el Arconte Brujah Julius, figuraban a fondo en sus planes. La túnica naranja que llevaba Thelonious fue el primer objeto en aparecer a la vista en los anteojos de la Toreador, y ajustó el zoom y el enfoque para poder ver claramente los lados de las caras de ambos hombres. La lectura de labios era difícil, Benjamin estaba diciendo:

–Quizá sea esa túnica que llevas, Thelonious. Saca el chamán que hay en ti.

–Entonces, si vistiera mi traje de ejecutivo ¿no trataría de encontrar mensajes en la extraña exhibición del General?

Los dos hombres se miraron con cautela, y con una pizca de amenaza. No era de extrañar, ya que ambos creían que el otro había supuesto hasta hace poco una amenaza. Pero Victoria sabía que hablarían a pesar de los mensajes falsos que ella había enviado, especialmente dado que esas amenazas llegaron la noche antes de que el Elíseo presentara la oportunidad de informarse o de hacer frente a dichas amenazas.

Benjamin se encogió de hombros y dijo:

–Puede. Puede que no. El comportamiento del loco no son más que las sensibilidades distorsionadas de un Malkavian expresadas en público para nuestro entretenimiento.

Thelonious movió la cabeza.

–¿Es eso? ¿Por qué querría entretenernos?

–Esto es una fiesta.

–Eso no le importa a un Malkavian. Puede haber una fiesta en este mundo, pero no en los oscuros interiores de su confusa mente. No, signifique algo o no para nosotros su actuación, te aseguro que significa algo para el General.

Victoria se fue frustrando con esta charla sin importancia. O los dos hombres se conocían mejor de lo que creía Victoria –y eso contribuiría a avanzar sus planes, luego no la preocupaba– o estaban escenificando la charla. Actuando para pasar mensajes reales en código, quizá. No parecía que fuera así, y tras abrir el ángulo que le proporcionaban sus anteojos para que pudiera leer su lenguaje corporal además de sus labios, Victoria decidió que ambos estaban deseosos de comenzar una charla formal, pero ninguno tenía claro cómo recibiría el otro una exposición franca.

Victoria articuló con sus labios las palabras que esperaba que diría Benjamin. Y o sus poderes habían crecido más de lo que imaginaba que fuera posible o Benjamin se lanzó por su cuenta, porque el Ventrue miró alrededor de ellos y se llevó a Thelonious a un lugar más recóndito del nicho formado por los paneles de cristal.

El Brujah entornó sus ojos con ferocidad hacia el Ventrue, pero aceptó la invitación y también dijo algo que Victoria se perdió. Hizo zoom rápidamente sobre la pareja hasta que sólo aparecían sus cabezas en la lente de aumento de los anteojos. Captó algo más de la conversación.

–Me sorprende que hayas venido esta noche, Thelonious –dijo Benjamin.

El apacible rostro del Brujah se volvió algo más hostil y se preparó para ladrar algo, pero el Ventrue le interrumpió.

–Evidentemente, no tienes miedo del Príncipe. Si yo quisiera insultarte, no lo haría tan toscamente. No soy un soldado confederado de varios siglos de edad. –No era necesario, pero Benjamin enfatizó su obvia referencia inclinando la cabeza y enarcando una ceja. Tanto Thelonious como Victoria entendieron que se refería a Benison, no al General.

Los rasgos de Thelonious se volvieron a relajar, y el Brujah

sonrió, aunque sólo brevemente. En su cubículo a cierta distancia. Victoria sonreía mientras seguía escuchando a escondidas. La auténtica conversación estaba comenzando.

–No respondo al chantaje –continuó Benjamin.

Thelonious ladeó la cabeza ante esto. Le había cogido con la guardia baja, pero respondió con brusquedad:

–Ni yo tampoco.

Le tocaba desconcertarse a Benjamin.

Esto era muy divertido y revelador para Victoria, ya que conocía la base sobre la que hablaban ambos hombres. Si todo iba según lo planeado, estos dos serían sus otros rivales en Atlanta, y cualquier pista acerca de sus métodos era un beneficio para su futuro.

–¿Esperas que otros cedan ante esas tácticas de fuerza? –dijo el Ventrue–. Debo decir que me siento decepcionado, Thelonious. Pensaba que no eras el típico Brujah.

–¿El típico Brujah? –rió entre dientes Thelonious– "El típico Brujah". Qué típico de los Ventrue.

–No obstante, tus tácticas me siguen molestando.

–Nuestra diferencia, entonces, es que tus tácticas no me sorprenden –dijo el Brujah.

Benjamin apretó sus dientes y dijo:

–¿Tiene algo de raro usar la protección del Elíseo para encontrarse contigo? El Elíseo puede ser una idea concebida por y para antiguos más que para Anarquistas, pero tu presencia aquí esta noche, a pesar de las tentativas del Príncipe en tu contra, revela tu fe en esta norma.

–El Elíseo no tiene nada de malo. La integridad de tu ofrecimiento, por otra parte, es cuestionable.

–¿Mi ofrecimiento? ¿Así es como quieres ver el asunto? Tu carta no me proporcionó ningún indicio...

–¿Mi carta? –interrumpió Thelonious.

–Sí, tu car...

Thelonious volvió a interrumpir.

–Querrás decir tu...

–¡Deja de interrumpirme! –siseó Benjamin. Pero se recuperó al entender las palabras de Thelonious.

–¿La..

Y al mismo tiempo, el Ventrue y el Brujah apartaron su mirada de ellos mismos y miraron a su alrededor, y hacia el extremo abierto de la celda. Victoria pensó que podían ser hermanos, porque estaban actuando de manera parecida. No sabía con seguridad si eso la beneficiaba o no. Siguió contemplándoles, a salvo de sus terribles miradas. O eso esperaba. Y eso parecía.

Volvieron a evaluarse el uno al otro cuando se cruzaron sus miradas.

–Entiendo que no envías... –dijo Thelonious.

–No, ¿y tú tampoco?

–Entonces, ¿quién? –preguntó el Brujah.

–No lo sé –admitió el Ventrue–. Ni tampoco sé si esta estrategia pretende unirnos o separarnos.

–Separarnos, supongo. –Thelonious parecía confuso.

–¿En la víspera de un acontecimiento en el Elíseo... –señaló Benjamin–... donde podríamos tener una discusión y una revelación como la que estamos teniendo ahora?

Victoria sonrió con aprecio. Quizá Benjamin fuera el pensador.

Thelonious asintió con la cabeza su conformidad.

De repente, un grito sofocado surgió de todos los Vástagos que estaban cerca de la entrada de la cámara de la fiesta, y en un acto reflejo Victoria se volvió hacia allí. Las grandes puertas del Cielo y el Infierno se estaban abriendo simultáneamente. Tal era el clamor causado por las cuatro enormes puertas abriéndose a la vez que todo el que estaba cerca de la entrada se giró para contemplar en origen del alboroto.

TERCERA PARTE:

«EL OJO»

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 23:12 H
MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

Iluminada desde detrás por la luz de la cámara exterior, que eclipsaba a la luz difusa emitida por los focos centrados en las esculturas, la figura en las puertas abiertas talladas por Rodin tenía la silueta de una mujer, o al menos era una persona delgada con una melena a capas y con un magnífico vestido de aros. El perfil del hombre iluminado por detrás mientras permanecía en el umbral abierto de los *Diez Mandamientos* debería haber quedado empequeñecido por la impresionante obra, y aunque el hombre no era ningún gigante y superaba en pocos centímetros el 1,80 de altura, J. Benison Hodge, el *Príncipe* J. Benison Hodge, proyectaba un aura tan poderosa que ninguna puerta podía abrumarle.

Victoria blasfemó. Unos pocos instantes más y podría haber averiguado más del comportamiento futuro de sus desprevenidos aliados. Al menos se aprovechó del alboroto para salir de su escondite y moverse hacia las puertas.

El efecto dramático de la llegada se transmitió entre los Vástagos reunidos. Mientras el Príncipe y su esposa avanzaban, Victoria vio que tenía que calmar el vértigo que cosquilleaba en su cabeza. Estos dos Vástagos eran presencias tan poderosas –el Príncipe poderoso e imponente, su esposa adorable y radiante, con algo más que su belleza física– que su esfuerzo por atenderles a ambos era imposible. Ambos reclamaban –no, merecían– toda su atención. Y aunque Victoria sabía que el instinto de deificarlos de esa manera era un efecto que creaban adrede con sus poderes vampíricos, era difícil resistirse.

Recuperándose finalmente durante un instante, miró a su alrededor y para su regocijo vio que estaba resistiendo mucho mejor que la mayoría. Clarice y Cyndy se mostraban especialmente

obsequiosas al casi arrojarse al suelo intentando mostrar el respeto y la reverencia adecuada hacia estos dos seres divinos. Otros, como Javic, Rolph e incluso Thelonious, mostraban el esfuerzo por resistirse. La más interesante para Victoria fue la respuesta del Setita. Parecía no parpadear ni temblar, y quizá se irguió para parecer aún más alto.

Cuando Eleanor se mostró totalmente deslizándose hacia la luz directa, Victoria se estremeció. A la Toreador no le gustaba admitir que contaba con un enemigo que estaba a la par, o incluso era superior. Quizá Eleanor no fuera tan bella como Victoria, pero la Toreador sabía que cualquiera de sus carencias físicas –y había pocas, ya que la mujer se cuidaba exquisitamente y contaba con cualidades que dejaban sin habla a los hombres, como su piel blanca como la leche, sus brillantes ojos verdes y sus altas y regias mejillas– quedaban más que compensadas con el control fenomenal sobre muchas de las disciplinas de poder de los Vástagos que Victoria también poseía.

Mientras que Victoria podía usar su belleza para cazar a los hombres más precavidos, Eleanor podía realzar su belleza para embelesar a hombres, o incluso a mujeres, que la consideraban su enemiga. De hecho, Victoria se preguntaba como era que ella permanecía a salvo de este efecto insidioso que había visto como infectaba a aquellos Vástagos cuyo odio hacia la esposa del Príncipe era sabido por Victoria.

Lo cierto era que nadie podía odiar al Príncipe sin despreciar también a Eleanor. Era su igual en la relación, y eso quería decir que gobernaba igualmente, aunque se sabía que el Príncipe tomaba decisiones precipitadas sobre las que se suponía que Eleanor no había tenido ni voz ni voto. Eran tan patentemente opuestos como perfectamente apropiados el uno para el otro. Él era un terrateniente norteamericano con ambiciones de realeza, y ella una noble con ambiciones de poder. Ambos habían alcanzado sus sueños, y ambos eran increíblemente poderosos.

Cuando el Príncipe penetró por completo en la luz, por contraste, no hubo ninguna revelación más allá de la que había comunicado la impresión de su silueta. Era corpulento, ancho de pecho y con brazos y piernas largos y fuertes, y llevaba barba que con su abundante

bigote y sus pobladas cejas tapaba su cara. Cuando la conversación se centraba en sí mismo era muy abierto, y de este modo Victoria había averiguado un tiempo atrás que fue Abrazado con unos treinta y cinco años, aunque las canas de su cabello, sus entradas y su cuerpo corpulento aunque algo más blando en la cintura revelaban a Victoria que debía haber sido dura su vida como soldado confederado en esos años.

No obstante, su rostro podía ser de lo más bondadoso. Cuando sonreía y tenía buen color en su cara, parecía Santa Claus antes de que la edad le hubiese traído el pelo blanco. Victoria dudaba que hubiera alguien presente que no hubiera visto al Príncipe arrebatado por su furia repentina. Victoria imaginó momentáneamente a un Benison enfurecido, pero la imagen era demasiado terrible, y por eso volvió a la bondad de la actual encarnación del hombre.

Mientras estos dos impresionantes individuos continuaban con su lenta entrada en la sala, un par de Caitiffs que Victoria apenas conocía como Grant y Dedos tuvieron la mala suerte de aparecer a través de la entrada aún abierta de *Las Puertas del Infierno*. Aunque los dos hombres parecían individuos fuertes y capaces, tenían un aspecto tan ordinario y débil ante la brillantez de sus Antiguos que su gesto intrigado resultó cómico.

Thelonious fue el primero en reír, aunque tal vez estuviera buscando una excusa legítima para avergonzar al Príncipe. Los ojos del Príncipe Benison se abrieron de par en par por la conmoción y el odio, y Victoria perdió el ánimo ante la misma transformación que había rechazado en su imaginación un instante antes. La colisión de la realidad y sus pensamientos hizo que la furia terrible del Príncipe fuera aún más espantosa.

El color desapareció del rostro de Benison, revelando un gran número de cicatrices en sus ojos y frente. Sus mejillas se desplomaron, sus ojos parecieron secarse en sus cuencas, y cerró con gran fuerza su mandíbula barbada. El efecto era el de ver a un hombre amable y humilde convertirse en algo más parecido a la verdadera existencia del Príncipe –algo que buscaba venganza desde más allá de la tumba.

–¡Cómo te atreves! –exclamó en voz alta. Una de sus enormes

manos se cerró en un puño similar a una maza que golpeó una vez, y después otra en la palma abierta de la otra mano—. ¡Te atreves a aparecer ante mí! –continuó. No era una pregunta, sino una afirmación, una declaración condenatoria.

A Victoria le encantó escucharla, puesto que significaba que el Príncipe estaba al límite esta noche, probablemente nervioso porque Julius estaría presente, y eso simplificaría su labor.

A pesar de sí mismo, Thelonious retrocedió ante el desafío. Se quedó helado como una presa condenada, y el rápido ataque verbal del Príncipe parecía el preludio cierto a la aniquilación.

Hasta que Victoria intervino. Se acercó a Benison y dijo:

–Gran Príncipe, por favor no olvidéis que la ley del Elíseo se aplica aquí porque así lo quisisteis.

Benison la miró frunciendo el ceño, y a Victoria tuvo que emplear hasta la última gota de voluntad más el refuerzo del deseo de ver sus planes realizados para resistir la presencia incendiaria del Príncipe.

–Revoco mi declaración –gruñó.

Victoria retrocedió medio paso. Necesitaba mantener la paz hasta que todos los elementos estuvieran presentes, y Julius, el enviado del Justicar, aún no había llegado. Por otra parte, no quería ponerse en medio de la furia del Príncipe, y no deseaba que pensara que tenía otros intereses diferentes a los de primogénito preocupado y anfitriona de la fiesta para que contuviera su mano.

Victoria miró a Eleanor en busca de ayuda, pero la supuesta esposa del Príncipe también tenía su mirada fulminante fija en Thelonious. No había alianza entre esta Ventrue –el primogénito Ventrue– y el primogénito Brujah. Algunos Vástagos decían que el odio de ella hacia su clan fue el que incitó los salvajes ataques de Benison.

Mientras la Toreador pensaba en lo que hacer a continuación, vio a los dos Caitiff rodear la escena y unirse al grupo de espectadores. Pudiera ser que el Príncipe no les hubiera visto antes y que no supiera donde podía vengarse de la risa de Thelonious.

Entonces Victoria se volvió a acercar al Príncipe y susurró para que sólo él y otros con capacidades auditivas extraordinarias pudieran oírla.

—Por favor, gran Príncipe, me preocupo por vuestra seguridad en esta noche que nos visita Julius, el arconte Brujah. Pero, por supuesto, sabéis mejor que yo como manejar estas situaciones políticas tan comprometidas.

Con más rapidez de lo que había imaginado que el Príncipe asimilaría sus palabras, su rostro se transformó de nuevo. La furia y el odio no se fundieron, sino que se evaporaron al instante, y el Príncipe tenía una expresión de magnanimidad. El aspecto era demasiado exagerado para ser real, y todo el mundo lo sabía. Dicha serenidad no le sentaba bien al rostro del Príncipe, y no era la primera vez que Victoria pensaba que debía estar loco de veras, que debía llevar las cicatrices del clan Malkavian, para cambiar su vestuario emocional de un modo tan rápido y fácil.

Entonces el Príncipe miró a Thelonious mientras sonreía más abiertamente. El Brujah retrocedió involuntariamente un paso y Victoria le vio estremecerse. *Benison debe haber puesto una maldición en esa mirada*, pensó.

Entonces el Príncipe se acercó a Eleanor y la rodeó con su brazo izquierdo. Su brazo derecho se alzó hacia el cielo y con un ademán volvió a hacer patente su presencia.

—Disfrutemos de la noche más corta del año, y que cada instante de esta noche valga por dos de cualquier otra.

Las copas de champaña tintinearón y hubo quien murmuró "¡muy bien!" y "salud", y aunque el instante del solsticio había pasado unas horas antes, cuando se acercaban las once y media y la gente se dirigía al fondo de la galería, la fiesta comenzaba oficialmente.

Victoria ayudó a alejar a todo el mundo de la entrada y se quedó allí para asegurarse de que los criados servirían con rapidez al otro extremo de la galería. Cuando se volvió para unirse a sus invitados, Victoria vio que Eleanor la estaba esperando.

El primogénito Toreador se aproximó a su equivalente Ventrue. Cuando se acercó, Eleanor dio a Victoria un abrazo como saludo. O más bien el Ventrue estaba dejando claro que estaba concediendo un abrazo a Victoria.

Cuando los Vástagos se separaron, Eleanor dijo:

—Parece una fiesta magnífica, querida. Debes estar muy

satisfecha. –Su rostro estaba animado con toda la falsa sinceridad que podía reunir, lo que bastaba para engañar y adular a cualquiera que no fuera tan perspicaz como Victoria.

Victoria quiso destripar a la zorra en el acto, pero sabía que debía tener cuidado. Por otra parte, un cuidado excesivo pudiera alertar a Eleanor tanto como una alarma descarada, así que tenía que seguir el juego a la política de frases.

–Muchas gracias, Eleanor. Tales cumplidos tienen un significado especial cuando vienen de ti. Pero aún no estoy del todo satisfecha. Bueno, yo diría que el entretenimiento y la diversión están por llegar. Sólo lamento ir vestida con este traje griego, cuando quizá sería más apropiado algo romano.

Eleanor entornó sus ojos. Ella también conocía el pasado de Julius como gladiador en la antigua Roma.

Entonces la Ventrue dijo:

–Menudo reparto has conseguido reunir esta noche.

–Oh, claro que sí –coincidió Victoria–. Pero todos ellos, incluso los forasteros, han sido estrictamente informados acerca de la posición de Elíseo del Museo. Estoy segura de que a nadie se le ocurriría quebrantar la paz del Príncipe.

Eleanor se mordió su labio inferior.

–Claro que no. El Príncipe es un Vástago vengativo, y no es inteligente contrariarlo.

–Cierto es que nadie está a salvo cuando se enfrenta al peso de la ley de la Camarilla –admitió Victoria, obviamente menos preocupada ahora del Elíseo que de otros acontecimientos recientes en Atlanta, como la sospechosa campaña contra los anarquistas y los Brujah en particular.

Cuando Eleanor se calló durante un instante, Victoria prosiguió:

–Atlanta solía estar tan aislada que a la Camarilla probablemente le importaba poco lo que aquí sucedía. Pero nuestro Príncipe ha hecho una labor magnífica atrayendo la atención de todos sobre nosotros.

–Oh, ha hecho un buen trabajo ¿verdad? Los Juegos Olímpicos, desde luego, fueron un éxito espléndido.

Victoria se animó asintiendo fingidamente.

–Es cierto, tal vez mi atuendo griego sea apropiado al fin y al cabo.

El extremo del labio de Eleanor tembló, y la Ventrue ya había tenido suficiente.

–Será mejor que me reúna con mi marido –dijo mientras daba su espalda a una posible despedida que pudiera ofrecer Victoria. Pero tras unos pocos pasos se dio la vuelta.

–Ya sabes –dijo la Ventrue–, será bueno tener esta noche a un representante de la Camarilla. Creo que la buena memoria de la organización es sencillamente sorprendente, y tengo entendido que todos vamos a disfrutar de sorpresas interesantes esta noche.

Victoria no respondió. Sus ojos parpadearon unas cuantas veces en una serie rápida. Eleanor sonrió y se alejó, moviendo alternativamente su pulgar de arriba abajo como un emperador romano. Tras varias repeticiones, todas dentro del campo visual, aunque por los pelos, de Victoria, la Ventrue se decidió por el pulgar hacia abajo y medio giró su cabeza para aletear sus párpados hacia Victoria una vez más.

La Toreador estaba pasmada. Eleanor había dejado que Victoria la pasara por encima en esa conversación para que el último golpe fuera aún más inesperado y revelador. Más que eso, estaba preocupada por lo que pudiera saber Julius, porque había un par de secretos ocultos de su pasado que era mejor dejar enterrados.

Victoria había esperado estar a la ofensiva toda la noche, y este revés repentino la hizo temer que sus propias defensas fueran insuficientes.

El gesto prácticamente no registraba fricción alguna: piel de alabastro casi sin poros rozando mármol suave y frío. Deteniendo el vuelo de su mano, Vogel agarró suave y metódicamente la muñeca de la escultura, su atención tan fija en esta acción sencilla que se convirtió en meditativa.

Vogel permaneció así durante varios instantes. Mientras las yemas de sus dedos reanudaban su revoloteo a lo largo de un antebrazo de una de las figuras de la escultura, Vogel perdió sus pensamientos en la muestra de emoción capturada en las expresiones de mármol de los afligidos padres. La cabeza del hijo acunada en el regazo del padre sentado. La madre sin hijos –ya que uno estaba muerto y el otro exilado– caída en el suelo junto a su hijo lánguido, agarrando su brazo, enterrando su cabeza en su hombro. Su angustia era aguda, casi cruel en su representación, mientras los ojos interrogativos del padre miraban hacia arriba, buscando al Dios que sabían con certeza que existía.

Paralizado como estaba, Vogel advirtió dos cosas: primero, la iluminación de esta escultura era demasiado difusa, y no lograba revelar completamente el detalle de las marcas de cincel de Canova, y segundo, alguien se le estaba acercando por la espalda. Quienquiera que fuese el que se acercaba se detuvo, aunque el Vástago no sabía si se quedaba para charlar con Vogel o por cortesía ante el supuesto ensueño de Vogel.

Al no querer apartarse del todo de su contemplación de la escultura, Vogel esperaba descartar la necesidad de conversar con algo de cháchara que animara al no interesado en la escultura a que no le interrumpiera. –No existe un mármol más suave que el de Canova–. Como era su costumbre, para irritar a aquellos aficionados a los estereotipos y para animar a los atraídos por las leyendas, Vogel arrastró un poco la ese, para que la palabra "ssssuave" fuera similar a un siseo.

Recibió una respuesta alegre.

–Ni ninguna piel tan madura como para rechazar los colmillos de una serpiente. –Una voz de mujer, que reconoció de inmediato por la encantadora risa que había escuchado antes: la anfitriona de Vogel, Victoria Ash.

Vegel se recogió, dejando que se perdiera el residuo emocional de su interacción con la bella escultura. Volviéndose, dijo:

–Buenas noches, Sra. Ash. ¿Estaba observando, esperando que mordiera la carne de mármol de Eva y duplicara el pesar del Ganado como descendientes de las prisas de Dios?

–Vaya, vaya, Vegel. Creo que esta obra te pone demasiado filosófico.

Victoria Ash se encontraba ante Vegel. Igual que un pavo real podía eclipsar a un emú, la más amada de las modelos mortales se quedaría sin admiradores si Victoria Ash estuviera cerca. Sus rasgos eran tan perfectos como sólo podían serlo los de un Vástago hermoso, el tipo de perfección que Antonio Canova había reservado para los sujetos míticos de su escultura: Eva, Psique, Venus, o incluso la magnífica Cabeza de Helena que también se encontraba en la sala, que Vegel identificó instantáneamente como el disfraz de Victoria para la noche.

Con una exageración que bordeó lo embarazoso, los ojos de Vegel recorrieron arriba y abajo el cuerpo esbelto aunque suntuoso de Victoria, que iba vestido con una variación de seda y sin mangas de la rúnica griega clásica. Entonces Vegel simuló una inclinación y recitó:

*"En esta visión de mármol plena de grandeza
Por encima de las obras y pensamientos del ser humano
Lo que pudo pero no quiso hacer la naturaleza
la belleza y Canova realizaron
Más allá del poder de la imaginación
Más allá del arte del Bardo vencido
Con la inmortalidad como don
Contemplad a la Helena del corazón henchido"*

Una sonrisa encantada alegró el rostro de Victoria, aunque Vegel sabía que se trataba de un engaño, ni menor ni mayor, que el que podía esperar de cualquier Vástago con el que hablara esta noche.

Victoria se acercó más, susurrando:

–No habría reconocido ese poema de Byron antes de preparar esta humilde exposición para esta noche.

Para recalcar lo "humilde" que era su exposición, Victoria abanicó con gracia sus manos hacia sus costados para indicar la extensión de la enorme cámara. Mientras tanto, estiró elegantemente su cuello –revelando un maravilloso perfil– para absorber la escena junto a su invitado.

Naturalmente, Vogel miró a su alrededor, aunque dio un paso atrás, ya que sus instintos consideraban la proximidad de su anfitriona demasiado agradable.

Todo el piso superior del Museo de Arte de Atlanta se había transformado en el sueño de un neoclásico. Vogel sabía que la calidad, por no hablar de la historia, o más bien de la imposibilidad histórica, de la mayoría de las piezas expuestas se perdía para la multitud sombría y de ojos vacíos que formaban la mayoría de los invitados de Victoria.

Había muchos más Vástagos que antes. La asamblea estaba empezando a diferenciarse con la llegada de una parte menos selecta de la sociedad de la Camarilla. Los interesados en las maniobras políticas ya no eran los únicos invitados. Algunos de los Vástagos estaban examinando las esculturas y no los ticks faciales de un oponente, aunque Vogel advirtió los detalles de uno de esos exámenes –un idiota vestido de cuero negro estaba olisqueando los cuartos traseros del *Perro Defecando* de Adriano Cecioni.

Las obras de arte eran asombrosas, pero no lo eran menos los rizos perfectos de pelo moreno de la cabeza de Victoria que duplicaban perfectamente los de la Helena de Canova.

Vogel no conocía la auténtica edad de Victoria, pero su maravilloso cabello enmarcaba una cara que podía ser la de una mujer de unos veinticinco años. Estaba algo más rellena que las bellezas atléticas puestas de moda por las mujeres americanas modernas, pero seguramente procediera de una época anterior a este siglo, y la suya era una belleza clásica que agradaba independientemente de la moda de la década o del día. Tenía un matiz mediterráneo, pero Vogel no podía estar seguro si esa conjetura estaba demasiado influenciada por su parecido con Helena de Troya. Quizá fuera el rasgo asiático de sus ojos.

Victoria le pilló mirando.

–¿Acaso soy una cobra danzarina que puede paralizar tan fácilmente a otra serpiente?

La respuesta de Vogel fue rápida e ingeniosa.

–No dudo que pueda engañar con la misma habilidad que la serpiente que embaucó a Eva, pero si tenemos que continuar con estas referencias a mi clan Setita, entonces admitiré que los rizos serpentinos de su cabello me hipnotizan. Sin embargo, mi fascinación hacia la Eva de este *Luto por la Muerte de Abel* no tiene nada que ver con el parentesco con los de sangre fría. Se supone que la pieza nunca fue ejecutada en mármol a partir del boceto de terracota que preparó Canova.

La respuesta de Victoria fue entusiasta.

–¡Delicioso! –exclamó–. Quizá mi indirecta acerca de las serpientes fuera equivocada. Quizá debería tratarte como a un Toreador honorario, por tu amplio conocimiento de estas obras maestras. Pero por supuesto, el conocimiento al que te refieres es meramente el conocimiento *mortal*, y ambos estamos claramente en la posición de poseer mucho más que eso.

–Eso es cierto, Sra. Ash.

–Por favor, llámame Victoria, o si lo prefieres "Helena" para esta noche, y parece que pudiera ser el caso ya que advertí que te embargó el busto y también mi... semejanza.

Vogel sonrió agriamente ante el tartamudeo de Victoria.

–Eso también es cierto, "Helena".

Victoria no reconoció la expresión de su invitado, y se limitó a decir:

–¿Cómo es que sabes tanto de obras maestras?

Vogel se alejó de la escultura mientras respondía a la Toreador. Le incomodaba tener una conversación tan trivial tan cerca de la angustia desgarradora que sentían Adán y Eva por su hijo Abel. Especialmente desde que Vogel hubiera sido advertido de que las repercusiones de la esencia negra del primer asesinato eran tales que el mismísimo Caín –si es que seguía vagando por la Tierra– estaba conectado a todo retrato suyo e incluso la simple mención del acto era una llamada fuerte y sonora para él. Según las historias que había escuchado Vogel, muchos fueron los neonatos imprudentes que

tentaron esta leyenda, y bastantes los desgraciados que estaban muertos poco después de dar crédito supersticioso a la veracidad de la leyenda.

Si Victoria advertía su incomodidad no lo hacía patente.

–Por servir a mi señor, por supuesto –respondió Vogel.

–¿Hesha? –preguntó Victoria, aunque conocía la respuesta.

–Sí.

–Estaba deseosa de conocerle –se quejó Victoria, un comportamiento que encajaba espléndidamente con su atuendo y acicalamiento.

Vogel asintió, y después sonrió mientras decía:

–¿Por eso muestras a tus invitados la escandalosa *Mujer Mordida por una Serpiente* de Clesinger? ¿Es el veneno o el éxtasis lo que la hace retorcerse así?

–Eres tremendo, Vogel –dijo Victoria–. Pero ¿por qué Hesha necesita que su progenie conozca obras como la *Mujer* del querido Auguste? Aunque es una pieza notable, y quizá innovadora para su tiempo, seguramente no tenga un valor especial para un cazador de tesoros como Hesha. Aunque sólo sea por eso, su antigüedad debe servir para disuadirle. Quiero decir, sólo tiene 150 años.

–Es una pieza nueva, "Helena" –explicó Vogel con aire de indiferencia–, pero Hesha quiere estar al tanto de lo viejo y de lo nuevo. Además, aunque 150 años es juvenil y novedoso para nosotros, es una antigüedad respetable para el nuevo dinero de los Estados Unidos. Estoy seguro que debe haber algún millonario de la era de la información forrado de dólares de silicio que está ansioso por mostrar de manera poco sutil a sus invitados mediante su nueva escultura que es un hombre de abundante apetito sexual y no sólo un caballero cerebral de físico débil y virilidad diminuta.

–Eres muy gracioso, Vogel –dijo Victoria, sonriendo. Esta vez, la sonrisa parecía más sincera, pero eso sirvió para ayudar a Vogel a mantener la guardia. Continuó–: No me extraña que se rumoree que la riqueza de Hesha es tan enorme. Con cazadores tan capaces como tú levantando las presas, sólo necesita disponer de los medios para abatirlas.

–Si parezco así de engreído es porque has descubierto una de

mis debilidades: las cabezas de Helena.

Victoria enarcó una ceja como invitación para que continuara, pero Vogel vaciló al principio.

Aún moviendo su cabeza, Vogel siguió resistiéndose.

—No, no, las explicaciones revelan demasiadas cosas de mí. Debo rehusar, y sólo debo decir que su sonrisa divina, extraída tan maravillosamente por Canova, comunica la propia esencia del conocimiento de uno mismo. Está claro que esta Helena sabe algo de sí misma, de su mundo, y de los otros que lo habitan, que los demás aún tienen que descubrir por sí mismos.

—Quizá, entonces, querido Vogel, deberías quedarte con la cabeza que tengo expuesta esta noche. Un recuerdo de la noche.

La espalda de Vogel se estremeció con un escalofrío provocado por el rostro de Victoria. Comunicó su sorprendente ofrecimiento mientras reproducía exactamente la sonrisa imposible de la Cabeza de Helena. La interpretó con tal perfección que parecía completamente natural. Los labios estaban colocados con toda precisión, para que la sonrisa prácticamente no existiera salvo por el levísimo bizqueo de los ojos que proporcionaban la curiosa ilusión de una sonrisa.

Aturdido como estaba, y dándose cuenta por vez primera que estaba jugando en otra división al tratar con Victoria Ash, Vogel consiguió continuar vacilantemente con la conversación.

—Una oferta imprevista e incondicionalmente generosa, Victoria, pero debo rechazarla. Y no sólo porque ya posea una copia, sino por que así debe ser. Está claro que mereces la pieza más de lo que yo jamás haya imaginado que la mereciera.

—Gracias —dijo Victoria con sinceridad—. Creo que habría echado de menos mi regalo si lo hubieras aceptado. Es curioso como una pieza que sencillamente había ocupado su lugar como parte de mi colección puede de repente llegar a significar algo más para mí. Te doy las gracias, Vogel, por ese regalo.

Algo o alguien llamó la atención de Vogel y echó un vistazo a su izquierda antes de devolver su mirada a Victoria, aunque no fue una distracción que se escapó a la atención de ella.

—Como dije, la mereces, y ahora tu busto te merece. Sin embargo, me temo que por deliciosa que me parezca tu compañía,

debo recordarte que tienes otros invitados. Unos cuantos me han lanzado miradas siniestras por distraerte tanto tiempo, así que por mi bien, quizá pueda alentarlos para que les bendigáis con tu radiante sonrisa.

–Sí, sí –accedió Victoria–. Seguro que ambos tenemos otros asuntos que atender esta noche. Sin embargo, no me arrepiento de haber pasado este tiempo con alguien que previamente era un extraño para mí. Espero volver a saber de ti pronto, Vogel.

Intrigado, Vogel preguntó:

–Te ruego que me digas con qué pretexto, Helen.

–Para examinar el busto de Helena, desde luego –respondió Victoria–. O para que me informes de tesoros que no le sirvan a Hesha y que, por el contrario, puedan servir de modesta contribución a mi colección.

Caminando hacia el previamente desconocido Canova, Vogel dijo:

–Quizá deberíamos intercambiar posiciones. Yo emplearé mi conocimiento del arte y de su historia para hacer de presumido Toreador, y tú puedes aprovechar tus artimañas de cazadora de tesoros para hacer de Setita resbaladiza y confabuladora que finge tener muchos amigos pero en realidad sólo tiene uno contándose a ella misma.

Victoria no pareció encontrar sorprendente un comentario tan grosero, o si lo hizo, lo ocultó con su silencio.

Así que Vogel continuó:

–Por lo tanto, me despido de mi encantadora de serpientes.

–Volviéndose hacia la angustiada mujer de mármol, Vogel prosiguió: –Hermosa Eva, líbranos de una cantidad desmesurada de problemas y perdona a Caín por su pecado.

Entonces Vogel se acercó a su anfitriona y le susurró:

–No dejes tus insinuaciones sobre serpientes, hermosa "Helena". Aunque sospecho que te irán mejor con mortales que con una serpiente inmortal como yo.

Con eso, Vogel giró rápidamente sobre sus talones y se marchó dando grandes zancadas. La Toreador respondió sarcásticamente a espaldas de Vogel con sus labios malhumorados:

—Los mortales no me interesan, Vogel, ni tampoco las serpientes corrientes. —Volviéndose para escuchar estas palabras, Vogel se imaginaba a Victoria como una colegiala soñadora mientras enrollaba delicadamente un rizo alrededor de un delgado dedo, y después, con un movimiento rápido de cuello lanzaba un beso a la espalda en retirada de Vogel.

Vogel se preguntó que magia había empleado cuando sintió el calor sensual del beso fundirse sobre su cuello. ¿Cómo podía haber averiguado que su humor juvenil y sus indirectas causarían efecto en alguien aparentemente tan culto e intelectual como él? Por encima de cualquier otra cosa —con la clara excepción de la sonrisa imitada que aún acosaba los pensamientos de Vogel— era lo que Vogel encontraba más terrorífico.

Debía olvidar ese miedo, no obstante, ya que Vogel tenía que darse prisa para encontrarse con su contacto Nosferatu —la única razón por la que había aceptado la invitación a esta fiesta en representación de Hessa.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 23:38 H
MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

La proliferación de cadáveres de Abel en esta última planta del Museo de Arte inquietaba a Vogel. Era demasiado supersticioso para reírse junto a la mayoría de los Vástagos asistentes de la indecencia vulgar de las obras expuestas.

Tras dejar Vogel a Victoria Ash junto al *Luto por la Muerte de Abel*, estaba pasando junto a una escultura recién tallada cuando se dio cuenta que era otra escena de la muerte de Abel. Y todo esto antes de su reunión planificada con el Nosferatu Rolph al lado de *El Abel Muerto* de Dupre, así que Vogel sabía que le esperaba al menos

otro cadáver esculpido.

Al igual que la gran cantidad de tumbas de Abel era inquietante, Vogel comprendía cada vez más el peligro que suponía Victoria Ash. Le estaba seduciendo claramente, y más importante que eso, fácilmente. Su deseo no había estado tan descontrolado desde sus lejanos días como mortal. La maldición de su efecto sobre él era que, aunque comprendía intelectualmente que ella estaba abriéndose camino hasta su corazón con sus garras, la sensación era demasiado deliciosa para resistirse. Pocos peligros eran mayores para los Vástagos que la nostalgia, y revivir tan vividamente las bondades tangibles y olvidadas del deseo era reconstituyente e irresistible.

Relajando su paso antes de superar al recién tallado Abel, Vogel se frotó el cuello con cautela donde el beso del Toreador le había masajead. ¿Era magia, o simplemente el rubor del deseo que calentó su cuello?

El nuevo Abel era monstruoso por motivos totalmente opuestos al verismo de la obra de Dupre que Vogel pronto volvería a contemplar (ya que la vio por vez primera hace años cuando fue trasladada al Louvre). Mientras que el Abel de Dupre estaba representado con todos los detalles realistas, la talla que había ante él ahora era una caricatura horrible.

Normalmente Vogel prefería ver las obras nuevas sin detenerse demasiado, pero se encontró a sí mismo absorbiendo lentamente los detalles de esta extraña escultura a pesar de la presencia de otro espectador. Por suerte, el delgado Vástago estaba callado. En cualquier caso, Vogel le prestó poca atención y se concentró en la escultura que habla ante él.

Su análisis fue interrumpido fastidiosamente cuando el extraño dijo:

—Una basura, ¿no crees?

—Aún estoy indeciso —dijo Vogel cortante—. Sacaré mis propias conclusiones tras verla detalladamente.

Vogel vio de reojo como el otro Vástago reía, mirando a lo largo de su nariz demasiado larga mientras Vogel le daba la espalda y seguía con su observación. El Setita sintió al otro retroceder arrastrando los pies, pero el gesto claramente era de irritación que

pretendía llamar la atención sobre sí mismo, y no de cortesía para permitir el paso más despejado que prefería Vogel.

El aspecto más llamativo de esta escena de muerte era la anatomía de las dos figuras. Los miembros de Caín y Abel eran blandos y carnosos, y los torsos tenían poca definición. Además, las cabezas eran muy grandes –demasiado pesadas para los esqueletos de los cuerpos de las figuras. Como la escultura estaba tallada en una piedra negra sin textura, se realzaba esta desproporción intencionada.

El instrumento asesino era una especie de cuerda anudada, y el método, la estrangulación, así que esta caída de Abel era sin derramamiento de sangre –probablemente diferente a lo que había sucedido en realidad.

Las expresiones eran fascinantes, y estaban bien ejecutadas; tanto que Vogel se sorprendía de no reconocer la pieza o el artista. El rostro de Abel estaba iluminado con una felicidad alegre sin una pizca de resignación. Estaba claro que esperaba el viaje al cielo. Vogel se preguntó si no hubo algo de eso. Sí, ese fue el primer asesinato, pero ¿no fue también la primera muerte? Abel era el primero de los semejantes de Dios en situarse junto a Él en el cielo. ¿O era esto previo a la admisión de la humanidad en el cielo? Vogel no tenía claro este detalle de la cristiandad.

Esta premisa misteriosa hacía que el rostro de Caín fuera aún más descifrable, ya que la expresión del asesino era decidida y resuelta pero con un labio superior que estaba arrugado ligeramente para denotar una cierta repugnancia. La escultura contó a Vogel una historia de Caín matando a Abel a petición de este último.

Volviendo junto a la parte delantera de la obra, con lo que el otro Vástago volvía a estar detrás de él, Vogel observó la placa de bronce con el título labrado de *Abel Condena a Caín*, que confirmaba la interpretación de la pieza del Setita. Desde su posición, Vogel también podía ver que la "cuerda" era en realidad un cordón umbilical aún sujeto al vientre de Caín. Esa revelación hacía ridículamente evidente que los hermanos no eran deformes en absoluto, sino que eran niños.

Vogel se debatió para ver cómo este descubrimiento afectaba a su interpretación de la obra.

Desde detrás, escuchó:

–No debería haberlos representado como niños, ¿verdad?

Vegel gimió para sus adentros y mintió:

–Admito que ese aspecto de la obra era inicialmente confuso, pero a la luz del título lo encuentro totalmente apropiado, y más que eso, un enfoque muy original.

Rara vez le gustaba comentar una obra con su creador, especialmente con uno que estaba acechando a aquellos que se acercaban a ella y entresacando comentarios. Incluso en las raras ocasiones en las que el reconocimiento de Vegel hacia una obra no se agriaba de inmediato por la personalidad del creador, aunque la obra en sí misma fuera extraordinaria, prefería estar al mismo nivel al comentar una pieza con otro. Cuando esa conversación tenía lugar con el creador, la interpretación de Vegel sólo podía ser precisa o incluso razonable si tenía mucho en común con la propia interpretación del creador de su obra. Era difícil discutir con un experto autoproclamado. Los artistas podían no ser expertos acerca de su obra para todo el mundo, ya que la belleza del arte estaba en el observador.

El Setita se giró hacia el artista mientras proseguía, esperando que su mentira apagara la necesidad del otro de comentar la escultura.

–Tú debes ser el artista. Me llamo Vegel, y soy coleccionista de antigüedades.

–Entonces, no estás interesado en nuevas obras –dijo el hombre delgado, que pasó de sonreír de manera indecisa a fruncir el ceño–. Me llamo Leopold, y sí, la obra es mía.

Cara a cara con él, Vegel dedicó un instante a examinar al artista. Aunque era un Vástago, y es de suponer que un Toreador, si no Victoria Ash no habría permitido la exhibición de la obra (aunque defectuosa, la obra era demasiado buena para desprestigiar al autor en el acto si Ash hubiera aceptado la exposición con la intención de ponerle en un aprieto), Leopold tenía el aspecto de un artista hambriento. Era delgado, y estaba lánguido, ojeroso y descuidado como sólo lo podía estar una persona que normalmente se preocupaba poco por su aspecto pero que trataba de arreglarse para una noche como esta. Vegel advirtió un brillo en los ojos del artista, no

obstante, que le indicó que este Toreador era un auténtico creador. El brillo podía ser la locura, pero a menudo esa luz era la misma que guiaba a las obras artísticas inspiradas.

Vegel se sintió tentado de revelar su mentira al artista, pero tenía asuntos mucho más urgentes esa noche que un posible talento notable. Así que, eliminando cualquier matiz de compromiso o interés de su voz, Vegel dijo:

–Es una buena escultura. Ahora, si me disculpas...

Leopold apenas parecía atento a lo que Vegel estaba diciendo, y mirando fijamente a la pieza, murmuró:

–Estas sustancias más duras siguen sin responderme bien. Quizá debería probar con algo más maleable, como la madera. ¿Puedes imaginarte esto en madera? ¡El cordón umbilical podría ser mucho más dinámico! No pude transmitir ninguna energía... a... través... de... la... piedra...

Pero Vegel se había ido. Ni siquiera se volvió mientras las palabras del artista se perdieron inoportunamente en el silencio. El Setita no quiso encontrarse con los ojos tristes del Toreador.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 23:47 H
MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

La escena parecía extraída de una vieja película de monstruos de Hollywood: una figura vestida de negro y encapuchada junto al cuerpo casi desnudo de un hombre. Gracias a la capucha no se discernían a simple vista los rasgos faciales monstruosos, pero la iluminación a su espalda silueteaba una nariz torcida y nudosa y una barbilla demasiado larga y afilada que salía de la capucha mientras la cabeza giraba lentamente a un lado y a otro.

Vegel se imaginó los abedules muertos que completarían la espeluznante escena. Sus esbeltos troncos blancos podían ser huesos

gigantes descoloridos sobresaliendo hacia el cielo, visibles por la noche con apenas unos rayos de luz de luna.

Pero no había árboles. Ni cadáver. Sin embargo, había un monstruo: Rolph del clan Nosferatu, el Vástago por el que Vogel había viajado expresamente a Atlanta para reunirse con él.

Rolph se agachaba como si se cerniera sobre un cadáver –otro Abel. Este era *El Abel Muerto* de Giovanni Dupre–. No era una interpretación romántica del hombre muerto. Sus brazos estaban en jarras, sus ojos en blanco, y su boca muy abierta. Los dedos perdidos no eran parte del diseño del escultor –dichas perdidas habían tenido lugar en el siglo y medio que había pasado desde la terminación de la obra.

En cuanto a Rolph, había poco que ver a causa de la túnica, aunque Vogel le reconoció de inmediato de encuentros pasados. No había manera de confundir la nariz bulbosa torcida a la izquierda, o el mentón tan largo y puntiagudo que parecía un cuerno que crecía debajo del fino labio inferior del Nosferatu. Esos eran rasgos que ninguna capucha podía esconder.

Rolph tenía una estatura media, quizá unos centímetros por debajo del uno ochenta de Vogel, aunque siguió encorvado después de ver aproximarse a Vogel. La voluminosa túnica marrón cubría el suelo alrededor del Nosferatu, así que Vogel no pudo determinar que llevaba puesto debajo.

Rolph habló primero.

–Bienvenido, Vogel. Te he visto hacer la ronda y me preguntaba cuando resolverías el auténtico motivo de tu viaje.

–Hola Rolph –respondió Vogel. Entonces, tras unos pocos pasos más que le pusieron a una distancia cómoda mientras el Nosferatu se incorporaba finalmente, Vogel se defendió –: Mis instrucciones eran encontrarnos en *El Abel Muerto* antes de medianoche, pero no muy cerca de ella. Si hubiera contado con instrucciones más precisas, de buena gana habría satisfecho tus deseos.

–Da igual –dijo Rolph–. Has llegado con tiempo de sobra. Me preguntó si te confundiste con la gran cantidad de Abeles que cubren esta cámara, aunque vi que antes te distrajiste con otra estatua viva, o

casi viva, en la forma de nuestra formidable anfitrióna.

Vegel se sintió violento por esta acusación, pero poco podía hacer por refutarla, así que mintió a la vez que devolvía la puñalada a Rolph.

–Sí, conversamos un rato. Creo que puede ser de inmensa ayuda para localizar artefactos importantes que busca Hesh.

–Entiendo –dijo Rolph–. Quizá ya sea hora de hablar de negocios.

–Desde luego –respondió Vegel, contento por dejar atrás las cortesías, ya que le disgustaba la cháchara, y por encima de todo la cháchara con los Nosferatu. No confiaba en los miembros de este clan, aunque todos en general y Rolph en particular le habían ayudado en sus esfuerzos. La fealdad característica del clan impulsaba a pensar que todo lo relacionado con un Nosferatu era igual de visible. A menudo exageraban esto con una tosquedad como la que había demostrado Rolph al mencionar a Victoria Ash.

También fingían ser transparentes en su intrigas. Vegel sabía por experiencia que podían ser los vampiros de la Camarilla más astutos. Puede que los Ventrue pretendan ser los maestros del engaño, ya que su terreno de juego es todo lo relacionado con la política, pero los Nosferatu concedieron a los líderes de la Camarilla esa posición en un movimiento que ocultó aún más los éxitos del clan Nosferatu.

–Siento traerte a esta cueva de ladrones, pero francamente era la única manera que tenía de entregar cierto material que Hesh llevaba tiempo buscando –dijo Rolph contrito.

Vegel no preguntó por la intimidad de su conversación aunque tenía lugar a la vista de todos en la galería. Seguramente era un detalle del que se había ocupado Rolph, y si el Nosferatu no lo había hecho –o sea, si Rolph quería que se escuchara esta conversación– Vegel no podía hacer nada al respecto. Podía hablar a algunos otros Setitas en un susurro siseante que nadie ajeno al clan podía traducir aunque pudiera oírlo, pero dudaba que los merodeadores Nosferatu conocieran el secreto de esa lengua.

–Sin embargo –continuó Rolph–, sé que tu riesgo habrá valido la pena, ya que esta noche al clan Nosferatu le gustaría pagar una

vieja deuda a Hesha. Lo que te doy debería compensar todo lo relacionado con el asunto de Bombay de hace algunos siglos. Este incidente sucedió antes de nuestras respectivas épocas, pero te garantizo que tu señor sabrá de lo que hablo.

–Muy bien –dijo Vogel–. Transmitiré a mi señor la noticia del pago de la deuda y cualquier información o material que proporciones. Si considera el pago injusto o la cuestión pendiente, estoy seguro de que se pondrá en contacto con tus señores. Pero si no se me exige un pago directo, me encantará ver lo que me tengas que mostrar.

–Entendido –dijo Rolph. El Nosferatu dio unos pocos pasos hacia un lado hasta que la escultura de Dupre ya no quedaba a su espalda. El movimiento permitió a Vogel ver la obra sin obstáculos.

–Lo que ofrezco esta noche, amigo Vogel, es un artefacto muy deseado y buscado desde hace mucho por tu señor. Te ofrezco nada menos que el Ojo de Hazimel.

Vogel no pudo evitar ser cogido por sorpresa. Lo que había sucedido en Bombay hace mucho tiempo debía haber dejado con una gran deuda hacia Hesha a algunos antiguos importantes entre los Nosferatu, ya que el Ojo de Hazimel tal vez fuera el Ojo Maligno, el artefacto que servía de base para todas las farsas estúpidas de zingaros y bobalicones supersticiosos acerca del Mal de Ojo. Que normalmente había algo de cierto en el fondo de esas leyendas era algo que había aprendido Vogel al poco de empezar a servir a Hesha.

–Es demasiado tarde para ocultar mi sorpresa, Rolph, así que admitiré mi sobresalto. Si lo que ofreces es realmente el Ojo de Hazimel, por supuesto llevaré tu información a Hesha para que pueda buscar el objeto allá donde se encuentre.

–No es necesaria su búsqueda –rió Rolph–. El Ojo está aquí en esta estatua de Abel. –Rolph señaló con su mano el cadáver de escayola que había a sus pies.

–¿Así que pertenece a Victoria Ash? –dijo sorprendido Vogel.

–Por supuesto que no –explicó Rolph–. Al menos no de manera real, ya que es casi seguro que la encantadora Sra. Ash no sabe que el Ojo se encuentra dentro de la escultura, si es que está al tanto siquiera de la existencia del mismo.

Sintiéndose repentinamente raro por examinar la escultura tan

minuciosamente, por miedo a que su mirada fuera una pista indicadora, Vogel examinó a fondo la estatua, aunque lo hizo sin moverse de su posición. Seguía indeciso. Sus mejores técnicas de detección –poderes que una vez localizaron unos pendientes de jade levemente encantados sellados en algún lugar de un tramo de ocho kilómetros de la Gran Muralla China, y eso que estaban empotrados a más de 15 metros de altura– no advertían la presencia de la más mínima señal mágica dentro de la escayola de Abel. Y el Ojo de Hazimel, especialmente si era el Ojo Maligno, probablemente se habría hecho notar a varias docenas de pasos incluso si el Setita no estuviera buscándole activamente.

–¿Puedes explicar por qué todo el mundo parece ajeno a su presencia? –preguntó Vogel.

–Desde luego –sonrió Rolph–. En su estado actual, el Ojo es indetectable.

Vogel gimió en silencio. Como si eso explicase algo. Aunque de hecho lo hacía. *En su estado actual...*

»Por eso es improbable que la Sra. Ash se dé cuenta de que posee este objeto. Y por eso es necesario entregarte este regalo en un lugar tan público donde tenemos acceso a esta escultura, o si vamos a eso, por qué preparamos que se te invitara a esta celebración.

Asintiendo para que Rolph supiera que estaba escuchando, Vogel examinó la gran cámara abierta. Si iba a hacerse con un artefacto tan potente, era crucial que supiera quién estaba alrededor. El Ojo tal vez fuera indetectable en su estado actual, pero ¿qué pasaría cuando se le sacara de la estatua? Al menos Vogel esperaba que se le pudiera sacar. Era poco probable que pudiera escabullirse de la fiesta con un cadáver de escayola debajo del brazo, y eso suponiendo que tuviera la fuerza de Hesha y pudiera levantar la obra maestra de Dupre.

Vogel observó varios detalles importantes mientras examinaba su entorno. En primer lugar, se alegró de que *El Abel Muerto* estuviera en la periferia de la cámara. Entre él y una salida de emergencia cercana no había grupos de Vástagos.

En segundo lugar, le alivió ver que Hannah, la líder de la capilla Tremere, aún no había llegado. Si alguno de los Vástagos de la ciudad

era capaz de detectar el Ojo, esa era ella. Y el Setita sabía que renunciaría a sus dos ojos sin pensárselo dos veces para poseer este antiguo y solitario ojo.

En tercer lugar, le desconcertó encontrar a Victoria Ash mirándole, y sus miradas se cruzaron brevemente antes de apartar la vista de ella... con dificultad.

Finalmente, a Vegel le inquietó observar que el enorme reloj de bronce colocado sobre las ventanas y que daba a la calle Peachtree frente al Museo estaba a un puñado de minutos de la medianoche. Aunque no se había establecido ningún horario para la medianoche, Vegel tenía la impresión de que la medianoche sería la hora de finalización de su reunión.

–Si me permites, tengo varias preguntas –dijo Vegel.

Rolph echó una ojeada al mismo reloj que Vegel había comprobado segundos antes.

–Por supuesto, pero nos queda poco tiempo, así que se breve y conciso.

Sin detenerse demasiado, Vegel dijo:

–¿Por qué a medianoche?

–Porque hemos despejado una ruta de huida para ti. Si se pretende que la ruta cumpla su propósito, debes estar franqueando esa puerta de la salida de emergencia exactamente un minuto antes de la medianoche.

Vegel asintió brevemente, después preguntó:

–¿Se podrá detectar al Ojo una vez que se extraiga de la escultura?

–No durante algún tiempo. El tiempo suficiente para que puedas huir. No puede detectarlo nadie mientras se encuentre dentro de un objeto inanimado, ni siquiera su progenitor. En realidad, especialmente su progenitor, pero posiblemente también otros que emplean los mismo métodos.

Sacando a la luz lentamente los recuerdos de las leyendas del Ojo, Vegel preguntó:

–¿Y si se pone dentro de un ser animado?

–Volverá a la vida en la órbita vacía de un ser animado.

Esperando recoger algún dato que no conociera pero que el

Nosferatu supiera, Veget aventuró:

–Y con respecto a esto, ¿se considera un ser "animado" a un vampiro?

–Por supuesto. Al fin y al cabo, el Ojo procede de uno de los nuestros. Rápido, la última pregunta.

Vegel pensó un instante. No le gustaba que otros le prepararan la ruta de escape. Francamente, se ponía nervioso incluso cuando lo hacía Hesha. Nunca había tenido problemas –¿quién se atrevería a enfrentarse a su señor?– pero dejar temas tan serios como su existencia y un precioso artefacto en manos de Rolph, incluso si era un aliado ocasional que al parecer pagaba una antigua deuda, le ponía nervioso.

Blandiendo un teléfono móvil que sacó del bolsillo interior de su chaqueta, Veget preguntó:

–¿Por qué tu ruta de escape? ¿Por qué no debería hacerme con el Ojo y después llamar a mi chófer para marcharme tal y como llegué? Al fin y al cabo, si todavía no se podrá detectar al Ojo...

El rostro de Rolph perdió color por la impaciencia, y después se ruborizó con lo que Veget sólo pudo interpretar como confusión. Rolph recuperó la compostura, echó un vistazo al reloj, miró a Veget con toda seriedad, y le dijo:

–Escúchame atentamente, porque en cuanto responda te entregaré el Ojo y te pediré que te marches de inmediato a través de la puerta de emergencia más cercana, y te recomiendo que sigas mis instrucciones. Llama a tu chófer, pero haz que llegue y se marche como señuelo. Te prometo que no le volverás a ver.

Rolph miró fijamente a los ojos de Veget durante un instante después de estas frases. Veget comprendió que el gesto no pretendía subyugar su voluntad, lo que podían hacer algunos Vástagos, sino que se trataba de una comprobación para ver si la sinceridad de su mensaje se estampaba en el Setita. Con una lenta inclinación de cabeza. Veget indicó que estaba de acuerdo.

–Bien –dijo Rolph.

Moviéndose rápidamente, Rolph alzó sus manos hacia el cielo, y con sus dedos desplegados tanto que parecía que sus manos se fueran a partir como si las hubiera pisado un caballo, se echó atrás la

gran capucha para revelar un rostro tan repugnante como el que recordaba Vogel. Al Nosferatu le importó poco la reacción de Vogel, y ni siquiera la advirtió. Parecía igual de indiferente con respecto a todos los demás ocupantes de las galerías.

Efectivamente, cuando Vogel miró a su alrededor, apartando brevemente su atención de Rolph, vio que los movimientos repentinos y exagerados de Rolph no habían llamado la atención de nadie. De hecho, todo el mundo parecía estar apartando intencionadamente la mirada de ellos dos.

A Vogel le gustó estar en el epicentro del poder del Nosferatu. Las habilidades de algunos Vástagos nunca dejaban de sorprenderle. Tal vez fuera capaz de encontrar un pendiente de jade en la Gran Muralla China, pero Rolph podía hacerse desaparecer a sí mismo, y por lo visto también a otros.

El disfrute del Setita acabó de repente cuando observó pasmado como Rolph recuperaba el Ojo de Hazimel. Encorvándose sobre la escultura de Abel, el Nosferatu unió vigorosamente el pulgar y el índice de su mano derecha. Usó su mano izquierda para equilibrar su peso contra el pecho de Abel, y después clavó sus dedos en el ojo izquierdo de Abel. Vogel se encogió instintivamente esperando que una lluvia de restos de escayola lloviera desde el punto del impacto, pero en lugar de eso los dedos de Rolph se hundieron y desaparecieron en el ojo sin pupila como si fuera agua profunda y turbia.

Rolph se retorció de un lado a otro, su muñeca dando vueltas de acá para allá en giros salvajes como si el Nosferatu estuviera intentando agarrar algo esquivo dentro del ojo o la cabeza de la escultura. La mano y el brazo de Rolph se quedaron repentinamente quietas con una rigidez casi violenta, y alzó la vista para sonreír afligidamente hacia Vogel.

A continuación Vogel siguió la mirada del Nosferatu hasta el reloj de bronce, y aunque Vogel se volvió para ver la cabeza de Abel y los dedos del Vástago extendidos dentro de ella, la atención de Rolph seguía centrada en el reloj. Estaba a punto de marcar las 23:59. Mientras se iban desgranando los segundos, Rolph siguió paralizado. Hasta que volvió a mirar a Vogel.

–¿Listo? –preguntó el Nosferatu.

–Listo.

Con el ruido de succión fangosa propio de un desatascador húmedo liberando *su vacío*, Rolph sacó lentamente la mano de la escultura. Una luminosidad similar a la de una bombilla de 2000 vatios cegó a Vogel, pero aún pudo ver la sombra de algo oblongo y palpitante cogido entre el pulgar y el índice del Nosferatu.

Como si sujetara algo peligroso o caliente o precioso –o quizá las tres cosas a la vez– Rolph extendió cuidadosamente el objeto hacia Vogel y lo depositó lentamente en la palma abierta del Setita. Trozos de limo coagulado cayeron del objeto a la palma de la mano de Vogel antes de que el objeto frío y húmedo estuviera en ella.

Vogel cerró su mano y sintió el objeto esponjoso aunque suave y sorprendentemente pesado, y eso bloqueó parte de la luz que emanaba, aunque su mano no era lo bastante grande para rodear por completo el Ojo. Tras recuperar parcialmente su vista, Vogel miró con inquietud a su alrededor, pero vio que ninguno de aquellos acontecimientos asombrosos habían llamado la atención de otros. Aunque seguía bañado en la luz sobrenatural del globo ocular de un antiguo Vástago, los demás Vástagos continuaban con sus debates y maniobras políticas. A Vogel le hizo gracia.

Esta alegría duró poco, ya que Rolph estiró a Vogel de la manga y le empujó hacia la puerta roja de la salida de emergencia.

–Vete, y no te preocupes por la alarma –dijo el Nosferatu, cuya piel tenía una palidez aún menos atractiva con la luz púrpura.

Vogel no dudó. Sin embargo, no corrió precipitadamente hacia la puerta, ya que no estaba seguro de que el camuflaje que proporcionaba Rolph se extendiera más allá de las inmediaciones del Nosferatu. Aún así, la puerta se encontraba a un suspiro, y Vogel la alcanzó sin llamar la atención sobre sí mismo o sobre el potente orbe que tenía agarrado. Cuando la pesada puerta de emergencia se cerró lentamente detrás de él y se selló robustamente, Vogel escuchó el repicar de una alarma. Ante él había tramos alternos de escaleras que únicamente bajaban. El resonar de sus pies saltando por los escalones de metal seguramente no llamara más la atención que la alarma de incendios.

Vegel era relativamente atlético y tenía el vigor sobrenatural de todos los Vástagos, así que avanzó rápidamente por las escaleras. Aún agarraba el Ojo en su mano derecha, y varias veces durante su descenso la luz purpúrea se desvaneció. Al mismo tiempo, el Ojo palpitaba más rápidamente que antes, pero eso también se detuvo.

Tras descender cuatro tramos de escaleras, dos plantas del museo, Vegel llegó a un rellano en el que había cinta amarilla de la que se usaba para demarcar líneas policiales a través de un marco de lo que parecía ser una vieja puerta de servicio. Los demás tramos de escaleras descendentes le llamaron, pero Vegel sospechó que la ruta de escape continuaba por esta puerta. Si no, Rolph habría quitado la cinta para evitar esa clase de confusión.

La puerta estaba muy oxidada y un candado desgastado la sujetaba a un viejo marco de madera. Aunque la puerta resistiera a sus tentativas para forzarla, Vegel supo que el marco se astillaría y permitiría el paso. Esa táctica, por supuesto, revelaría su ruta si le estaban siguiendo, así que decidió que debía haber una solución menos enérgica al problema.

Y ahí estaba. Tras examinarlo de cerca, Vegel se dio cuenta que el maltrecho marco de madera estaba totalmente roto. Vegel aplicó una presión cuidadosa y diligente y descubrió que toda la estructura –puerta, marco y demás– podía sacarse entera.

Se abrió lo suficiente para permitir al Vástago abrirse paso con esfuerzo, aunque se vio recompensado con un puñado de astillas, de las cuales un par le atravesaron la ropa. También pudieran haber cortado su carne, pero la piel de Vegel era más dura que la de cualquier mortal y doblaba los palillos. El área que quedaba tras la puerta de acceso estaba iluminada únicamente con las luces de emergencia. Primero Vegel se aseguró de que no había ningún peligro inmediato, y después se volvió para colocar el marco de madera en su sitio. Con un ruido seco se encajó en su posición, y desde el otro lado debía parecer que no había sido usada, tal y como Vegel la había imaginado unos instantes antes.

La pequeña zona en la que estaba se componía de una pasarela que rodeaba lo que se suponía que era el hueco de un viejo ascensor. El olor de grasa antigua indicó a Vegel que ese hueco no estaba en

uso.

En un punto de las pasarelas había escaleras de mano que daban a niveles superiores e inferiores al que estaba Vogel. El Setita supuso que debía seguir hacia abajo. Se guardó rápidamente el Ojo junto a su teléfono dentro del bolsillo interior de su chaqueta, y después se balanceó desde la pasarela y se deslizó por la escalera con sus manos y pies bien sujetos al exterior de las barras verticales.

Saltó el último metro hasta otra pasarela –la planta baja, supuso– y después realizó la misma maniobra para llegar hasta la pasarela del sótano. El hueco seguía bajando, pero el ascensor jubilado se encontraba aparcado en ese lugar, así que Vogel se dirigió hacia una puerta de acceso que había detrás de él.

No obstante, se detuvo un momento y apagó su teléfono móvil. No podía arriesgarse a que su timbre delatara su posición. Después trató de abrir la puerta.

Estaba cerrada con llave, así que Vogel volvió a mirar a su alrededor. Mientras lo hacía, se palmeó el pecho para asegurarse de que el Ojo seguía con él, aunque el gesto en realidad fue una revisión doble, ya que el artefacto parecía estar enfriándose, y podía sentir el frío glacial casi doloroso a través de su chaqueta y su camisa.

A Vogel le pareció ver que había una trampilla un poco abierta en el techo del ascensor. Caminó hasta el borde de la pasarela y saltó un metro o metro y medio para caer cerca de la trampilla. En efecto, estaba entreabierta, y Vogel la abrió por completo. Las luces de emergencia en el hueco del ascensor no iluminaban muy bien el interior del viejo ascensor, pero Vogel pensó que podía ver lo suficiente para creer que el ascensor estaba vacío. Maldiciendo a la enrevesada ruta de escape del Nosferatu, Vogel trepó y se deslizó a través de la trampilla y se dejó caer hasta el suelo del ascensor.

Deteniéndose en el silencio y oscuridad durante un instante, Vogel no pudo evitar recordar las palabras de Rolph: *Te prometo que no le volverás a ver.*

¿Qué le iba a pasar a su chófer? ¿Era necesaria su muerte por algún motivo, o le iban a implicar en algún incidente a mayor escala? Este pensamiento de peligro hizo que Vogel se preocupara de repente por Victoria Ash. El breve impulso de acudir en su ayuda era

alarmante por su claridad y su fuerza, pero Vogel se resistió a esa llamada, aunque esperaba que no le pasara nada malo o que siquiera tocara uno de sus delicados rizos.

Vogel sacudió su cabeza vigorosamente para quitárselo de la cabeza, sorprendido por su desliz.

No parecía haber ninguna salida del ascensor salvo la trampilla que estaba encima de él, pero trató rápidamente de forzar las puertas. Se deslizaron como si estuvieran bien engrasadas y mantenidas, y Vogel sospechó que ese era el caso.

Más allá de las puertas abiertas, Vogel encontró un pasillo bien iluminado y más moderno. Se sorprendió de que el Nosferatu compartiera el conocimiento de esa entrada secreta al Elíseo, pero el simple hecho de haberle mostrado esta significaba que debía haber otra salida, aún mejor, en otro lugar.

LUNES, 21 DE JUNIO DE 1999, 23:55 H
MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

Al menos Stella cantaba las alabanzas adecuadas hacia su escultura. Leopold respetaba su opinión, y sabía que tenía un buen ojo que se había entrenado con la fotografía, pero no confiaba en los cumplidos de alguien a quien consideraba amigo. Era demasiado fácil que su obra le gustase a un amigo, y demasiado difícil que le criticara honradamente. Leopold nunca pudo entender la utilidad de los retiros artísticos o de las comunas. La misma persona no podía ser un buen amigo y un buen crítico, con lo que estas dos iniciativas estaban condenadas al fracaso.

La dejaría examinando su *Abel Condena a Caín*. A cierta distancia, se apoyó en una de las mamparas de cristal que entrecruzaban y dividían la galería. Tamborileó bruscamente sus dedos sobre ella unas cuantas veces y terminó admitiendo ante sí

mismo que debería aceptar los elogios de Stella. Estaba preocupado por su encuentro con el Setita, que le había puesto de mal humor.

¡Como si no estuviera ya lo bastante enojado! Golpeó su frente contra el cristal por la frustración. Entonces, avergonzado, miró a su alrededor para ver si alguien había advertido su muestra de irritación. Al principio se creyó a salvo, pero después advirtió a una figura solitaria sentada debajo de una gran escultura de un varón que Leopold aún no había examinado.

El Vástago en el pie de la escultura tenía un aspecto salvaje. Su cabello era largo y enmarañado, y su rostro no era del todo humano. Era demasiado puntiagudo, tal vez como la cabeza de un perro. Leopold sospechó que se trataba de un Gangrel, lo que significaba que probablemente fuera Javic o el que vivía al norte de Atlanta que se llamaba Dusty. Por el aspecto ojeroso del Vástago, Leopold sospechó que era este último.

Fuese quien fuese, miraba directamente a Leopold pero no hizo ademán de saludarle o reconocerle cuando Leopold le devolvió la mirada. Su mirada fija incomodó a Leopold, sin embargo, así que el Toreador se movió hasta un lugar apartado de la vista de todos.

El retraso no había aplacado su frustración, y volvió a golpear su cabeza sobre el cristal. Esta vez lo hizo con tanta fuerza que sus oídos retumbaron.

¡Y Hannah todavía no había llegado! Blasfemó. ¿Por qué no estaba aquí? Al parecer no era el único que se había dado cuenta o se sorprendía, ya que había escuchado mencionar otras dos veces a la Tremere. Sin embargo, seguramente nadie tuviera asuntos más urgentes que tratar con ella que él.

Se preguntó si la había entendido mal, pero la recordó claramente diciendo que la última fase del proceso sería un hechizo sencillo que emplearía para hacer algo. Analizar la reacción de la sangre en su cuerpo, supuso.

¿Qué pasaría si todo hubiera sido un truco? Leopold se estremeció sólo con pensarlo. ¿Qué pasaría si estuviera vinculado a su sangre, y no necesitara estar aquí porque ya estaba viendo a través de sus ojos o tal vez incluso controlando algunas de sus acciones desde su mansión?

Al Toreador le sonaba ridículo, pero había oído tantas cosas increíbles en los últimos dos años que no estaba dispuesto a descartar ninguna idea, por absurda que fuera.

Por tanto, si Hannah no iba a estar, Leopold pensó en lo que hacer a continuación. Tal vez debería ir a la capilla Tremere y ver por sí mismo qué la retrasaba o retenía. No creyó que fuera buena idea. Si estaba evitándole, o si tenía otros motivos para no estar aquí, no le haría gracia recibir otra visita.

¿Y si debiera presentarse ante Victoria? Preguntarla directamente ¿eres mi sire? Pero eso era estúpido.

Por otra parte, tal vez pudiera simplemente hablar con ella. Incluso si no sabía nada de su pasado, Victoria aún era su primogénito. Eso no la convertía en su senador –alguien obligado a representarle y ayudarle– pero quizá le ayudaría. Tal vez supiese secretos de la sangre Toreador que le permitiesen averiguar quien era su sire. La idea de compartir su sangre con ella era muy atractiva, aunque Leopold sacudió su cabeza ante su encaprichamiento infantil con la mujer.

A pesar de todo, charlaría con ella. Al fin y al cabo era la anfitriona, y aún tenía que hablar con ella dentro de la galería.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 00:04 H
MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

No hubo fanfarrias. Ni apertura atronadora de puertas. Ni discursos o declaraciones. Nada más que un impresionante espécimen de Vástago, y Victoria creyó que era la única que le había visto entrar. Habría hecho falta todo un estruendo para llamar la atención, porque todos los Vástagos de la cuarta planta del Museo habían abandonado la entrada a cambio de los huecos de la galería donde se reunían en grupos.

Victoria no podía decir qué la llevó a la entrada. Sólo una persistente sensación de que algo estaba a punto de suceder. Tal vez fuera porque Rolph había desaparecido durante un rato, pero reapareció súbitamente instantes después para despedirse. El Nosferatu no dio ninguna explicación, y la premura de su partida la dejó sin la oportunidad de preguntar.

La Toreador respiró profundamente, ya que estaba a punto de comenzar el desenlace de la intriga que había puesto en marcha –que seguía en marcha en virtud de su entrada en el Cielo. Vio entrar al recién llegado, y cuando la miró y la sonrió tras inspeccionar brevemente la disposición de la cámara, ella extendió sus manos dándole la bienvenida.

Bajó como un gato el par de escalones que descendían desde la plataforma en la que se encontraban las puertas. Estuvo junto a ella en un suspiro, cubriendo rápidamente una distancia considerable sin apresurarse visiblemente. El efecto casi era vertiginoso, y Victoria sintió que la cabeza le daba vueltas. Aceptó las manos de Victoria e hizo una ligera inclinación con la cabeza.

Julius era un hombre brutal que ayudaba al justicar Brujah a administrar justicia en la Camarilla. A Victoria le gustaba el aspecto de este arconte. Julius era un hombre negro alto, su rostro era cuadrado y su cabello era largo y con trenzas. El suyo era un rostro atractivo y fuerte, y Victoria tenía el extraño deseo de recorrer con sus dedos las cicatrices purpúreas de su cara. Una recorría su mejilla derecha y se extendía más allá de su ojo hasta su frente. Otra salía de encima de su oreja izquierda hasta casi el punto medio exacto de su cuadrado mentón.

Iba vestido con pantalones bombachos rojos y un jersey de cuello de cisne ajustado, sobre el que cruzaba una antigua bandolera. Los doce pequeños estuches de latón a lo largo del cinturón de cuero evidentemente contenían algo, ya que castañeteaban mientras el hombre alto caminaba. Atadas a la espalda de Julius de manera cruzada llevaba las dos espadas anchas por las que era conocido. Seguramente no fueran las espadas que había blandido en las arenas de Roma cuando luchó allí hace casi dos mil años, pero ambas tenían labradas frases en latín que Victoria no podía leer. Aunque Victoria

dudaba de la veracidad de las historias que se contaban de Julius como gladiador de los circos romanos, no había duda de que se trataba de un hombre claramente peligroso. A pesar de todo, Victoria sabía que si se tenía que romper la ley del Elíseo esa noche, Julius se encontraría más que ocupado en un conflicto con el Príncipe.

A Victoria le decepcionó que el Brujah no llevara ningún símbolo de los Panteras Negras, una organización que Julius supuestamente ayudó en su infancia. Al parecer, fue su trabajo el Chicago en 1968 el que había demostrado a la élite de los Brujah (a la que seguramente habría pertenecido Julius si tuviera dos mil años, o incluso mil) que Julius estaba interesado en volver a participar activamente en los asuntos del clan.

Sin embargo, Victoria se humedeció los labios. Un Brujah negro militante. Ah, los fuegos artificiales podrían ser espléndidos si Julius aprovechaba la oportunidad de esta noche para presionar al Príncipe confederado acerca de sus duras acciones contra los Anarquistas de la ciudad.

Y Julius pudiera tener a un Ventrue como aliado en Benjamin, que se rumoreaba que también tenía asuntos que plantear relacionados con los derechos civiles. Victoria había hecho lo que había podido para reunir a todas estas piezas, incluso revelar subrepticamente al justicar Brujah que Benison permitía la creación y admisión en la sociedad de Atlanta de todo clase de Vástagos –menos Brujah. El General, un Malkavian, había sido admitido recientemente. Javic, el refugiado Gangrel de Bosnia, fue admitido. Tanto Clarice como Cyndy fueron Abrazadas en Atlanta y admitidas en la sociedad de la Estirpe.

Y lo peor de todo, incluso cuando la ciudad estaba llena y no otorgaba la ciudadanía por que supuestamente temía la superpoblación de la ciudad, el Príncipe Benison había "permitido" a su mujer que Abrazara a Benjamin, y así se admitió a un nuevo Ventrue en la ciudad. O al menos Victoria podía pretender que lo había permitido. Él ni siquiera conocía el hecho, con lo que tendría que mentir y afirmar que se hizo con permiso o tendría que castigar a Eleanor por su abuso de la reglas y quizá también de su confianza. En cualquier caso, su posición se debilitaba.

–Bienvenido, noble arconte, a la gloriosa Atlanta y a mi humilde fiesta.

Julius torció sus labios.

–Hablo y actúo de modo terminante, así que no voy a competir en humildad contigo. Lo siento si esto molesta a tu sensibilidad de Toreador, Victoria; pero tu fiesta parece maravillosa, aunque mi opinión de Atlanta es claramente inferior a la tuya.

–Parece que tienes que emplear muchas palabras para hablar de modo terminante –dijo Victoria tras sonreír–. ¿Seguro que no fuiste el autor de épicas latinas en vez del creador de grandes historias dentro de los confines de la arena?

–Se me pega tu discurso florido, eso es todo –gruñó Julius.

–Seguro que el Príncipe se acordará de ti –comenzó Victoria– así que déjame recordarte que esto es un Elíseo y que no se permiten armas.

Julius sacudió su cabeza.

–Este noble arconte se queda con sus armas. Se pueden presentar quejas a mi señor.

–¿Y también se va a llevar ante Pascek el desacuerdo entre Benison y Thelonious? –preguntó Victoria.

–Quizá –dijo Julius. Un centelleo malicioso iluminó su ojo, y prosiguió–: Si las cosas llegan tan lejos.

La Toreador movió su cabeza con tristeza fingida.

–Parece que las cosas ya han llegado demasiado lejos. La declaración de Benison acerca de los Vástagos sin clan es anterior a mi llegada, así que este no es un asunto nuevo. Parece que los antiguos de la Camarilla han dejado correr el tema desde cierta distancia.

–El Príncipe bordeó el límite de su autoridad cuando exigió que todos los Vástagos sin clan se unieran formalmente a un clan –dijo Julius.

–Lo bordeó, pero no lo franqueó...

–Quizá –dijo Julius–. Aunque entonces su actitud da crédito a la postura que tomaron los Anarquistas, que fue una renuncia a someterse a exigencias tan duras.

–Y así ha sido durante más de un año. ¿Por qué intervenir

ahora?

Julius miró a los ojos a Victoria y dijo:

–Los misiles tierra-aire llaman la atención.

Victoria miró a Julius para medir su respuesta.

–Pero los misiles fueron disparados por los Brujah, o los Anarquistas, si deseas ser menos específico.

Julius sonrió.

–Cierto. Mis datos me indican, no obstante, que Thelionius adquirió esos misiles a través de un trato organizado en secreto por el Príncipe.

–Eso cambia las cosas –admitió Victoria, blasfemando para sus adentros.

Eleanor había acertado. Julius la relacionaba con la venta, o al menos eso parecía. La Toreador había estado esperando durante la última hora que las palabras de la Ventrue no fueran mas que travesuras sin fundamento. Sin embargo, Julius ni siquiera sugirió sutilmente que estaba al tanto de que la sugerencia para que Benison proporcionara esas armas a los Anarquistas había venido de la propia Victoria. Por medio de una carta sin firmar, por supuesto, pero a pesar de sus precauciones para que no la descubrieran –incluyendo el no escribir personalmente la carta, desde luego – quizá Eleanor la hubiera rastreado hasta Victoria.

–¿Te opones a esta intervención en Atlanta?

–Por supuesto que no –aseguró Victoria al arconte. Sonrió todo lo que pudo y añadió–: Creo que ya es hora de Atlanta entre en una nueva era.

–¿Ah, sí? –rió entre dientes Julius.

Victoria no dijo nada más acerca de estos asuntos, y cambió de tema.

–¿Puedo presentarte?

–No –dijo Julius terminantemente.

–Ah, ahora veo lo que querías decir con lo de hablar claro. A lo mejor quieres parecerte a Lear, el Conde de Kent.

Mientras Victoria hablaba, vio entrar a su ghoul Samuel a través de las puertas del Infierno. La encontró de inmediato, y vio que ella había hecho lo mismo, así que trató de parecer relajado. Sin embargo,

la Toreador vio que Samuel estaba deseoso de hablar con ella. No una emergencia, quizá, pero algo preocupaba al ghoul.

Mientras tanto, Julius la miraba con los ojos muy abiertos, sin comprender su referencia a Shakespeare. En un instante dijo:

–Lo que tú digas. Olvida que estoy aquí. Voy a acomodarme al lado de ese demonio –señaló al *Satán* de Feuchére–, y después me presentaré a algunas personas. Supongo que veré al Príncipe Benison más tarde.

–Como desees, noble arconte –dijo Victoria–. *Satán* es una bella obra que comprensiblemente necesita un largo periodo para admirarse. Uno podría llegar a perderse en su contemplación, provocando faltas a la etiqueta ante las que nadie podría reprochar nada.

Julius se rió entre dientes con delicadeza.

–Eres una chica lista, Victoria. –Entonces se dirigió al hueco vacío, con su bandolera castañeteando amenazadoramente, donde fingió examinar la escultura antes de volver la mirada hacia Victoria y sonreír de nuevo. Entonces alzó su mano e hizo un movimiento de llevarse una copa a sus labios. La saludó con la mano.

Victoria se alejó, aliviada de que incluso cuando comentó lo de "chica lista" Julius no sugiriera ningún conocimiento de las intrigas ocultas de Victoria. Ondeó su mano hacia Samuel y el ghoul bajó los escalones y se acercó a su señora.

Mientras tanto, Victoria envió al segundo camarero que vio a llevar una copa de sangre al arconte. El primer camarero no era el criado más astuto, así que esperó a un segundo candidato. Supuso que el criado podía llevar una bebida, pero necesitaría uno que recibiera instrucciones de cuándo y cómo debería advertir de la presencia del Brujah.

Benison se enfurecería al saber que el arconte se encontraba en la sala y no se había presentado. Era una falta de cortesía por la que podía apresar al Brujah, pero estaba claro que Julius calculaba los resultados, esperando probablemente que a causa de su furia Benison cometiera una metedura de pata aún mayor.

El juego de Julius le pareció bueno a Victoria. También la puso algo nerviosa, porque tenía planeado que fuera ella la que instigara la

pelea. Tenía a mano todas las herramientas adecuadas, pero ahora Julius estaba haciendo su trabajo. Esto preocupaba a Victoria porque ya no importaba si había entrado a través del Cielo o del Infierno, por que su plan iba a ejecutarse sin su participación.

Se calmó de inmediato. Quizá estuviera racionalizando su control de la situación, pero se convenció a sí misma de que si hubiera entrado a través del Infierno y por tanto hubiera descartado o demorado sus planes, podía haber interferido con las intenciones de Julius alertando a Benison de inmediato para que no hubiese desaire alguno.

Seguía controlando su propio destino.

Samuel se aclaró la garganta detrás de Victoria, y la Toreador se volvió.

–¿Qué pasa?

–Un chófer en el garaje dice que debe hablar inmediatamente con su señor, un Vástago del clan Setita llamado Vogel –dijo Samuel.

–Está aquí –dijo Victoria–. ¿Qué pasa? ¿Ha habido problemas abajo?

Samuel movió su cabeza.

–No, todo va perfectamente, mi señora. El conductor dijo que había una llamada de teléfono para Vogel, de parte de su socio, Hesha.

–¿Hesha? –Victoria frunció los labios y inclinó la cabeza con interés–. Muy bien, espera fuera de aquellas puertas y te enviaré a Vogel. Tardaré un momento en encontrarle.

Samuel miró al laberinto de cristal de la galería, y pareció dudar de esa frase, pero no se atrevió a cuestionar a Victoria.

–Por supuesto, mi señora. –Se inclinó ligeramente y se retiró más allá de las puertas por las que había entrado.

No había nadie cerca, así que Victoria se volvió a retirar a su cubículo. Usó sus anteojos de ópera para buscar a Vogel en la galería. Y no pudo encontrarle.

Se tomó un momento para detenerse en Julius, y le encontró apoyado contra *Satán* y bebiendo a sorbos de una copa de sangre.

Victoria supuso que Vogel aún estaba en algún lugar de la galería ya que su chófer seguía abajo. Volvió a mirar. Tras fracasar de

nuevo, dejó su cubículo y anduvo por la galería durante unos instantes. Encontró a todos los demás Vástagos que sabía que estaban presentes, pero no a Vogel.

Entonces se detuvo súbitamente. ¿A qué juego se estaba jugando? Se enfadó un poco. Este asunto de la llamada de teléfono y del chófer era claramente una distracción de algún tipo. Vogel sabía que a Victoria le intrigaría una llamada de Hesha, así que le puso de cebo ese dato falso y tiró de la bobina. Pero ¿con qué fin?

Victoria decidió que olvidaría el farol y eliminaría la preocupación acerca de este nuevo asunto en el fondo de su mente. La Toreador se acercó furtiva a la salida de la galería y abrió las puertas del Infierno. Estaba demostrándose a sí misma que no era supersticiosa usando esas puertas, en vez de las del Cielo por las que había entrado. Ese juego había acabado, otros estaban en marcha.

Samuel estaba apoyado en una pared en el vestíbulo que llevaba a los ascensores. Cuando vio a Victoria, se irguió de inmediato y se preparó.

Se acercó a él dando zancadas, sus pies enfundados en sandalias golpeando el suelo embaldosado. Su cara era decidida aunque hermosa.

—De acuerdo, veamos si Hesha estaba realmente al teléfono.

Samuel pareció confundido, pero como siempre, no hizo ninguna pregunta. Mientras la pareja entraba en el ascensor, dijo:

—El chófer está esperando en la Cámara Auxiliar.

Victoria acusó el recibo de esa información y miró fijamente a las puertas que se cerraban.

escondidos. En cuanto se dio cuenta que el túnel seguía un buen trecho, Vogel comenzó a correr. Su prisa estaba en parte provocada por el maldito frío del Ojo de su bolsillo.

Tras todo un minuto corriendo, Vogel llegó al final del pasillo. Una escalera de metal llegaba hasta una trampilla en el techo. El Setita no había advertido otras puertas o salidas de ninguna clase a lo largo del túnel, y supuso que esta era la siguiente fase de su huida.

Subió las escaleras, giró una manija, y con sus piernas bien sujetas, hizo fuerza y abrió la portezuela.

Todas las luces se apagaron instantáneamente en cuanto la puerta rompió el sello del suelo. Vogel quedó inundado súbitamente por la oscuridad, lo que le desorientó. Se inclinó agachando la cabeza para volver a mirar hacia donde creía que se encontraba el largo túnel en busca de la menor fuente de luz, pero no hubo ninguna.

Esperando que sólo fuera una medida de seguridad para ocultar a los que salían, Vogel se calmó y abrió más la puerta para poder salir por ella. Había llegado a un lugar negro como el azabache, y se agachó cerca de la puerta esperando que sus ojos se ajustaran. ¡Bastaría con el más débil destello de luz!

Vogel pensó en sacar el Ojo, pero como no podía controlar la cantidad de luz o si emitía luz siquiera, pensó que era demasiado arriesgado. En todo caso, mantenía una mano bajo la puerta que ahora quedaba a sus pies. Por una parte, pensó que si la cerraba tal vez volvieran algunas luces, pero por otro supuso que podría cerrarse con llave detrás de él y dejarle aislado Set sabe donde.

Permaneció inmóvil otro instante antes de decidir que la ruta del Nosferatu había sido excelente y segura hasta ese punto, y como ya había depositado mucho antes su confianza en Rolph, ¿por qué no aceptar la situación completamente?

Retiró su mano y dejó que la puerta se cerrara. Se cerró del todo, ya que oyó como encajaba en su sitio y después un sellador de vacío hacía que se cerrara firmemente.

Pero parpadeó una luz, y Vogel creyó que se recompensaba su coraje.

El Setita vio que se encontraba en una pequeña área cerrada con un techo muy inclinado que sólo estaba a un palmo de su cabeza

donde se agachaba. Considerando la poca anchura de la habitación, y el ángulo del techo, Vogel se dio cuenta de que esta pequeña área debía encontrarse bajo una escalera mecánica o escalinata.

Quería desesperadamente sacar el Ojo del bolsillo de su chaqueta y examinarlo un instante, pero su ruta de escape preparada pudiera no haberse completado, aunque era evidente que se encontraba a una buena distancia del museo. Cualquier retraso podía marcar la diferencia entre la seguridad y la destrucción, tanto para él como para el Ojo, y no quiso entretenerse. Además, el frío glacial del Ojo iba remitiendo, así que no había ninguna excusa, ni para cambiarlo a otro bolsillo.

Deteniéndose para recuperarse mentalmente, Vogel se sintió estimulado al acercarse a la única puerta aparente del lugar. Un repentino estruendo, como un pequeño terremoto, le hizo detenerse, pero el breve chillido de neumáticos calmó su mente. Pensó que era probable que estuviera en un aparcamiento. No había nada que indicara que los del coche le perseguían.

Aun así, abrió con cuidado la puerta. Parecía encontrarse en la planta baja de una escalera cerrada. Por todas partes había tirados chicles y pintura y basura, y también se percibía un ligero olor a orina.

Vogel se deslizó por la puerta y caminó en silencio hacia otra puerta, que probablemente diera al propio garaje o quizá a la calle. Una pequeña ventana en la mitad superior de la puerta indicaba que era el último caso. Vogel miró hacia arriba por la escalera durante un instante, pero no vio a nadie, así que volvió a la puerta de salida y juntó su rostro contra la ventana para tener el mayor ángulo de visión posible. Fuera había una callejuela estrecha. Pequeñas tiendas y restaurantes de los que atraen a más vecinos que turistas se alineaban en la calle, y todos parecían cerrados. Vogel pudo ver una señal a su izquierda, pero su orientación le impedía leerla. Y lo más importante de todo, la calle estaba vacía de gente y de tráfico en ambas direcciones y en ambas aceras.

Parecía que la ruta de escape acababa aquí, ya que Vogel no pudo detectar ninguna pista acerca de dónde debía dirigirse a continuación. Ni cinta policial. Ni fotografías de ojos. Nada.

Sacó el móvil de su bolsillo y pensó en usarlo, pero descartó

inmediatamente la idea por estúpida y peligrosa. Si Rolph estaba en lo cierto, el chofer ya estaba muerto, y una llamada de teléfono podría llamar la atención de sus asesinos sobre el sofisticado equipo de seguimiento de la limosina. Si su coche estaba en manos de otros que trataban de arrebatarse el Ojo, podrían utilizar ese equipo para rastrear su localización por medio del localizador de su teléfono.

El localizador normalmente servía para encontrar a Vogel por si le sucedía algo malo, pero ahora era inútil. Así que Vogel tiró el aparato a una papelera sujeta al pasamanos en la base de los peldaños. Después removi6 algunas envolturas de comida rápida para esconder el aparato.

Pensó que lo mejor que podía hacer era ir directamente al aeropuerto. No al Hartsfield International, donde se le buscaría de inmediato, sino al Aeropuerto DeKalb-Peachtree, un pequeño aeródromo al norte del centro de la ciudad donde tenía un avión de emergencia. Si pudiera estar en el aire antes de una hora, podría llegar a Baltimore al amanecer. Baltimore era la sede de las principales instalaciones de Hessa en la Costa Este de los Estados Unidos.

Necesitaba llegar a una calle importante que no fuera Peachtree Street, en la que se encontraba el Museo, para coger un taxi. Qué pena que las calles de Manhattan no estuvieran sembradas con la mierda de los amarillos como Manhattan. Allí eran mucho más sencillas las huidas.

Vogel hizo chirriar la puerta al abrirla y salió sigilosamente a la calle. Permaneció cerca de la pared que daba al aparcamiento mientras se dirigía hacia la señal de tráfico.

Sin aviso, fue súbitamente emboscado desde arriba.

Hubo un aleteo de una capa o manto en el aire, y después un peso considerable cayó sobre los hombros de Vogel. Por suerte, el Setita estaba bien adiestrado, y aunque otro pudiera haber sido aplastado o haber quedado inconsciente por este ataque, Vogel reaccionó instantánea e instintivamente. Dobló sus rodillas y se dejó caer hacia atrás, pero en vez golpear el suelo de lleno, convirtió su impulso en una voltereta.

Una fracción de segundo después del ataque, una figura con una

gran capa yacía en el suelo y Vogel estaba equilibrado y en pie.

Pero antes de que Vogel pudiera lanzar una patada al atacante caído, se oyó un gruñido estentóreo que venía de arriba. La fuerza salvaje y la furia del sonido iba acompañada por el gorjeo de risas, también procedentes de las alturas. Dando un paso atrás para dejar algo de espacio entre su enemigo visible y él, Vogel miró hacia arriba.

Para su horror, vio a tres Vástagos. En el centro del grupo había un enorme bruto, y estaba flanqueado por un par de lo que parecían ser cadáveres demacrados y parcialmente quemados. Pero estos cadáveres eran el origen de la risa. No había duda del origen del rugido.

El cuarto enemigo de Vogel se puso de pie lentamente. Era el de aspecto más normal del grupo, aunque estaba claro que era Vástago. Este sonrió diabólicamente a Vogel, y después reveló que su humanidad había desaparecido mucho tiempo atrás. Con un siseo, el monstruo abrió sus brazos y sus dedos parecieron desplegarse hasta convertirse en desmadejadas hebras de carne de más de un metro de largo. La bestia rió mientras su mandíbula se desencajaba y su boca se abría cavernosamente.

Vogel se dio cuenta de que no se preocupaban por la Mascarada. No había confusión posible: eran del Sabbat.

Y Vogel sabía que tampoco había confusión posible con respecto a él: estaba muerto.

—¡Venid, bastardos! Me llevaré a uno de vosotros conmigo. ¿Quién quiere acompañarme a los fosos infernales de Set? —gritó Vogel.

El Sabbat que estaba frente a Vogel murmuró algo, pero no se pudo entender el sonido inhumano que salió de su boca monstruosa.

Vogel empezaba a retroceder cuando vio a los dos Sabbat escuálidos comenzar su descenso por las paredes exteriores del aparcamiento. La bestia de aspecto poderoso estaba situando una pierna sobre una verja preparándose para saltar, aunque Vogel no pudo averiguar si tenía la intención de saltar al suelo o sobre él.

Vogel estaba furioso por la traición de Rolph. Menuda "ruta de escape". ¡Todas esas gilipolleces acerca de Bombay y las viejas deudas! Ahora Hesha tendría deudas que pagar. Vogel se consoló un

poco ante la conocida tendencia de Heshu a vengarse por la muerte de sus agentes.

El Sabbat de potentes pulmones estaba saltando, y aunque Vogel había retrocedido unos quince metros del lugar de la primera emboscada, las poderosas piernas del monstruo lo impulsaron lejos a través del aire... cayendo detrás de Vogel.

El Setita estaba atrapado. Un Sabbat enorme detrás de él y tres monstruos ante él.

Uno de los gemelos cadavéricos dijo:

–Qué amable has sido al acudir a nosotros.

El Sabbat de dedos largos avanzó a velocidad constante con los otros dos a medio paso a un lado y atrás. Ondeó sus brazos amenazadoramente y los dedos se sacudieron como serpientes listos para aplastar a una víctima.

Vogel no apreció la ironía de tal circunstancia.

Más apremiante era el bruto a su espalda que volvía a saltar. Esta vez, un amplio salto le llevó directamente hacia Vogel, que consiguió girar y escapar de los enormes brazos del Sabbat. El Setita rodó por el suelo, se salió del bordillo y cayó en un charco de la calle.

Se puso rápidamente de pie de un salto y trató de salir corriendo, pero los ágiles gemelos eran más rápidos que él. Dando volteretas y saltando como gimnastas diestros interceptaron a Vogel y, cuando Vogel se detuvo, unos largos dedos le enredaron por detrás y le ataron uno de sus brazos a la espalda.

Vogel tuvo que zafarse y resistir un instante para evitar que se enredara también su brazo izquierdo. Le puso las cosas tan difíciles al Sabbat que ganó el segundo que necesitaba para sacar un cuchillo corto de una funda en el tobillo. Un líquido verde viscoso goteó de la hoja, que Vogel dio vueltas como una cuchara llena de miel para mantener la mayor cantidad posible de líquido en la hoja. Cuando con el rabillo del ojo vio al Sabbat enorme acercarse, Vogel acuchilló el aire con la hoja. El Sabbat no estaba lo bastante cerca para alcanzarle, pero una cantidad significativa del veneno saltó de la daga y cayó sobre sus ojos y nariz.

Se escuchó un rugido homicida mientras el Sabbat se echaba las manos a los ojos retorciéndose de dolor. Su poderoso pataleo

causó fracturas en el pavimento de la calle.

Liberando una vez más su brazo izquierdo del otro Sabbat, Vogel hundió la hoja en la mano izquierda de la bestia. La daga también se hundió en el costado de Vogel, pero el veneno que quedara en la hoja no le dañaría, y la libertad compensaba una pequeña herida.

Su captor chilló de dolor y liberó rápidamente a Vogel, que también soltó la daga para que se quedara alojada en la mano del Sabbat, atravesándole la palma. El enemigo también se retiró para sacarse dolorosamente la hoja. Mientras lo hacía, no obstante, el veneno le hizo efecto. Era difícil dañar a los vampiros con veneno, pero la variedad del cuchillo del Setita afectaba al flujo sanguíneo, que era casi tan importante para un Vástago como para un mortal. Él y su enorme camarada formaron un coro de gritos de dolor.

Vogel no había logrado mantener el equilibrio cuando el Sabbat tiró de él, pero mientras se ponía de pie con dificultad dijo a los gemelos escuálidos:

—¿Quién es el siguiente?

Y dudaron.

Vogel les sacó su lengua viperina y los cobardes se asustaron lo suficiente para retroceder un par de pasos.

Sorprendido de que el alboroto no hubiera atraído a ningún testigo, Vogel volvió a disponerse a huir, pero el ciclópeo Sabbat le alcanzó en la espalda con un golpe salvaje. Vogel fue arrojado con todo su peso hacia delante y golpeó la calle con una fuerza tremenda. Trató de levantarse, pero los gimnastas fueron más rápidos en llegar hasta él. Le salpicaron con golpes continuos pero no importantes, que sin embargo le impedían volver en sí.

Después el bruto medio ciego le levantó. El poderoso Sabbat le agarró por el cuello, pero le giró para tenerle cara a cara. La piel que rodeaba los ojos del monstruo tenía graves quemaduras por el veneno y uno de los ojos estaba totalmente escaldado, pero el otro miraba a Vogel a través de la carne deforme.

Gruñendo y gimiendo continuamente, la bestia sonrió mientras daba a Vogel un abrazo de oso. Como retoños en una tormenta, las costillas de Vogel se rompieron una a una, y le tocaba gritar al Setita.

La fuerza del monstruo era increíble.

Vegel sintió sus miembros estrujándose bajo la presión ejercida por los brazos musculosos. Y lo que era peor, Vegel sintió chorrear su sangre preciosa por cada orificio. La sangre que se acumulaba en su boca le hizo gargarrear y atragantarse, rociando con ella la cara de su adversario.

Sintiendo que se le iban las fuerzas, Vegel intentó un último truco Setita. ¿Sería lo bastante rápido para escapar de los dos pequeños Sabbat? Pero era su única esperanza, así que aquellos miembros que todavía no estaban aplastados irreversiblemente se dislocaron de sus articulaciones, y de repente se salió de su traje manchado de sangre como una serpiente cambiando de piel.

Completamente desnudo y gravemente mutilado, Vegel se deslizó entre las piernas del bruto, sobre el cuerpo inconsciente de Sabbat de dedos largos, y con un rápido acelerón se introdujo en el aparcamiento, por debajo la barrera y entre varios coches aparcados. Mientras corría por el suelo, usó sus últimas gotas de sangre para cerrar apresuradamente sus heridas. No podía cerrar las más graves, pero si podía detener la hemorragia un instante, no dejaría un camino rojo que llevara al Sabbat hasta él.

Detrás de él, escuchó al Sabbat medio ciego rugir, primero triunfante y después sorprendido al descubrir que las ropas que agarraba no tenían cuerpo. Entonces destrozó el traje y arrojó sus jirones a su alrededor.

Uno de los dos lacayos persiguió a Vegel hasta el aparcamiento, pero desde su escondite enrollado tras un viejo BMW, el Setita supo que no habían visto claramente por donde había huido. Los lacayos dieron unas cuantas vueltas, buscando aquí y allá, pero en seguida volvieron a la calle para buscar fuera.

Había varios objetos de por medio, pero desde su escondite, Vegel podía ver a los Sabbat en la calle. El Sabbat ciego que casi le mata estaba furioso. Cuando el segundo de los Sabbat más pequeños comunicó que tampoco encontraba a Vegel, el Sabbat más grande se enfureció aún más y saltó literalmente de rabia. Para aliviar su malestar, agarró al portador de malas noticias y desgarró el cuello del vampiro con sus dientes tan salvajemente que casi le arranca la

cabeza. El poderoso Sabbat se detuvo un instante para refrescarse bebiéndose a su víctima más pequeña. Después arrojó al bulto desecado a la acera.

Con voz profunda le dijo al otro Sabbat escuálido:

—¡Líbrate de eso, y después lleva arriba a Jorge! ¡Ahora!

El otro Sabbat se apresuró a obedecer, pero la visión de Vogel comenzó a nublarse y pensó que lo mejor era descansar su cabeza un instante...

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 00:33 H

MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

Victoria finalizó su conversación con Hessa y regreso aprisa a la galería para controlar al Príncipe Benison y a Julius. A menos que pasara algo más, Victoria tendría que dejar que los ghouls se encargaran del asunto de Vogel. Necesitaba concentrar su atención en Julius y Benison.

Habían pasado unos veinte minutos desde que se marchó a solucionar el asunto de Vogel, y ese era un plazo suficiente para que Benison se irritara al revelarse la presencia de Julius. Cuando Victoria pasó junto al nicho cercano a la entrada, vio que el Brujah seguía entre sus paredes de cristal.

Julius estaba bebiendo otra copa de sangre. Parecía relajado, sereno y seguro de sí mismo. Victoria supuso que siempre demostraba esas cualidades, y no le gustó pensar en una situación en la que tuviera que enfrentarse a alguien así.

Después volvió a la fiesta para poder estar cerca cuando comenzara la acción. La fiesta prosiguió agradablemente, aunque Victoria se mostró algo más grosera de lo habitual al tratar de permanecer libre de conversaciones largas, especialmente de una con Leopold que tenía pinta de complicarse bastante. Ahora que Julius ya

estaba aquí, no tenía tiempo para más nimiedades.

Tras unos quince minutos, volvió al cubículo de cristal para vigilar a Julius. Sofocó una risotada cuando le encontró charlando con Cyndy, que estaba frotándose obscenamente contra el cuerpo del enorme hombre. Victoria podía leer los labios del Brujah, y las bobadas dulces y las promesas vacías que susurraba a la estúpida bailarina Toreador sugerían a Victoria que el astuto Brujah estaba usando sus poderes para hacer de Cyndy una amiga leal y una aliada. Con esa revelación, eliminó parte de la repugnancia que sentía hacia Cyndy, ya que seguramente no poseyera los medios para resistirse a los poderes de Julius.

Poco tiempo después, Cyndy llegó paseando al fondo de la cámara donde se habían reunido la mayoría de los Vástagos. Concedió a Victoria una sonrisa satisfecha que hizo mover la cabeza a la Toreador. Supo que la zorrita creía que estaba al tanto de algo que Victoria no sabía.

Victoria contempló a Cyndy durante unos instantes más, pero la puta descarada no hizo nada. Por tanto, Victoria volvió a escabullirse. Clarice y Stella estaban charlando cerca del cubículo, así que Victoria no podía entrar sin que la vieran. Fue un poco más lejos para encontrar un lugar relativamente seguro para su siguiente vistazo. Se arriesgó a ser vista, pero estaba en el extremo opuesto de la galería y podía usar los aumentos de los anteojos. Su reloj indicaba que faltaba un poco para la una en punto. Dirigió sus anteojos de ópera hacia *Satán*, pero no había nadie en la celda.

—¿Qué ves, Victoria? —la profunda voz salió de detrás de ella, y Victoria saltó sorprendida.

Julius estaba prácticamente encima de ella, esperando con expectación una respuesta.

Dándose cuenta de lo que se jugaba en ella, la Toreador se recuperó rápidamente y dijo:

—Estaba buscando maneras para recompensarme por mantenerme callada acerca de su presencia, noble arconte.

—Claro. —El arconte se alejó.

Se escuchó un rugido procedente de una galería al otro lado de una pared de cristal. La voz del Príncipe Benison oscilaba y chirriaba

como la de un hombre mudo aprendiendo a hablar de nuevo.

–¿Cómo se atreve a insultar mi hospitalidad?

Julius se detuvo cuando escuchó las maldiciones que vinieron a continuación. Se giró hacia Victoria.

–Supongo que ninguno de nosotros es tan astuto como pensamos.

Victoria estuvo de acuerdo.

–Apuesto, sin embargo, a que nuestras imaginaciones son excepcionales, así que quizá sea suficientemente satisfactorio que seamos la mitad de buenos de lo que pensamos que somos.

Julius asintió sombríamente.

–Me gusta tu estilo, Victoria. –Dio unos cuantos pasos y se volvió una vez más: – No te pierdas la diversión.

Mientras Victoria salió a toda prisa en sentido contrario para no llegar detrás del Brujah, advirtió que Julius ajustaba su bandolera y desenvainaba una de sus espadas como prueba. O al menos supuso que la desenvainaba, porque la espada estaba en su mano con tal rapidez que Victoria sólo dedujo que la había desenvainado cuando la devolvió a su sitio lentamente. Ella también era rápida, pero eso... bueno, era extraordinario.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 01:02 H
MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

Leopold decidió que Hannah no iba a asistir a la fiesta. Si Stella tenía razón con respecto a la puntualidad de los representantes del clan Tremere, parecía que ningún Tremere aparecería esta noche.

El joven Toreador decidió que se marcharía. Sin embargo, cuando estaba subiendo los peldaños hacia la puerta, escuchó las exclamaciones del Príncipe. Cuando se detuvo y se volvió para ver que pasaba, Leopold se encontró a sí mismo siendo objetivo de un

gesto lejano del Príncipe.

El Príncipe Benison, con una Cyndy sonrojada a la que mantenía por la fuerza a su lado con su enorme mano y uno de los criados de uniforme agarrado con la otra mano y delante suyo, encabezaba una falange de Vástagos que fluían desde el fondo de la galería hacia Leopold. Por un instante, Leopold fue presa del pánico. ¿Qué podía haber hecho?

–¿Dónde está, Treador? ¿Ves al bastardo desde ahí?

A Leopold le costó un momento darse cuenta que el Príncipe se refería a él y no a Cyndy.

–¿Q-qué... q-qui-quién? –Sólo era la segunda vez que se había dirigido al Príncipe, y su voz vaciló por el nerviosismo de hacerlo en ese momento.

–Ese Pantera Negra cabronazo, ese arconte Brujah hijo de la gran puta, ese, basura miserable.

Leopold se encogió ante la magnitud de los insultos, pero miró a su alrededor. Antes de que Leopold pudiera contestar, el Príncipe descargó otra letanía de groserías que duraron hasta que llegó a la celda en la que Leopold había hablado con Stella unas horas antes.

Cyndy apuntó hacia su interior y dijo:

–Estaba aquí.

–¿Cuándo? –reclamó el Príncipe, mirando acusadoramente tanto a Cyndy como al criado.

Advirtiendo que se habían olvidado de él, Leopold bajó las escaleras y se unió a la muchedumbre que seguía a Benison. Stella se puso rápidamente a su lado y apretó su mano entre las suyas, lo que tranquilizó de inmediato a Leopold.

–Hace veinte minutos, Príncipe –jadeó Cyndy.

Benison arrojó al suelo a la Treador y al criado. La bandeja que el criado había sido capaz de mantener equilibrada con tanta habilidad también cayó al suelo. La sangre y las copas de cristal se desparramaron sobre las baldosas blancas.

–¿Y tú? –exigió el Príncipe al criado.

–Le serví su primera copa hace más de media hora –balbuceó.

–Arden todos en el INFIERNO –gritó el Príncipe, enfatizando enormemente la última palabra mientras estampaba su pie en el

suelo—. ¿Entonces dónde está ahora?

—Detrás de ti, Príncipe —dijo una voz clara y baja.

La multitud se dividió y un pasillo rodeado de Vástagos separaba al Príncipe Malkavian y al arconte Brujah.

—¿Te he ofendido en algo? —preguntó inocentemente Julius.

Benison sonrió enseñando los dientes.

—Al contrario, arconte. Me has hecho muy feliz. Maldito sea el Elíseo, castigaré tu actitud insoportable.

El ruido del metal resonó en la gran cámara cuando Julius desenvainó una espada.

—Creo que se va a producir otra noticia relacionada con esos terroristas que se ocultaban en aquella acerería. Qué raro que en esta ocasión los terroristas se ocultaran en un museo, ¿no crees, Benison?

Benison estaba furioso, pero ni sus brillantes ojos rojos pudieron iluminar la repentina oscuridad que inundó la sala.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 01:04 H

MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

La oscuridad no sólo obstruía la vista de Victoria; también amortiguaba misteriosamente su audición, con lo que los gritos de alarma procedentes de los Vástagos reunidos de la Camarilla se alargaban y distorsionaban de manera extraña. Sudarios tenebrosos, casi animados, cubrieron su alma en una funda de rencor, pesar y decepción. Sus títeres estaban ante ella tal y como había planeado. Estaba a su alcance el fruto del trabajo de meses y la ambición de décadas, y en medio de la luz moribunda supo de algún modo que su sueño también moría.

Quizá renacería, ya que una imagen residual de su trama ardía en su retina torpe como un fénix. Julius y Benison frente a frente, Julius desenvainando una de sus espadas para atravesar al

enloquecido Malkavian dispuesto a sacrificar su Elíseo y su vida sólo porque un Brujah le insultaba.

Aunque no lo había visto mientras la escena se desarrollaba, en su repetición mental de la escena Victoria vio a Thelonious y Benjamin deslizándose a través de la multitud hasta situarse detrás de Eleanor. La zorra Ventrue sería aplastada si los dos también decidieran ignorar el Elíseo, aunque probablemente se llevaría a uno de ellos por delante. Victoria esperaba que fuera su chiquillo traicionero, Benjamin, para que cuando el polvo se asentara, los únicos candidatos para Príncipe fueran Victoria y Thelonious. Y no sería de recibo que un arconte Brujah entrara en Atlanta y se marchara tras dejar en su puesto a un Príncipe Brujah ¿no?

No gritó, pero la furia de Victoria resonó en su mente. ¡Había estado tan cerca!

La Toreador sintió la oscuridad fuera de su mente presionándola cada vez más, y sus imágenes oníricas se desvanecieron. Era algo casi palpable, y con un sobresalto se dio cuenta de la probable fuente de peligro mientras se escuchó una voz de tono grave y resonante. El sonido estaba distorsionado, pero Victoria estaba pensando en la palabra, así la entendió a pesar del gorjeo de su tono.

—¡LA-SOooM-brA!

Sintió la negra masa de tinieblas empezar a abrirse camino por sus orificios, y la horrible e indiferente masa plásmica no hacía distinciones. A pesar de sus años y experiencia, a pesar de sus grandes poderes, Victoria se dejó llevar por el pánico. Cayó al suelo y rodó como si la negrura que la cubría e invadía fuera fuego que pudiera ser *apagado*. Pero no cedía.

No obstante, la oscuridad desaparecía lentamente.

En cuanto lo hizo, y una vez que Victoria vio los horrores que revelaba la luz de la galería, rezó para que volviera la oscuridad y se la concediera una Muerte Definitiva rápida e indolora al abrazo de la nube que embotaba los sentidos.

De Príncipe a la Muerte Definitiva en un suspiro.

Aun así, sus gritos no se encontraban entre los que se escuchaban, y los gemidos y protestas procedían por igual de atacantes y víctimas. Victoria tiritó y sintió la sangre de su interior —y

por suerte había mucha, ya que había bebido bastante esta noche – fundirse en un pesado bolo que hacía que su estómago se combara.

La oscuridad se estremeció dividiéndose, y entre el laberinto de retazos que conformaban esos fragmentos, Victoria presencié todas las malformaciones extrañas de la naturaleza que se podía imaginar. Seguramente hubiera otras maneras para convertir el cuerpo de un Vástago en algo horrible, pero la realidad de los ejemplos que había ante ella volvían inconcebibles a las otras posibilidades. Escabroso, quemado, hinchado, demacrado, retorcido, elástico, fibroso, gelatinoso... y muchos otros adjetivos pasaron por la mente agobiada de Victoria.

–¡Sabbat! –gritó Julius. Victoria le reconoció, y aunque no había ni una pizca de miedo en ella, había desesperación.

Victoria supo también que estaban condenados. Los monstruos grotescos sólo podían ser resultado de la manipulación de la carne de los Tzimisce, y la oscuridad seguramente era de origen Lasombra, con lo que el ataque era un esfuerzo conjunto de ese grupo diabólico responsable de gran parte de la maldad y la brutalidad entre los Vástagos, el Sabbat.

Victoria no alcanzaba a entender cómo y por qué se habían unido para un ataque así. Aunque tampoco alcanzaba a comprender muchas cosas acerca del caótico Sabbat. El "por qué" no era tan misterioso, supuso, si habían conseguido organizarse más allá del "cómo". Sin embargo, el "por qué" se seguía aplicando a muchas preguntas. *¿Por qué ahora? ¿Por qué Atlanta? ¿Por qué, por qué, por qué?*

Victoria echó un vistazo a Julius. El arconte Brujah aún parecía poderoso y peligroso, pero no imparable. De los charcos rezumantes de la *materia* Lasombra que se filtraba por el suelo se formaban tentáculos de oscuridad que buscaban a tientas como si fueran seres vivos. Los monstruosos Sabbat bailaban y daban vueltas en la periferia de los Vástagos atrapados de la Camarilla.

Uno se acercó demasiado, y la espada de Julius le alcanzó, pero la criatura estaba tan lleno del terror del que se alimentaba en vez de la sangre que el golpe pareció envalentonarla, y no alteró su decisión de darse un banquete con su presa.

Todos los Vástagos que conocía Victoria –Benjamin, Eleanor, Thelonious, Javic, Cyndy, Leopold y otros– olvidaron inmediatamente sus intrigas y agravios personales y se unieron para sobrevivir. Victoria vio el momento definitorio de este vínculo importante cuando Julius y Benison cruzaron sus miradas, y el Brujah extrajo la segunda espada de su espalda y la extendió, con el pomo por delante, hacia el Príncipe, que también se suponía que era un magnífico espadachín.

Por encima de la cacofonía de terror se escuchó el ruido de las ventanas al romperse. Esferas del tamaño de un puño de color carne cayeron rápidamente entre los Vástagos de la Camarilla, y como si el pánico y la desorientación no hubieran sido suficientes, se desató el infierno cuando las granadas de carne estallaron y esparcieron una película de líquido sangriento sobre la multitud reunida.

Después les atacaron los demonios. Una monstruosidad de anchos hombros pero cabeza de alfiler corrió hacia Victoria. Sus brazos estaban tan reducidos como su cabeza, así que a pesar del tamaño del monstruo, Victoria fue capaz de repeler los ataques a tientas. Entonces, un órgano hinchado y colgante que indicaba que la bestia había sido antes un hombre se alzó como un tercer brazo para golpear a la Toreador. Con un arma así sobre ella, Victoria finalmente gritó. La alcanzó en el muslo derecho, y la fuerza del golpe la levantó completamente del suelo y la depositó como un ovillo desmadejado a los pies de la bestia.

De repente, una espada refulgió delante de Victoria y cortó la palpitante extremidad del monstruo. Su gemido fue tan agudo que se escuchó por encima del jaleo y rompió algunos de los cristales más cercanos a Victoria. Una enorme garra silbó sobre el cuerpo caído de Victoria y Julius, el benefactor momentáneo de Victoria, se vio inmerso en una refriega diferente. La bestia junto a la que estaba Victoria mantuvo su gemido mientras de la grave herida chorreaban sangre y otros líquidos. El flujo de líquido no permitió a Victoria agarrarse al suelo, así que resbaló y se retorció sin poder escapar hasta que el monstruo, su rostro aún retorcido por el dolor, se recuperó lo suficiente para buscar venganza. Sus brazos y cabeza eran frágiles, pero su torso y piernas eran gigantescas, y cuando saltó sobre la Toreador caída, el gran peso de su cuerpo la aplastó contra el suelo.

Creyó escuchar romperse su pierna, pero sentía dolor en todo su cuerpo, así que no pudo localizar ninguna herida concreta. Los delgados brazos de la criatura comenzaron a golpearla en la cabeza y Victoria hizo lo que pudo para rechazar los golpes, pero caían sobre ella tan rápido que el apaleo comenzó a nublar y desorientar sus pensamientos. Pocos de sus poderes resultaban de utilidad en ese momento. En un último movimiento desesperado, pidió ayuda. No con su voz, sino con sus poderes vampíricos. Y en un instante, Leopold estaba allí. El joven Toreador no era el luchador más fuerte o hábil –y en sus difuminados pensamientos Victoria se preguntaba por qué le había llamado cuando podía haber convocado a cualquier otro– pero sirvió.

Un pie enfundado en una bota pateó la cabeza de la obscenidad del Sabbath dos veces y después, mientras la bestia trataba de enderezar su enorme volumen con sus diminutos brazos, una tercera. El origen del crujido que Victoria escuchó esta vez era claramente discernible: la patada de Leopold rompió el delgado cuello del monstruo. El cuerpo del Sabbath, carente momentáneamente de vida, se precipitó sobre Victoria, aplastándola de nuevo con su peso.

Leopold se puso de rodillas junto a Victoria y antes de hacer o decir nada se quedó paralizado, mirándola fijamente a los ojos. Ella se sorprendió, ya que no había miedo en los ojos, sólo preguntas.

De repente sus ojos reflejaron dolor y desapareció.

Cubierta como lo estaba de líquido viscoso, Victoria consiguió liberarse del montón de restos que tenía encima. Se permitió un vistazo para ver lo que había sido de Leopold. Un tentáculo tenebroso tan grueso como su pierna se anudaba alrededor de la cintura del escultor y saltaba como un caballo salvaje, golpeando a Leopold una y otra vez con el suelo de baldosas del museo.

Victoria sintió una fugaz sensación de lástima, pero se puso de pie y corrió. Su pierna debía estar rota o maltrecha, ya que se volvió a caer de inmediato al suelo, inundada de dolor. Invocó al poder de la sangre que tenía en su interior para enmendar esa herida, y recordó las lecciones de sus maestros para imbuir a su cuerpo con el potencial para alcanzar una gran velocidad. Se puso de pie y huyó sin examinar más el campo de batalla.

La Toreador fue una estela que se detuvo sólo al dudar entre esquivar a un enemigo o navegar por un erial sembrado de cuerpos en el que casi se tropieza con el cuerpo destrozado de un hombre negro. Había podido ser Thelonious o Benjamin.

En el tiempo de unos pocos latidos de corazón, Victoria estaba acomodada en el cubículo de cristal desde el que había espiado anteriormente. Hurgó en su bolsillo y sacó los anteojos de ópera, pero no pudo mirar. Aún no.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 01:07 H
MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

En el caos de oscuridad, sangre y ruina hubo un solo momento de claridad. Aparecía en la mente de Leopold durante cada fracción de segundo del apaleo estruendoso que su cuerpo padecía.

Los ojos de Victoria.

Su costado izquierdo se estrelló contra el suelo.

Le había necesitado.

Su cabeza golpeó otro cuerpo, que emitió un grito de dolor.

Le había llamado.

Del brazo izquierdo se colgaron hebras de carne tras ser arrastrado por el suelo.

Sabía que había empleado magia para llamarle. ¿Sería magia exclusiva de un sire? ¿Una llamada que sólo se dirigía a un chiquillo?

Las piernas se estrellaron contra el suelo, y ambas extremidades se combaron por la presión y se retorcieron de manera antinatural.

Sabía que la había salvado, sabía que no había tenido que responder a la llamada, pero ella le había necesitado y no se pudo negar.

Sus costillas se aplastaron cuando una presión tremenda constriñó su pecho y espalda.

No podía dejar que sus últimos momentos en esta tierra los pasara renegando de su madre. Su amor. La había salvado.

Su cuerpo fláccido quedó libre, flotando por el aire. Se rompió un cristal, clavándose los fragmentos en su piel o cayendo a su alrededor.

Un vuelo de cuatro plantas hacia un terrible impacto sobre losas y hormigón.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 01:18 H
MUSEO DE ARTE ATLANTA, GEORGIA

¡El Ojo!

Vegel despertó sobresaltado. Se lo había dejado cuando se libró de su ropa. Se reprendió a sí mismo por el descuido, pero después se tranquilizó, al darse cuenta que probablemente estaría muerto, y muerto de verdad, si no hubiera usando ese truco para huir.

¡Malditos Nosferatu! ¿A qué jugaban? Usar a un recadero Setita para llevar el Ojo de Hazimel de una fiesta de la Camarilla a una emboscada del Sabbat. Incluso en su superficie el plan era tan enrevesado que sólo un Vástago podía concebirlo, y sólo un Nosferatu podía llevarlo a cabo.

Mientras se sentó en silencio un instante Vegel recordó las últimas palabras del enorme Sabbat antes de que el Setita perdiera el sentido. Había dicho que se librarán del cadáver y que llevarán arriba al tercer Sabbat, al de los dedos largos. Nada acerca del Ojo. Nada de "buscad el ojo en esos jirones de ropa". Nada de "el Ojo no está aquí, encontrad al Setita". Nada acerca del Ojo.

Vegel estaba bastante confundido, pero reconocía que no estaba en la mejor forma. Delirando posiblemente por la falta de sangre y casi muerto a causa de sus heridas, Vegel no podía esperar lo mejor de sí mismo.

La única manera de averiguar más cosas era arrastrarse hasta la

calle y ver qué podía descubrir. Y sería mejor que empezara cuanto antes, ya que podía haber escapado del Sabbat, pero no había forma de huir del sol. Vogel esperaba poder abrir de nuevo la trampilla del Nosferatu. No le entusiasmaba volver a la morada de su enemigo, pero era el único lugar protegido de la luz al que podía llegar con sus escasas fuerzas.

Lo mejor era actuar de inmediato. Vogel se arrastró desde la cobertura del BMW hacia la calle. El movimiento hizo que se diera cuenta del daño que había sufrido. Tenía destrozada su caja torácica. Su hombro y su brazo izquierdo estaban totalmente machacados. Su fémur derecho probablemente estuviera roto y el izquierdo casi. Le cubrían una cantidad innumerable de heridas y hematomas menores, pero las otras heridas eran las que le matarían a menos que pudiera ponerse a salvo rápidamente.

Consiguió alcanzar la salida del aparcamiento. Por suerte, todavía no había nadie de guardia. Desde su posición pudo ver claramente el área donde había tenido lugar la pelea. Sus ropas destrozadas seguían tiradas por el suelo, y los ojos de Vogel consiguieron enfocarse lo bastante para ver la prenda que probablemente fuera su chaqueta.

La calle estaba despejada, y Vogel se acercó poco a poco a su chaqueta. La bajada del bordillo fue dolorosa, y varios charcos le empaparon de agua y barro, pero al final consiguió llegar hasta la chaqueta.

Rodando sobre su costado izquierdo destrozado para poder usar su mano derecha, Vogel se abrió paso a través de los jirones de la chaqueta hasta que sintió la tela sedosa del forro interior. Sacó esa prenda del montón y vio que ambos bolsillos interiores aún estaban intactos. Palmeó el bolsillo izquierdo y se asombró al descubrir que el Ojo seguía ahí.

La sorpresa casi bastó para que volviera a perder la consciencia.

Se quedó paralizado cuando escuchó algo por encima de él. Venía del segundo nivel del aparcamiento –el lugar desde donde el Sabbat había lanzado su emboscada. Vogel no podía distinguir las palabras, pero estaba seguro de que había escuchado una voz grave y resonante como la del brutal Sabbat.

Se metió rápidamente en la boca el trozo de chaqueta que contenía el Ojo y volvió a reptar hacia el aparcamiento. Su avance era tediosamente lento. Vogel sabía que se estaba quedando sin fuerzas.

El Setita escuchó más voces encima de él, pero o estaban apagadas o estaba demasiado débil para escucharlas con claridad. Concentrándose, Vogel finalmente distinguió las palabras "hora de marcharse". Nada en el tono de las voces le indicaba que le habían vuelto a ver, pero los Sabbath probablemente le verían al marcharse.

Unos cuantos centímetros más y Vogel llegó al bordillo, donde apoyó su cabeza sobre esta almohada de hormigón.

Sabía que sus opciones eran muy pocas. Morir a manos del Sabbath, o morir de frío. Incluso si pudiera llegar a algún sitio a cubierto, Vogel dudaba que pudiera sobrevivir hasta la noche siguiente, especialmente si su lugar seguro era el túnel de los Nosferatu. Y si optaba por recuperar su teléfono, quién sabía qué o quién llegaría para recogerle.

Dios mío, pensó, lo que Hesha haría para hacerse con este Ojo. Ojalá supiera como extraer poder de él. Quizá con su ayuda pudiera sobrevivir. Pero esa era una línea de razonamiento infructuosa.

Entonces se dio cuenta de la única cosa que podía hacer. La única cosa que debía hacer. Sería un siervo leal hasta el final, y esa lealtad sería recompensada con la venganza de Hesha sobre estos Sabbath, y también sobre Rolph y sus señores Nosferatu.

Vogel sacó de su boca el trapo ensangrentado y buscó el Ojo en el bolsillo. El Ojo comenzó a palpar de nuevo mientras lo sacaba. Y finalmente pudo echarle un vistazo.

Era una forma grotesca, negra y fibrosa. Algo más grande de lo que debería ser un ojo y cubierto con una película de líquido perpetuamente húmedo, también parecía estar cubierto con un revestimiento de piel. Al parecer, el ojo tenía sus propios párpados, unos párpados negros y carnosos que no se abrían, al menos con los esfuerzos a una mano de Vogel.

Sintiendo que los últimos vestigios de energía y vida se marchaban de su cuerpo, Vogel no dudó. Dejó en el suelo cuidadosamente el Ojo de Hazimel sobre el jirón de chaqueta, y con su mano derecha sana hurgó en la órbita de su ojo, agarró el frágil

globo, y lo arrancó. Lo tiró y con su ojo restante vio como la pequeña masa se alejó rodando, ensuciándose al pasar por encima del pavimento.

Entonces recogió el Ojo de Hazimel. Se rió, ya que incluso si le encontraba el Sabbat, jamás encontrarían el Ojo.

Girando el Ojo para que el párpado estuviera orientado hacia fuera, Vogel lo introdujo en su cráneo. Pareció encajar en su sitio con un ligero chapoteo, y con una sorpresa que asustó a su cuerpo moribundo, Vogel sintió *algo* taladrando su cabeza. De repente, podía sentir el Ojo, su pesado párpado y las reverberaciones de poder de su interior.

Vogel abrió su Ojo, y su fuerza comenzó a apagarse para siempre.

_____ 27 _____

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 01:37 H

Su carcajada sacudió los muros de piedra de la tumba, y en su deleite causó leves temblores en la superficie iluminada del mundo. No importaba. Nadie sospechaba que estaba aquí. De hecho, nadie tenía motivos para creer que seguía existiendo.

Pero estaba ileso.

Qué placer le proporcionaría volver a jugar a juegos infantiles...

_____ 28 _____

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 01:40 H

MUSEO DE ARTE, ATLANTA, GEORGIA

Un billón de pensamientos pasaron por la mente de Victoria. Podía estar equivocada, pero creyó que más que asustada se encontraba totalmente desconcertada.

Luchó por encontrar la manera de juntar todas las piezas. ¿Estaba implicado el Nosferatu? Rolph se había marchado pronto. Vogel también se había ido temprano, pero había visto al chófer del Setita cuando volvió al garaje con Samuel. Si se suponía que eso debía ser una distracción, ¿por qué iba a emplear una que llamara la atención sobre la ausencia de Vogel?

Además, si se obligaba a conjeturar, diría que Hesha también se sorprendió por la ausencia de su secuaz. Victoria no podía evaluar a la gente igual de bien por teléfono que en persona, y los setitas en general eran embusteros escurridizos, con lo que era muy posible que Hesha formara parte del engaño. Si es que era Hesha el que estaba al otro lado del hilo. El Toreador sabía que no debía darse nada por supuesto, especialmente en la noche en que un ataque del Sabbat había diezmado a los Vástagos de su ciudad.

Las preguntas acerca del Sabbat también eran infinitas, y dejarles espacio para que dieran vueltas en su pensamiento consciente confundía a Victoria, así que las dejó para más tarde.

Algunas de sus preguntas ya no tenían importancia. ¿Sabía Eleanor que Victoria era la responsable de haber aconsejado a Benison lo de los misiles? Como todo lo relacionado con los dos últimos años de la vida de Victoria, ahora esas preguntas no tenían sentido.

Porque Victoria no dudaba que absolutamente todos los Vástagos de la Camarilla que asistían al Baile del Solsticio de Verano habían sido destruidos por el Sabbat. Quizá uno o dos, aparte de ella, hubieran escapado, pero no podía imaginárselo. Había conseguido huir gracias a la trampilla que hizo instalar en el suelo de su cubículo de cristal.

Tras alcanzar la seguridad de ese cubículo, la había llevado un instante superar la conmoción y comenzar a tomar decisiones para salvar su vida. La trampilla llevaba a una zona de mantenimiento entre la tercera y la cuarta planta, y el metro veinte de altura hacía que

Victoria reptara para salvarse.

Escucho los chillidos y amenazas y gritos de guerra arriba, y más de una vez pasó por encima de un charco de sangre. Creyó escuchar las provocaciones de Julius, y llevó sus fantasías hasta imaginarle victorioso, pero las probabilidades estaban totalmente en su contra. Además, los ruidos de pelea acabaron con demasiada rapidez. Ni siquiera alguien con la velocidad de Julius podía vencer a tantos enemigos en tan poco tiempo. Quizá Benison y él juntos, pero la Toreador sabía que esos pensamientos sólo eran imaginaciones.

Si en ese momento dudaba de la victoria contundente del Sabbat, perdió las pocas esperanzas que le quedaban al llegar al aparcamiento. Había esperado encontrar a sus ghouls desconocedores de lo que sucedía arriba. La meterían en su Rolls Royce y se irían a la carrera a uno de sus refugios del sur de Georgia –aunque tal vez fuera mejor dirigirse al norte – antes de que llegara el alba.

Pero estaban destripados y decapitados. Igual que el chófer de la limosina, que ahora sabía que era el vehículo de Vogel. Como su Rolls, la limosina parecía tener un compartimento protegido de la luz donde podía esconderse un Vástago, pero Victoria no se atrevió a permanecer tan cerca de la horda del Sabbat. Todas las ruedas de los coches estaban rajadas, pero sospechaba que los culpables volverían para recuperar cualquier cosa de valor que pudiese haber en los coches. No podía imaginar a un grupo así de grande permaneciendo unido más tiempo del imprescindible para aniquilar a la Camarilla. No cabe duda que lucharían por las chucherías que pudieran encontrarse en sus víctimas.

Y ahí es donde estaba Victoria. Buscando algo de utilidad dentro de la limosina de Vogel, decidió que el Sabbat tendría que pensar en confiscar un objeto menos, ya que se llevó el teléfono móvil. Su teléfono del Rolls era fijo, y este móvil suplía sus necesidades actuales. Además, sabía el número que el chófer marcó para llamar a Hesha, y lo usaría si fuera necesario. Si de verdad era Hesha y si no sabía por qué había desaparecido Vogel, quizá la ayudara. A cambio de algo, por supuesto, pero pagaría cualquier precio por su vida. Bueno, casi cualquier precio.

Entonces Victoria salió a toda prisa del aparcamiento a la pequeña calle que quedaba detrás del museo. Quería encontrar una posición resguardada que le permitiera ver el último piso del edificio, pero la satisfacción de su curiosidad no compensaba el riesgo a ser descubierta.

El ruido parecía proceder de muy lejos, pero el tintineo resonante de las puertas del ascensor enviaron un escalofrío por la columna de Victoria. Se agachó inmediatamente detrás de un muro bajo de hormigón y miró hacia el interior del garaje. Un grupo de sombras de formas extrañas salieron del hueco del ascensor.

Se obligó a sí misma a mantener la calma. Ser presa del pánico sólo haría que fueran a por ella más rápido. Pero cuando un par de ojos de color rojo oscuro parecieron brillar desde la oscuridad directamente hacia el lugar en el que agachaba Victoria, la Toreador perdió su sangre fría. Recurriendo a toda la velocidad inhumana que pudo reunir, la Toreador huyó para salvar su vida.

Aunque sus poderes y su sangre hacían que recorriera las calles a una velocidad desconocida para los mejores velocistas humanos, los perseguidores parecían contar con el mismo talento, y Victoria contaba los instantes que le quedaban de vida con las zancadas que daba.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 02:09 H
UNA CALLE OSCURA, ATLANTA, GEORGIA

Su lengua lamió un líquido espeso y viscoso casi seco sobre una superficie dura y desigual.

Eso era todo lo que importaba.

Pasaba el tiempo y ese acto solitario, que tenía como trasfondo su supervivencia, era el único elemento de su entorno que alentaba su pensamiento consciente.

Sin descanso, implacablemente, continuaba con su tarea. A

cuatro patas como un animal, sorbía con voracidad, devorando incluso las gotas más finas del líquido.

Estaba tan deshidratado que no generaba saliva para ayudar al horrible encuentro entre su lengua y el suelo. Y como el líquido era tan espeso, era difícil de tragar. Pero seguía acariciándolo con la boca, introduciendo su nariz y boca en las cavidades más estrechas porque olía que había más. Donde no podía llegar su cara, tal vez pudiera alcanzar su sucia lengua, que metía en huecos diminutos donde no había más que la cabeza de un alfiler de líquido.

Pero cada gota era sagrada.

Más que eso, cada gota valía su vida.

No obstante, a pesar de todos sus esfuerzos, pudo encontrar poco líquido. Un instinto muy arraigado le dijo donde debería haber más. Era un instinto anterior a los Vástagos. Incluso anterior al Ganado. Algo de su pasado primigenio, antes de que su especie se hubiera erguido sobre dos piernas.

Hizo caso de ese instinto y buscó más, pasando su lengua por debajo de todos los pequeños objetos que encontraba, localizando a tientas todas las gotas coaguladas disponibles.

Esto prosiguió durante un periodo de tiempo indefinido.

¿Qué era el tiempo cuando la vida estaba en la punta de la lengua?

Al final, encontró poca, pero bastó. El dolor y la necesidad menguaron. Paulatinamente, la Bestia se apaciguó y Leopold volvió en sí.

¡Sangre!

Fue su primer pensamiento.

Era el líquido que le hacía pensar.

Entonces se dio cuenta que estaba tirado en el suelo cerca del borde de un camino pavimentado. Su situación estaba clara, pero su mente seguía nublada, sus pensamientos suspendidos en las gachas húmedas de la noche veraniega en Atlanta. Por tanto, no se sorprendió al encontrarse así.

Mientras sus sentidos seguían recuperándose, Leopold se mecía sobre su trasero y se sentó apoyando la región lumbar en el bordillo de la acera. Masajeó su cabeza, y cuando volvieron el tacto y el gusto,

escupió violentamente y rastrilló su lengua con dedos coléricos e impacientes. La arena y gravilla de su boca estaba teñida con un líquido rojizo. Se sacó la suciedad de la boca y después se lamió distraídamente sus húmedos dedos.

Cuando se recuperó un poco más, se dio cuenta de su comportamiento ridículo. Se quitó de la cabeza una envoltura de chicle, con un poco de chicle mascado. Como el chicle seguía pegado, se arrancó furiosamente un mechón de su cabello.

También tenía un pirulí pegado a su mejilla. El pequeño trozo púrpura del caramelo estaba unido a su cara, y el palo blanco colgaba. Sus manos estaban grasientas por el aceite derramado de un coche, y sus codos y rodillas estaban manchadas de rojo y negro.

¡Sangre!

Se puso de pie de un salto y miró al perfil reseco del charco casi agotado que le había entretenido hasta hacía un momento.

Se volvió a sentir confuso. El vértigo le pudo y cayó sobre el pavimento.

Recordaba el vértigo, porque de repente se acordó de un cristal roto y una larga caída. Y del dolor. Aunque debía haber recurrido a su sangre para restañar sus heridas más graves, las costillas de Leopold seguían sensibles, y quizá aún rotas.

Se hurgó en la boca, consciente de repente de que tenía algo en ella. Algo que estaba chupando, paseándolo por su boca con su lengua dolorida y arañada para calmarse a sí mismo, de la misma manera que un niño busca distraídamente un chupete. Supuso que era un diente, que tal vez se movía a causa de su primera caída y después se soltó al tropezar. Pero era demasiado suave.

Dejó de moverlo, y mirando al suelo donde se había encontrado poco antes bebiendo a lengüetazos como un perro hambriento, Leopold tuvo una extraña premonición sobre lo que tenía en la boca, y le inquietaba ver lo que era.

Pero lo hizo. Escupió rápidamente antes de que su sentido común le detuviera. El objeto esférico se hundió suavemente en su mano y lo cogió con los dedos. Ya no le parecía sólido, sino frágil y flácido, como una yema de huevo.

Abrió lentamente sus dedos y apareció un objeto oval algo más

grande que una canica. Estaba pegajoso, y se dio cuenta que buena parte de la gravilla de su boca debía de haber estado pegado a él antes de que lo limpiara su lengua.

Se estremeció, pero seguía negándose a admitir lo que era. Su parte blanca se arrugaba como la carne de gallina cuando lo frotó con un dedo, un movimiento que repitió una y otra vez al manipularlo con sus dedos hasta que la pupila le miraba directamente. Un ojo.

Lo tiró a un lado, y vio nerviosamente como rebotaba y después rodaba y más tarde se detenía, de nuevo cubierto de suciedad como debía haber estado antes de que sus necesidades animales le impulsaran a hacerse con él.

Leopold movió la cabeza. Podía recordar el frenesí de acción que debía haberle llevado hasta ahí desde el Museo. El ataque del Sabbat. La llamada de Victoria. El cristal roto. Y recordaba el golpe sordo atronador cuando el suelo castigó a su cuerpo. Y después el instinto que había salvado su vida: sangre para recuperarse.

Sangre que encontró innoblemente en esta calle. Pero ¿cómo?

No se atrevió a girar su cabeza para mirar a un lado y a otro de la calle. Posiblemente la sangre que había consumido viniera de alguien que estuviera a su derecha, ya que había una ligera pendiente ascendiente hacia ese lado.

¿Alguien? Puestos a pensar en ello, la sangre parecía haberle estimulado muy rápidamente. Pero no podía distinguir el sabor. No era de humanos, sus víctimas habituales. Ni de ninguna mascota doméstica. ¡Era algo mucho más sabroso que todo eso!

Le superó un repentino deseo de saber con qué golosina se había pegado el atracón, y Leopold miró a la derecha y arriba de la pendiente. Había muchas sombras, ya que las maltrechas farolas tenían que vérselas con un aire denso cada vez más húmedo, pero Leopold podía distinguirla forma de lo que sin duda era un hombre. Probablemente muerto.

Cristal roto.

No era el primer cadáver de la noche. Dispuestos ante sus ojos, en un recuerdo de una fracción de segundo de la escena de la que había escapado al caer a plomo 15 o 20 metros desde la cuarta planta del Museo de Arte, se encontraban los cadáveres destrozados de una

docena de Vástagos.

¿Qué había sucedido?

Miró a la izquierda, donde podía ver el último piso del Museo. No podía ver indicios del ataque. Probablemente ya hubiera finalizado.

La masacre era un revoltijo en su cabeza y sabía que tendría que pensar mucho para lograr hacer una interpretación coherente del ataque. A partir de las muchas fotografías y fragmentos sonoros que giraban en su cabeza, Leopold recordó claramente un par de cosas, como varias figuras tirando al suelo salvajemente al Príncipe Benison y otra gritando "¡Lasombra!"

Si estaba recordando correctamente ambos acontecimientos, y que el Señor les ayudara si eran exactos, significaba que Atlanta estaba cambiando de manos. Tal vez fuera uno de los primogénitos tratando de sustituir a Benison, pero estaba claro que los atacantes pretendían matar a todos los asistentes a la fiesta. Él estaba vivo de milagro. Necesitaba otro para seguir vivo, y la sangre que había encontrado tan fácilmente era un buen comienzo.

¿Pero qué era de Victoria? ¿O de Stella? Gimió y volvió a mirar al Museo. La desesperación se hizo patente en su rostro cuando pensó en la pérdida de sus pocos amigos, y probablemente de las respuestas a su pasado. Todo perdido.

Con la excepción de Hannah, quizá. Esa idea le ayudó a volver a concentrar sus pensamientos en sí mismo. Ahora mismo no importaba lo que había sucedido en la fiesta. Lo único que importaba era llegar a su refugio a salvo. Y tal vez más tarde pudiera ir a la capilla Tremere.

Volvió a mirar a la derecha. Le vendría bien más sangre, y seguía pensando en el origen de su alimento.

Leopold subió por la ligera pendiente. Llegó en un instante a la figura caída, y supuso por la cantidad de sangre derramada y seca que se trataba de un cadáver.

Era un hombre, y estaba desnudo. Daba la espalda a Leopold, la cabeza estaba apoyada en el bordillo, y sus piernas estaban medio ocultas debajo del cuerpo. El brazo izquierdo del cadáver –que estaba encima del cuerpo– estaba estirado desde el tronco, mientras que el derecho estaba doblado bajo su cabeza con la mano derecha cogiendo la cara.

No había heridas a la vista, aunque estaba claro que la sangre había manado de algún sitio.

Quizá no quedara nada que beber. En pleno control de sus facultades mentales, Leopold dudaba que tuviera estómago para repetir sus métodos alimenticios previos. Decidió investigar más de cerca. Al menos tenía que saber si el ojo que había chupado era de este desgraciado.

Leopold dio la vuelta lentamente al cadáver.

Aunque estaba desorientado y débil, y aunque el cadáver no tenía el traje y la corbata de antes, Leopold reconoció al Vástago muerto al instante. Era el Setita, Vogel.

Leopold estaba algo sorprendido, y se preguntaba cómo el Setita había conseguido escapar del ataque. La fascinación del Toreador era demasiado intensa como para apartar la vista, sin embargo, y se agachó para ver mejor el rostro del Vástago muerto. Incluso desde un nuevo ángulo, la mano sin vida de Vogel cubría su cara, como si le hubiera llegado la Muerte Definitiva y el Setita se hubiera cerrado sus párpados con un sentido post-mortem de la decencia.

La bilis ya estaba ascendiendo por la garganta de Leopold. ¿Era el ojo de Vogel el que había chupado?

Con cuidado, Leopold se dispuso a apartar la mano para revelar el rostro del Setita. Cuando estuvo listo, se movió rápidamente con el gesto preciso de un escultor eliminando un trozo no deseado de mármol.

El rostro mostrado era tan terroríficamente inhumano que las piernas de Leopold se ablandaron y se cayó al suelo. El ojo derecho estaba intacto y permanecía desesperadamente abierto. El ojo izquierdo era escalofriante, casi surreal en su obscenidad. También estaba abierto y mirando sin comprender hacía la distancia, pero Leopold tuvo la desconcertante sensación de que también le estaba mirando.

De repente el horrible globo ocular le pareció más un tumor maligno, y quizá malévol, dotado de pupila y córnea que un ojo. Y como un cuadro de un viejo solterón en una casa embrujada, la mirada siniestra del ojo parecía seguir a Leopold allá donde fuera.

Leopold se estremeció, pero miró al ojo más de cerca. Alguien

más supersticioso que él mismo se habría santiguado o habría hecho cualquier otra cosa que creyera que le podría proteger contra el mal de ojo.

El blanco luminoso del ojo estaba surcado con profundas y brillantes estrías de sangre. Quizá a Vogel se lo habían implantado quirúrgicamente, porque sobresalía un poco más de lo que lo haría un ojo y había retazos de carne en sus bordes que parecían superponerse a la carne del rostro del Setita. En cualquier caso, Leopold estaba seguro de que no estaba lo bastante absorto en su obra durante su encuentro previo con Vogel como para pasar por alto algo tan evidente y repugnante.

Parecía algo que pudiera blandir una mujer gitana para maldecir a aquellos que la agraviaran.

Quizá hubieran implantado el ojo en Vogel. Pero ¿cómo podía llevarse a cabo la operación tan rápidamente? Leopold se admitió a sí mismo, no obstante, que no tenía idea del tiempo que había pasado. ¿Quién sabía cuánto tiempo había vagado por las calles desde su caída del Museo a la ingestión de sangre en esta calle?

Leopold sintió poca simpatía por Vogel. Quizá si el Vástago hubiera mostrado un poco más de interés hacia su obra... Además, esperaba tener noticias de muchas otras muertes, y la pérdida de este Setita no le pesaría excesivamente.

Entonces el Toreador se quedó boquiabierto. Por eso la sangre sabía tan diferente, tan rejuvenecedora: ¡era sangre de Vástago! Leopold conocía historias de lo que otros de su especie llamaban Diablerie –Vástagos alimentándose de Vástagos– pero no había comprendido la tentación. Ahora sí. Ni la sangre más dulce del mortal más jugoso se podía comprar con el dulce licor de este Vástago de sangre fría.

Por supuesto, Leopold también había escuchado que los Diabolistas tenían otra motivación: el poder. Devorar la sangre –¡hasta la última gota!– de un Vástago de una generación anterior significaba acercarse a Caín. Naturalmente, se conservaba parte del poder de la sangre, quizá absorbido por los tejidos del cuerpo, incluso si el líquido se perdía o gastaba posteriormente.

Esta idea hizo detenerse a Leopold. También le animó a mirar de

manera más crítica al Setita muerto.

Vivo o muerto, Vogel no gozaba del favor de Leopold, pero el cadáver del Vástago animaba a la visión del artista que había en el Toreador. El amarillo pálido de la farola incidía oblicuamente sobre el cuerpo del Setita y creaba cintas de sombras que resaltaban y acentuaban lo que ya era al fin y al cabo, una figura bastante bella y musculosa.

¿Qué era lo que había tratado de decir a Vogel cuando el Setita se marchaba para atender asuntos más importantes? Leopold recordó sus palabras. Estas *sustancias más duras siguen sin responderme bien. Quizá debería probar con algo más maleable...*

Como la madera, había añadido.

O la carne, Leopold meditaba ahora.

En ese momento, Vogel ya no era un ser vivo, o incluso no vivo, en los pensamientos de Leopold, y en vez de eso el Toreador veía al cadáver como la escultura espectacular que podía ser. Las extremidades extendidas pero poderosas. Un charco de sangre pero sin heridas horribles. Una expresión que seguía con la mirada al espectador. Y ese ojo como centro de la obra. ¡Podría ser una obra extraordinaria!

Leopold miró furtivamente a su alrededor, súbitamente preocupado porque alguien pudiera estar advirtiéndole cuánto tiempo pasaba con el cadáver. Pero más que eso, se dio cuenta que codiciaba este ojo. Sí se había colocado en el cráneo de Vogel, también podía extraerse. Le serviría de Musa, de centro para una gran escultura. Y Leopold sabía con una claridad escalofriante que dicha obra sería una obra maestra, algo superior a los logros técnicos de su pasado.

Con una determinación salvaje nacida en parte del miedo y en parte de la avaricia, Leopold atacó la cabeza del Setita, estremeciéndose cuando introdujo dos dedos de cada mano a los lados del horrible ojo.

La textura del ojo era a la vez asquerosa y fascinante. Esponjoso, y aun así poco elástico, el ojo deleitó el sentido de su escultor.

La extracción fue sorprendentemente fácil. Ciertamente que el

Toreador nunca había sacado un ojo antes, pero esperaba que alguna clase de cordón fibroso, o al menos carnoso, conectara la parte trasera del ojo al cerebro o a algún otro sitio, pero no había ninguno. Salió como una hierba de crecimiento rápido que no ha tenido tiempo de arraigarse bajo el suelo. En efecto, las pocas venas delgadas y azuladas que salían de la parte trasera del ojo se quebraron como raíces frágiles.

Había acabado tan rápido que Leopold se sorprendió de encontrarse aún agachado, pero ya con el ojo descomunal llenando su palma. Mientras rodaba sobre su mano, párpados carnosos comenzaron a cerrarse sobre la pupila del ojo. Leopold se asustó, y contempló fascinado como primero se cubría el perímetro profundamente inyectado en sangre, y después, de manera gradual pero metódica, también desaparecía el color más claro, casi albaricoque, que rodeaba a la oscura pupila.

Leopold se distrajo con un delgado arroyuelo de sangre que se acumulaba en la depresión hueca y fluía rápidamente de la órbita ahora vacía del ojo izquierdo del Setita. El Toreador escudriñó brevemente en los rincones del hueco, pero no pudo ver nada más que oscuridad y la negrura de la sangre acumulada en su interior.

Y sin pensárselo, Leopold se acercó al cráneo del Setita y su lengua sondeó la cuenca del ojo. El líquido espeso era puro, sin la mancha de la suciedad y la basura de la calle. Era un dulce regalo para Leopold y hundió más su lengua, lamiendo los trozos de carne del fondo de la cuenca del ojo.

Una vez que la cavidad estuvo vacía, Leopold se sentó y se relamió los labios. Entonces recorrió su lengua maltrecha y áspera por sus prodigiosos caninos. ¡Aún necesitaba sangre!

Desesperadamente, Leopold se plegó alrededor de Vogel como un paracaídas sin aire y en seguida hundió sus dientes en el cuello pálido del Vástago. Un chorrito de sangre se convirtió poco a poco en un charco que rezumaba hacia su boca, y el Toreador bebió un buen trago de la ambrosia.

Leopold cerró sus ojos y dejó que el suave elixir se filtrara a través de sus labios y bajara por su garganta. Cuando escaseo el caudal, aplicó algo de succión, y al final se encontró inhalando con

fuerza tremenda para obtener unas pocas gotas. Pero esas gotas eran las más estimulantes de todas. Cada una hacía arder su boca.

Finalmente, Vogel estaba tan seco que su cuerpo perdió toda densidad y se derrumbó por su propio peso. La escultura bella y elegante se convirtió en un revoltijo de órganos que se entrecruzaban en ángulos imposibles.

Sólo entonces retrocedió Leopold, con su lengua estirándose inconcebiblemente para alcanzar las gotas que quedaban en sus labios o que se deslizaban hacia su barbilla. Miró fijamente al Setita hundido y desecado y no pudo cuestionar el hormigueo de la sensación de confianza y energía que se extendía por todo su cuerpo.

Supo que era cierto. Mucho de lo que había escuchado acerca de la Diablerie debía ser cierto. Sin duda Vogel pertenecía –había pertenecido– a una generación anterior, y ahora él, Leopold, había absorbido parte de su poder para él.

Y eso además de la palpable sensación de poder que emanaba del ojo que cogió. El Toreador sabía que esa misma noche había estado cerca de la muerte, pero ahora se sentía renacido. Poderosamente renacido. Suspiraba por canalizar su valor recién encontrado hacia su arte, aunque al mismo tiempo sentía en lo más hondo de su interior que le esperaba un destino más importante. Sí, una obra maestra milagrosa se encontraba en los márgenes de su consciencia. Con los niveles de resolución y creatividad que sabía que podía aplicar hacia esa actividad aún desconocida, Leopold no dudaba que cambiaría el mundo.

MARTES, 22 DE JUNIO DE 1999, 03:12 H
MANHATTAN, NUEVA YORK

No hubo una voz única. Ni un propósito único. Ni siquiera una inteligencia única. En lugar de eso, una amalgama de impulsos,

necesidades, instintos.

Por supuesto, el instinto de un ser era la suposición imprudente de otro. Los animales tienen medios misteriosos para encontrar agua. Los hombres simplemente abren sus grifos. Los Vástagos se limitan a encontrar hombres.

Sin embargo, las suposiciones hechas no eran imprudentes. Más bien, eran infinitamente complejas. Tan entrelazadas que el pensamiento consciente era demasiado débil para separar las hebras.

Hacía falta algo mayor, y el colectivo de impulsos, necesidades e instintos era mucho mayor. También era una inteligencia tenebrosa que sólo podía ser considerada maligna, si es que existía algo que pudiera juzgar a algo tan desconocido.

Su respuesta fue exacta y suficiente, puesta en marcha de la misma manera que un durmiente aplasta a un mosquito y después vuelve a dormir.

Pero la piedra más pequeña que se lanza al agua produce olas.

Media docena de obreros estaban preparándose para reabrir el túnel de metro 147, cuando cientos de ratas inundaron el túnel y no dejaron nada más que los huesos roídos de los obreros.

{Final vol.01}